

Fui el último presidente de la Revolución Mexicana

José López Portillo, *Proceso*, 1992.

*2013 será recordado como el año en que se dio fin
a lo que quedaba del modelo del nacionalismo revolucionario*

Carmen Aristegui, *Reforma*, 27 de diciembre, 2013.

*El parte de novedades que le podemos decir a usted
es largo, tan largo como desalentador*

Parte de novedades (al general Cárdenas)

Lorenzo Meyer en *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*

*Una utopía escrita no en los libros sino en el imaginario
de una época es también una aventura del espíritu,
un principio-esperanza.*

Adolfo Gilly en *El cardenismo, una utopía mexicana*

Al dirigirse a los diputados, el presidente Cárdenas
señaló que “la exclusión de los particulares del régimen
de concesiones no implica que la nación
abandone la posibilidad de admitir la colaboración
de la iniciativa privada.

Presidente Peña Nieto en su iniciativa de reforma energética

Los cardenistas, esa Iglesia sin Papa.

José Revueltas en *México, una democracia bárbara*

ÍNDICE

- 1.- **¿Hubo alguna vez una Revolución Mexicana?**
- 2.- **Una serie de eventos (des)afortunados**
- 3.- **Las muchas muertes de la Revolución Mexicana.**
- 4.- **La izquierda y la Revolución Mexicana: locura brujular**
- 5.- **La modernización 1979-2000. Y sin embargo se mueve.**
- 6.- **Alternancia sin Revolución Mexicana.**
- 7.- **Cuauhtémoc: cardenismo existencial.**
- 8.- **Hacia un nuevo consenso nacional.**
- 9.- **Bibliografía.**

1.- ¿Hubo alguna vez una Revolución Mexicana?

Después de acumularse evidencias de irregularidades en las elecciones para gobernador de Chihuahua en julio de 1986, varios intelectuales —inclusive participantes en grupos culturales que habían chocado públicamente en conflictos de ideas— firmaron un breve desplegado para pedir la anulación de las votaciones y la realización de nuevos comicios con vigilancias más estrictas. Los intelectuales fueron convocados por el entonces secretario de Gobernación, Manuel Bartlett Díaz, y ahí salió una argumentación que el historiador Enrique Krauze resumió en su libro sobre *La presidencia imperial*:

—El fraude patriótico.

El razonamiento del encargado de la realización de las elecciones federales, estatales y municipales, un político salido de la vieja guardia echeverrista pero incorporado al grupo de tecnócratas del presidente Miguel de la Madrid Hurtado, tenía una lógica política tradicionalista: el gobierno federal, autodenominado como gobierno del régimen de las Revolución Mexicana, no podía ceder con facilidad una plaza que formaba parte sustancial de la lucha revolucionaria: Chihuahua. Por tanto, se valían todas las malas artes electorales de la política para mantener el dominio territorial-político-ideológico de la Revolución Mexicana.

Chihuahua pudo haber sido, en la elección de 1986, la primera plaza a favor del Partido Acción Nacional, cuyo candidato a gobernador, Francisco Barrio Terrazas, ya había sido alcalde de Ciudad Juárez. En 1985 se había organizado ya una santa alianza, promovida por la embajada de los Estados Unidos en México y su responsable John Gavin, para articular intereses entre empresarios, jerarquía católica conservadora y PAN, luego de las elecciones municipales en el norte de la república que representaron una larga cadena de victorias panistas, como se reveló en el libro *Operación Gavin*. El gobierno estadounidense del ex actor Ronald Reagan, aliado a la CIA, escribió Bob Woodward en *Las guerras secretas de la CIA*, había decidido “apretarle las tuercas a México”, según lo develó el entonces gobernador de Arizona, el demócrata Bruce Babbitt en una

reunión de periodistas hispanos. El temor estaba basado en una apreciación del académico y analista de la CIA; Constantine Menges, que México se perfilaba como “el próximo Irán” —el Irán colapsado por la revolución iraní del Ayatola Jomeini— en cuando a caos político, social y religioso.

En un escenario de desgaste político por la crisis económica heredada y profundizada por el gobierno de De la Madrid y que daría en el periodo 1983-1988 un PIB promedio anual de -0.3% —crecimiento cero en un sexenio—, con inflación promedio anual en ese cuatrienio 1983-1986 de 77%, las tensiones sociales eran explosivas en lo político y estaban acumulando descontento social en procesos electorales. Las elecciones de gobernador en Chihuahua formaban parte de esa zona de conflicto político por razones económicas: la factura político-electoral de la crisis. Algunos analistas comenzaron a explorar, en aquel entonces, la *teoría del dominó*: un gobierno estatal perdido por el PRI podría ser el ejemplo en otras plazas.

Lo más grave era el hecho de que el régimen de la Revolución Mexicana, que había mantenido el poder a lo largo de tres cuartos de siglo, se estaba cuarteando peligrosamente para el grupo político dirigente formado por economistas tecnócratas; a diferencia de las élites políticas pragmáticas hasta 1982, el nuevo grupo tecnocrático de economistas educados en los Estados Unidos que acompañaban a De la Madrid no sólo carecía de formación política dentro del gobierno sino que tampoco dominaban el lenguaje de la retórica demagógica de la Revolución Mexicana.

La argumentación de Bartlett Díaz —un político del viejo régimen priísta— quedó como un punto culminante de la justificación del ejercicio del poder: no las razones políticas, ni los saldos sociales, ni los compromisos democráticos aún demagógicos, sino la mera apropiación de los gobiernos por la vía del fraude electoral aunque en nombre del simbolismo histórico de la Revolución Mexicana. Las paradojas de la historia política del país pusieron después a Bartlett en el otro extremo: en 1988, como secretario de Gobernación y precandidato perdedor de la candidatura presidencial del PRI, operó las elecciones presidenciales que oficialmente le dieron la victoria a Carlos Salinas de Gortari como el continuador

del proyecto neoliberal del gobierno de De la Madrid, por encima de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, representando el proyecto histórico de la Revolución Mexicana de su padre, el general Lázaro Cárdenas del Río; la tarea de Salinas de Gortari fue la de completar el proceso de consolidación del neoliberalismo, con reformas que aplastaron los artículos constitucionales que llevaron el proyecto de la Revolución Mexicana a un programa integral de gobierno.

Así, Bartlett Díaz justificó un fraude electoral en 1986 para mantener bajo el dominio del régimen de la Revolución Mexicana en el estado simbólico de Chihuahua, pero ayudaría después a entronizar al sexenio salinista que instrumentaría las reformas estructurales neoliberales que liquidaron prácticamente al proyecto de la Revolución Mexicana y en el cual participaría el propio Bartlett Díaz como secretario de Educación Pública y luego gobernador de Puebla; aunque más tarde rompería con el PRI por obstaculizarle la lucha por la candidatura presidencial en el 2000 y el 2006 y se pasaría al Partido del Trabajo aliado al PRD de Cárdenas y López Obrador.

El fraude patriótico se convirtió, en la historia política del país, en el principio del fin de la legitimidad del régimen de la Revolución Mexicana.

En hechos que han marcado el imaginario colectivo hay que comenzar por el final:

1.- En 1988 el país entraba en un punto de quiebre: la ruptura al interior del PRI, un escenario del fin del partido hegemónico que en 1985 había imaginado el poeta, ingeniero y ensayista Gabriel Zaid. Nada menos que el hijo del legendario Lázaro Cárdenas, el presidente que había pasado al altar de la historia oficial y popular por haber expropiado las compañías petroleras extranjeras en 1938, abrió a finales de 1986 un boquete en el interior del PRI para exigir un proceso abierto de elección del candidato presidencial priísta que parecía ya arreglado a favor del joven tecnócrata Carlos Salinas de Gortari, hijo de un viejo político del sistema pero educado en Harvard. Cuauhtémoc sacudió al PRI y fue obligado a salir del

partido, pero lanzó su candidatura presidencial en coalición con grupos y organizaciones de centro-izquierda y oficialmente contabilizó, en una elección polémica por irregularidades en las votaciones, un tercio de los votos, algo sorprendente que colocó al PRI con la mitad de los votos, cuando en el pasado su dominio histórico promedio, desde la primera elección del Partido Nacional Revolucionario, había sido de 85%.

2.- En 1989 el viejo Partido Comunista Mexicano —transformado en 1981 en Partido Socialista Unificado de México y en 1987 en Partido Mexicano Socialista— decidió entregar la estafeta de la izquierda a Cuauhtémoc Cárdenas, quien había construido la izquierda cardenista en el PRI como Corriente Democrática pero había sido derrotado por la generación de tecnócratas encabezados por Salinas de Gortari. Así, el PRD fusionó tres corrientes históricas: el comunismo del PCM, la izquierda cardenista del PRI y la izquierda académica prohijada por el discurso histórico de la Revolución Mexicana. El PRD debía ser, por conclusión histórica, la síntesis de la historia oficial revolucionaria y la izquierda socialista y tendría que definir un proyecto popular y nacionalista de desarrollo para ganar el poder presidencial. A su favor corría la historia oficial aprendida por los niños a través de los libros de texto gratuito, mientras los tecnócratas consolidaban la ideología de la eficiencia privada y el PAN seguía extraviado en su pretérito religioso.

3.- En marzo de 1992 el entonces presidente Salinas de Gortari, pronunció en el aniversario del PRI un discurso de quiebre histórico en la ideología oficial del sistema priísta: anunció el fin histórico de la Revolución Mexicana, la exclusión de ese concepto del discurso del partido en el poder que nació del seno de la Revolución y definió al “liberalismo social” de aires decimonónicos como la nueva ideología de la élite gobernante. Ese pronunciamiento fue el punto culminante del proceso de modernización nacional que había modificado la Santísima Trinidad del sistema-PRI que prohió la Revolución Mexicana: el Estado, la Constitución y el PRI. La modernización salinista había comenzado oficialmente en mayo de 1980 cuando a dio a conocer el Plan Global de Desarrollo 1980-1982 anunciando cambios en la definición del Estado y el fin del ciclo histórico de la Revolución

Mexicana y llegaría ese marzo de 1992 al punto culminante: no sólo terminar con la retórica de la Revolución Mexicana, sino inaugurar un nuevo proyecto de desarrollo globalizador y liberal.

4.- En 1995 el historiador Lorenzo Meyer, una de las inteligencias académicas más consolidada y conocida de la generación de El Colegio de México que se había forjado al amparo del legendario liberal Daniel Cosío Villegas, publicó un libro con un doble sentido crítico; de un lado, el título que resumía intenciones: *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*; de otro, el texto del capítulo final, "Parte de novedades", una carta dirigida al general Lázaro Cárdenas para lamentar la traición histórica a la herencia legada por el presidente de la república que radicalizó la Revolución Mexicana en el corto periodo 1936-1938: exilio de Plutarco Elías Calles, reparto de tierras, creación del ejido, expropiación petrolera y sobre todo la reconstrucción del partido oficial transformándolo en Partido de la Revolución Mexicana y creando el corporativismo que organizó a las masas en torno al Estado y sobre todo consolidando el sistema presidencialista que fundó Juárez, fortaleció Díaz y ahora casi endiosó Cárdenas. En su texto, Meyer lamentaba que el modelo político del Estado de la Revolución Mexicana hubiera muerto dos veces, la primera con el retroceso operado por el sucesor cardenista Manuel Ávila Camacho y la segunda con el proyecto modernizador de Salinas de Gortari.

5.- En el mítico y simbólico año 2000, México registró una alternancia pacífica en el poder: el PRI perdió las elecciones presidenciales y el PAN, el adversario ideológico del PRI revolucionario, el partido que nació en 1939 para oponer una fuerza social al proceso que llamó la radicalización cardenista de México, conquistó la presidencia de la república. ¿Por qué el PAN y no el PRD? En historia no hay hechos inexplicables sino racionalidades sociales: el PRD organizó una estructura interna en permanente descomposición, Cuauhtémoc Cárdenas no logró construir una ideología sólida ni definió un nuevo proyecto que revalidara a la Revolución Mexicana ya enterrada y su fuerza electoral pasó del 31% en 1988 a 16.6% en el 2000, tampoco pudo consolidar una oposición al proyecto modernizador salinista y menos aún supo explotar el subconciente

colectivo cardenista. El PAN pasó de 17% en 1988 a 42.5% en el 2000, arriba del precario 36.1% del candidato priísta Francisco Labastida Ochoa, dejando al PRD de Cárdenas en el tercer sitio. La primera alternancia mexicana se dio a la derecha y no a la izquierda. Y el PAN tuvo la presidencia sólo dos sexenios, sin grandes cambios en enfoques o tradiciones y acotado por el PRI como la primera minoría en las dos cámaras legislativas federales y más de la mitad de los gobiernos estatales. En los hechos, el PAN careció de un proyecto ideológico alternativo y sólo aprovechó la inercia de la corrupción priísta y el hartazgo ciudadano. En su segundo sexenio en la presidencia, 2006-2012, el PAN no pudo capitalizar el simbolismo del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, dos fechas clave en el calendario político del viejo poder priísta.

6.- En junio del 2006 el presidente Fox anunció el nombramiento de Cuauhtémoc Cárdenas como coordinador general de la Comisión Organizadora de los eventos del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución. Si el nombramiento revelaba una fase institucional del gobierno panista ante fechas históricas, la presencia de Cárdenas parecía más un acotamiento personal que las posibilidades de proyectar el simbolismo de dos fechas históricas. El juego de poder del panismo en la presidencia se quitó momentáneamente de un peso de encima entregándole al hijo del legendario gobernante que radicalizó la Revolución el recordatorio de los dos movimientos que construyeron a México como nación. De la misma manera inexplicable como llegó, en noviembre de ese mismo año de 2006 Cárdenas renunció a la comisión. En el 2006 Felipe Calderón ganó las elecciones presidenciales por medio punto porcentual y el PRD de López Obrador pasó al choque y a la confrontación. Calderón desactivó el potencial político e ideológico del mítico 2010 y las ceremonias carecieron de significado histórico y político, y recordaron más bien las fiestas fastuosas del centenario que organizó Porfirio Díaz en 1910 ya la víspera del estallamiento de la fase armada de la revolución. Lo malo que el PRD y Cárdenas carecieron de alguna celebración paralela.

7.- En el 2013, en la cresta de la ola del debate sobre la iniciativa de reforma energética del presidente Peña Nieto, el gobierno federal anunció la

suspensión del desfile deportivo del 20 de noviembre que se realizaba para honrar la fecha y la memoria de los revolucionarios. El PRD se quedó pasmado pero de nueva cuenta sin alguna iniciativa paralela, ni siquiera alguna reunión para exaltar la fecha histórica. A la hora de la fundación, el PRD utilizó el apellido paterno de revolucionario para disputarle espacios al PRI en materia de orígenes revolucionarios y también para jugar con aquella decisión del general Cárdenas de 1938 —días después de la expropiación petrolera— de transformar el Partido Nacional Revolucionario que fundó Elías Calles en el Partido de la Revolución Mexicana ya *cardenizado*. Disminuida su presencia en el discurso oficial del PRI, la Revolución Mexicana quedó en el desamparo total cuando el PRD no hizo intento alguno por rescatarla, a pesar de que López Obrador usó el significado del 20 de noviembre para ese día pero del 2006 tomar posesión de la “presidencia legítima”, con todo y banda presidencial, silla gestatoria presidencial, gabinete presidencial y toda esa parafernalia priísta, pero sin proyectar al PRD como el partido heredero de la Revolución Mexicana.

En realidad, sí hubo una revolución pero fueron muchas revoluciones. Como proceso histórico la revolución inició en 1906 con el programa político del Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón, concluyó en 1992 cuando Salinas de Gortari sacó el concepto de Revolución Mexicana de los documentos del PRI y quedó liquidada en el 2000 con la alternancia panista en la presidencia de la república. En medio, a lo largo de noventa y cuatro años, la Revolución Mexicana fue un discurso político con aplicaciones diversas, lo mismo para el caudillismo de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, que para justificar el amparo agrario para latifundistas por Miguel Alemán, así como para aplicar severas represiones sociales en el periodo 1958-1968, y el inicio del neoliberalismo con De la Madrid. La periodización misma del proceso ofrece la diversidad de enfoques y posicionamientos.

*1906-1910: el programa político del Partido Liberal fijó las posibilidades del cambio y la necesidad de liquidar el porfirismo. El Plan de San Luis de Francisco I. Madero de octubre de 1910 convocó a la revolución a partir del resultado electoral que volvió a mantener a Díaz en la presidencia. A lo largo de meses se consolidó la demanda antireeleccionista y se dio la organización alrededor de esos grupos. La fase original fue de reivindicaciones sociales pero sólo democrático-electoral en el ánimo de Madero.

*1910-1913: del inicio de la lucha armada al golpe de Estado de Victoriano Huerta en febrero de 1913. Madero sólo buscó un cambio en la presidencia, no logró consolidar la institucionalización electoral y no modificó la estructura del poder. Supuso que la sola salida de Díaz de la presidencia ayudaría a reencauzar al país. Pero la revolución había liberado nuevas fuerzas sociales, políticas, clasistas. Zapata irrumpió con el programa agrario y debilitó a Madero; Villa se movió por la libre. El asesinato de Madero profundizó la guerra civil.

*1913-1914: la revolución se salió de cauce y se metió en una de las etapas más intensas y menos estudiadas: la lucha por el poder político presidencial, la maldición mexicana de la silla presidencial. Carranza lanzó la fase constitucionalista que era una forma de reordenar el programa revolucionario, pero las élites reventaron la unidad en Aguascalientes con la Convención que repartió la presidencia sin cohesión, dividió a los grupos revolucionarios enfrentando a unos contra otros. La revolución se movió en la dialéctica revolución-restauración y la disputa por el poder pasó a ser sangrienta.

*1914-1917: Carranza reordenó la lucha con el objetivo de crear un nuevo orden jurídico y conquistas sociales; Díaz había soslayado la Constitución de 1857 y había gobernado para sí mismo, creando el primer espacio de ejercicio del poder: un sistema político unipersonal

con reparto del poder y en función de la presidencia de la república como institución central. Carranza propuso redactar una nueva Constitución aunque al final partió de la de 1857 con todo y sus utopías. El congreso constituyente ayudó a poner orden en las demandas y a buscar conciliaciones entre propuestas diversas.

*1917-1920: la Constitución le dio marco jurídico a la Revolución, prefiguró el primer paso al Estado-nación que Juárez no pudo cohesionar y logró fijar el primer programa de reformas, pero la lucha por el poder se hizo más intensa: en 1919 asesinaron a Zapata y en 1920 mataron a Carranza, y Villa caería en 1923 en el ajuste de cuentas entre las élites revolucionarias. La Revolución había mostrado ya que el movimiento político no podía administrarse con tantas cabezas militantes y en esta fase se construyó el caudillismo unipersonal. El modelo del caudillo personal de Díaz fue reproducido por los mismos que hicieron la revolución contra Díaz.

*1920-1929: creación del caudillismo político presidencial e institucionalización del proceso de elección del candidato presidencial vía un partido de los revolucionarios, aún con saldos sangrientos. Martín Luis Guzmán, en *La sombra del caudillo*, logró novelizar la realidad e identificó las primeras reglas del reparto del poder. La designación del candidato asumió las características jurídicas de una verdadera *sucesión* testamentaria en la que el presidente saliente designaba al entrante y éste asumía todo el poder, aún contra su antecesor. Pero la tentación de reelección volvió a incendiar la pradera política de hierbas secas: Obregón fue abatido cuando había ganado la reelección, luego de la reforma constitucional de Elías Calles y de revivir el fantasma del reeleccionismo de Díaz contra el cual estalló la revolución.

*1929-1936: el país pasó del caudillismo violento al caudillismo institucional, el hombre fuerte que había logrado estabilizar la crisis provocada por el asesinato de Obregón. El tránsito fue de la

relección en el poder a la relección tras del poder: Elías Calles gobernó desde la ex presidencia de la república en función del control de los hilos del poder, fundó el Partido Nacional Revolucionario, se convirtió en el administrador de los instrumentos del poder para negociar con todos los sectores e impuso candidatos, los hizo ganar y les designó gabinete, mandando justo frente a la residencia presidencial del Castillo de Chapultepec. También Elías Calles nombró candidato a Pascual Ortiz Rubio en 1929, lo hizo ganar aplastando la campaña de José Vasconcelos, lo cesó dos años después en 1932, designó a Abelardo Rodríguez como interino, aprobó la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas y le puso gabinete. Sólo que Cárdenas no se dejó, chocaron dos poderes, ganó el institucional de Cárdenas y echó del país a Elías Calles consolidando la tesis de que la presidencia es un poder único e indivisible.

*1936-1940: en medio de un desorden político en las élites, la Revolución Mexicana encontró en Cárdenas el esperado y necesario proyecto revolucionario articulado, coherente, orientado al socialismo sin dictadura del proletariado. Cárdenas le dio a la Revolución Mexicana lo que le hacía falta: ideología, objetivos sociales, fuerzas social proletaria y campesina, decisiones expropiatorias y recuperación del aliento revolucionario, pero no pudo dotarlo de horizonte histórico porque la radicalización revolucionaria encontró resistencias en sentido contrario que pudieron haber terminado en una nueva guerra civil; por eso optó por una sucesión conservadora que tranquilizara a los sectores revolucionario y a las clase sociales, sólo que con el costo conocido de una nueva desviación revolucionaria hacia caminos más negociados. La revolución se fortaleció y se debilitó con Cárdenas.

*1940-1970: largo camino de institucionalización de la Revolución Mexicana, con consensos basados en tres principios: la corrupción,

la obediencia presidencialista y el reparto elitista de beneficios. La estabilidad macroeconómica permitió una política social novedosa y una estrategia salarial con prestaciones no salariales. El país consolidó la clase media, pero a costa de deprimir a los campesinos y controlar a los obreros. El saldo macroeconómico fue positivo — 6% de PIB promedio anual con tasas inflacionarias promedio anuales de 2%—, pero con crecientes masas marginadas en el campo y en el proletariado. El cuarto principio del poder se consolidó como instrumento de gobierno: la represión, pero en una fase de crecimiento del descontento social y político. La represión en Tlatelolco marcó el fin del proceso autoritario del sistema político priísta.

*1970-1982: la represión y la pobreza potenciaron la inestabilidad y el sistema hubo de regresar a sus orígenes sociales para estabilizar la disidencia, en medio del nacimiento de la guerrilla como oposición política armada. Echeverría y López Portillo trataron de reavivar el discurso político de la Revolución y su efectismo social, pero con una política económica basada en el aumento del gasto con los mismos ingresos; el resultado fue la inestabilidad económica, el desequilibrio de clases y la crisis financiera en 1976 y en 1982: el círculo perverso déficit presupuestal-inflación-devaluación. La bandera de Cárdenas y la justicia social apareció como el detonador del despertar político, pero el sistema estaba ya enmohecido y cerrado por la corrupción. La crisis económica abrió las puertas a la estabilización macroeconómica pero ya en un escenario de reorganización del sistema económico internacional.

*1982-2000: el populismo generó su antídoto; el neoliberalismo. El régimen de la Revolución Mexicana nunca pudo encontrar la estrategia de desarrollo que produjera simultáneamente estabilidad macroeconómica y bienestar social; inclusive, en la etapa del llamado milagro mexicano, las posibilidades de bienestar se reducían

a la clase media, pero dejando un proletariado al amparo de políticas sociales mediocres y controles de salarios. El afán social de Echeverría —una especie de cardenismo *a posteriori*— rompió la estabilidad macroeconómica y llevó al país a la devaluación, luego vino el neopopulismo de López Oportillo apoyado en el petróleo pero nuevos tropiezos en los precios internacionales generaron el colapso de 1982. Decidida su candidatura en función de la continuidad estabilizadora, De la Madrid abrió la puerta a la reforma del Estado social de la Revolución Mexicana, Salinas de Gortari la profundizó y Zedillo mantuvo el ritmo. La severa crisis de 1993-2007 y las reformas a los instrumentos de control del sistema, sobre todo ciudadanizando el organismo electoral, llevó a la derrota presidencial del PRI en el 2000 y a la alternancia panista.

*2000-2012: la Revolución Mexicana pasó a la condición, parafraseando a Pedro Aspe, secretario de Hacienda de Salinas, de “mito genial”. A pesar de haber nacido justamente para enfrentar el radicalismo de la Revolución Mexicana en la fase del nacionalismo radical de Lázaro Cárdenas, el PAN con Fox decidió administrar el sexenio y profundizar algunas de las reformas estructurales del modelo económico neoliberal que venían desde Salinas de Gortari. Calderón salió electo en el 2006 y también mantuvo la fase neoliberal de los tres últimos gobiernos priístas 1982-2000 y le tocó encabezar las ceremonias del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana, aunque sin demasiado énfasis en su significado político y casi de mero trámite histórico, dejando pasar la oportunidad de una revaloración desde el punto de vista de la historia nacional y una relectura acorde con los enfoques panistas muy maderistas en cuanto a lucha democrática y no tan radicales con el cardenismo.

*2012: el presidente Peña Nieto presentó un paquete de reformas estructurales también en la continuidad-consolidación de las

reformas salinistas y dentro de ellas una fue la que detonó el debate: la reforma energética, permitiendo participación privada en actividades de exploración, extracción y transformación de petróleo, sin perder la propiedad de la nación de la riqueza del subsuelo. La oposición cardenista fue encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, hijo del general Lázaro Cárdenas del Río, aunque sin espacio ni posibilidades para definir primero un proyecto cardenista y luego sin coherencia en el debate abierto sobre el tema. La reforma energética logró en diciembre del 2013 la mayoría calificada en las dos cámaras federales vía alianza PRI-PAN y en los congresos locales y fue promulgada el 20 de diciembre y publicada al día siguiente en el *Diario Oficial de la Federación*. En el discurso de defensa del petróleo como propiedad estatal, Cuauhtémoc no se apoyó en la Revolución Mexicana sino en la decisión nacionalista de su padre para dotar a la nación del recurso fundamental para su modernización productiva, a pesar de que el general Cárdenas justificó la nacionalización y expropiación de la industria petrolera extranjera en 1938 en el proyecto nacionalista de la Revolución Mexicana.

Pues sí, sí hubo alguna vez una Revolución Mexicana. Fue un movimiento social-popular que derrocó al presidente Porfirio Díaz y definió como proyecto concreto la Constitución de febrero de 1917. Sin embargo, la Revolución fue una hidra de mil cabezas, víctima de sí misma y de sus contradicciones, y con el lastre de una clase revolucionaria y política gobernante marcada no por la idea revolucionaria sino por el pragmatismo del poder.

La Revolución Mexicana, al final de cuentas, fue un proceso político vivo, latente, contradictorio, que siguió las reglas establecidas por Leonardo Morlino en su estudio de los regímenes en cambio político: crisis, transición, instauración de

nuevo régimen, consolidación y nuevamente crisis. La clase gobernante en las tres fases del régimen de la revolución —la revolucionaria 1906-2000, la panista 2000-2012 y la priísta en su segunda fase 2012-2018— ha dejado a la Revolución Mexicana, como establecería Jesús Silva Herzog en 1943, en “un hecho histórico”, pero ya sin su impulso creador en la rectoría de los intereses nacionales, y siempre con posibilidades de justificar rumbos y bandazos en nombre de ella misma, lo mismo a la izquierda que a la derecha, hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante o hacia atrás.

2.- Una serie de eventos (des)afortunados

Si la historia no tiene héroes predeterminados, al final cuentan las intenciones porque convierten a los seres humanos comunes en excepcionales. La Revolución Mexicana fue impulsada por dos necios idealistas sin horizonte, un espiritista, un caballerango, un delincuente y un porfirista. Luego fue consolidada por recios militares forjados en el combate y más tarde ahogados en sus propias contradicciones humanas, sobre todo el poder y la corrupción. La historia oficial no ha tenido más remedio que seguir el camino de Thomas Carlyle (1795-1881): la idealización individualista aunque matizada por su papel histórico. Los hombres, al final, también son humanos y su sangre, como dice la canción, también tiñe de rojo. La intención ha sido de todos conocida: tierra de héroes, los mexicanos no pueden vivir sin héroes. Se trata del síndrome del *Llanero Solitario*.

La historia oficial de la Revolución Mexicana ha sido el estudio de los hechos históricos con los héroes como hilos conductores. Se ha estudiado a la Revolución desde casi todos los enfoques teóricos de la historia; aquí voy a ensayar un enfoque poco analizado, quizá porque la historia del sistema político ha enfatizado la suma de individualidades: la historia desde la teoría de las élites; el instrumental teórico es el de Wilfredo Pareto y su propuesta de la circulación de las élites como dinámica del desarrollo político, de Robert Michels y su

preocupación por la tendencia a la *oligarquización* de las élites y su papel dominante de verticalismo, de Gaetano Mosca y su indagación sobre la organización de las élites en trabajos conjuntos para conformar una clase política, de Carlyle y su teoría de los héroes como factor de dominación de las sociedades, y de Max Weber y los liderazgos sociales y políticos.

El perfil de Porfirio Díaz no ha encontrado en los historiadores mexicanos un esfuerzo de distancia histórica y humana, al grado de que es la hora, cien años después, que nadie se atreve a discutir el regreso de los restos de Díaz, que se encuentran en el cementerio de Montparnasse, a su natal Oaxaca. Díaz sigue siendo el dictador cruel y sanguinario, a pesar de haber sido también el héroe de batallas contra el invasor francés y uno de los brazos militares más importantes de Juárez.

¿Fue Díaz tan malvado como lo cuenta la historia de los ganadores, la historia oficial? ¿O fue un personaje al cual aplicarle el modelo de Hannah Arendt de la banalidad del mal —cuyo modelo fue Adolf Eichmann, el sanguinario operador de la masacre de judíos para Hitler—; es decir: el mal por el mal y no el mal absoluto? Díaz fue un hombre forjado en la cultura indígena, cincelado en la disciplina militar improvisada en el campo de batalla de la invasión francesa, curtido en la ambición del poder derivado de su posición dominante como jefe militar victorioso. En lo militar, Díaz fue el verdadero artífice de la República Restaurada al comandar las victorias en las batallas de Miahuatlán, La Carbonera y la toma de Puebla, permitiendo la consolidación de Juárez; y Juárez era el jefe de la república itinerante que se restauró en el discurso en la ciudad de México el 15 de julio de 1867. La lucha posterior de Díaz contra Benito Juárez en dos competencias presidenciales fue entre titanes que representaban ambos el deseo de personalizar el poder. Muerto Juárez en 1872, Díaz se hizo totalmente del poder de 1876 hasta su renuncia en 1911. ¿Qué condujo a un héroe militar contra la invasión francesa a construir un imperio autoritario sobre la represión? Esta parte de la personalidad política de Díaz ha sido soslayada por los historiadores.

Juárez duró en la presidencia “sólo doce años” porque lo sorprendió la muerte, gobernó a base de facultades extraordinarias que el Congreso le otorgó y

que luego se rehusó a regresarlas, hizo trampas legales en la convocatoria a elecciones de agosto de 1867 como introducir de *cachirul* una encuesta sobre reformas constitucionales en las elecciones presidenciales de 1862, aplastó de malas maneras a Miguel González Ortega hasta hacerlo perder la razón y de hecho Juárez construyó el presidencialismo centralista y autoritario —aunque legalista— que después afinó Díaz, consolidó Cárdenas y el PRI elevó a la altura del arte. A Díaz no lo alcanzó la Revolución por enfermedad sino que quedó atrapado en una severísima crisis en la circulación de las élites políticas.

Conocedor de los sentimientos humanos, Díaz pareció entender que el futuro de México era el del desarrollo como forma de superar las contradicciones de la lucha por el poder y de la pobreza; de hecho, a pesar de su ambición de poder, fue un modernizador. Con habilidad de relojero suizo, Díaz creó el sistema político que Juárez apenas dejó esbozado, que luego los revolucionarios impusieron con lenguaje de compromisos sociales y que el PRI se encargó de hacer funcional por encima de las instituciones. De ahí una tesis novedosa derivada de la psicología política del poder: Díaz se sabía humano y por eso en realidad no se engolosinó con el poder sino que desde 1892 comenzó a construir un mecanismo de sucesión presidencial que no le dio resultado; así, en los hechos históricos, Díaz fue interino a finales de 1876 y ganó sus primeras elecciones en 1877, luego de haber perdido en dos ocasiones ante Juárez. Al terminar su periodo a finales de 1880, Díaz impuso a su compadre muy querido Manuel González como su sucesor para el periodo 1880-1884; luego Díaz regresaría a la presidencia en 1884 y se reelegiría seis veces hasta su renuncia en mayo de 1911 y su salida del país a bordo del buque llamado Ypiranga.

El enfoque de la teoría de las élites permite ejercer un novedoso estudio del reeleccionismo de Porfirio Díaz. En 1892, al terminar su tercer periodo formal de cuatro años cada uno en la presidencia, Díaz pensó en abandonar paulatinamente la presidencia. Tres hechos se dieron en el contexto de la intención de Díaz de modernizar a México: las bases del sistema capitalista que había sentado Juárez aun aplastando a los indígenas y usando al ejército para poner orden institucional, la inversión extranjera vio a México con un futuro insospechado y el surgimiento

de una nueva élite con educación superior conocida como los Científicos. En 1892 Díaz acumulaba ya sesenta y dos años de edad y muchas batallas ganadas y perdidas, había gobernado tres cuatrienios y estaba comprometido con impulsar el desarrollo.

En 1892 también ocurrieron dos hechos políticos y de reacomodo en las élites: arribó a la Secretaría de Hacienda —primero como oficial mayor y luego como titular en 1893 a la muerte de Manuel González— el abogado José Yves Limantour y se dio a conocer el Partido Unidad Liberal del propio Limantour. En 1881 diputados porfiristas, con Justo Sierra a la cabeza, consolidaron el gran impulso a la educación como base del desarrollo al aprobar la educación primaria obligatoria. Así, el cuadro de configuración de un proyecto de nación estaba en las prioridades de decisión del poder de Porfirio Díaz. Indígena recio, hombre de armas, político intuitivo, Díaz pareció haber llegado a la conclusión de que un caudillo no podía llevar al país a nuevos niveles de desarrollo. En sus primeros años en la presidencia, Díaz centralizó el poder, terminó con los pronunciamientos militares y de hecho pacificó a la república por la vía de la represión y el control de los gobernadores, sometió a la prensa, acotó a la iglesia y mantuvo bajo dominio a los militares. En ese contexto se ubicó el pronunciamiento del Partido Unión Liberal a favor de la ciencia como el eje del desarrollo: “el valor de esa gran fuerza mental que se transforma en inconmensurable fuerza física y que se llama *Ciencia*”.

De 1892 a 1896, al terminar su tercera presidencia, Díaz comenzó a preparar a su sucesor y no en función de intereses de grupo sino de modelo de desarrollo, y desde siempre se negó a considerar al general Bernardo Reyes como sucesor. Por eso Díaz decidió preparar a Limantour como sucesor para las elecciones presidenciales de 1900, al concluir su cuarto periodo presidencial, con setenta años en las espaldas. El periodista Carlos Díaz Dufoo y el propio Limantour en sus memorias cuentan esa parte fascinante de la política en su vertiente de la disputa en las élites por el poder. Incluso, Díaz mandó redactar un Manifiesto a la Nación firmado por el centro porfirista para consolidar a Limantour como candidato. Sin embargo, las cosas no le salieron a Díaz por la sencilla razón

de que a Limantour no le interesaba el poder ni la política y se negó a ser considerado como candidato a la presidencia. Dufoo cuenta cómo Díaz se quejó de Limantour; pero éste, en realidad, desdeñaba la política porque, escribe en sus memorias, la política marcha “siempre en zigzag o por curvas” para alcanzar sus objetivos, y se mueve con “disfraces”. La administración, en cambio, era el reino de la eficacia. A partir de Limantour el periódico *The Mexican Herald* acuñó una frase acreditada al porfirismo: “el señor Limantour ha realizado en su esfera el lema del ilustre presidente: mucha administración y poca política”.

Díaz se reeligió, a regañadientes, en 1900 pero mantuvo su objetivo de dejar como sucesor a Limantour en 1904. Para ello, Díaz hizo caso a una sugerencia de Limantour y creó la vicepresidencia de la república, por la preocupación en el extranjero, decía Limantour en 1893, por la posible ausencia o enfermedad del presidente de la república, toda vez que los mecanismos de sucesión en caso de falta de titular beneficiaban a instancias legislativas o judiciales ajenas al proyecto porfirista. Díaz habló con Limantour, le propuso la vicepresidencia e inclusive, cuentan el propio Limantour y Dufoo, Díaz pensaba en ausentarse del país una larga temporada, un año o más, y Limantour se encargaría de la presidencia desde la vicepresidencia. Luego Díaz no aceptaría más reelecciones en 1904 y Limantour quedaría ya instalado como sucesor, justo en los años de mayor fuerza política del caudillo.

Pero de nueva cuenta, en 1904, Limantour se negó a jugar ese juego, esta vez no sólo por su repudio a la forma de hacer política en el gobierno sino por enfermedad de su esposa. Por lo demás, desde 1902 se había desarrollado una guerra en las élites entre seguidores del general Bernardo Reyes —aspirante a suceder a Díaz— y Limantour, las dos caras del Jano porfirista: la fuerza y la inteligencia. Díaz se percató de ello y mandó al exilio a Reyes por ataques obvios contra Limantour en periódicos, estimuló al partido porfirista —también una idea de Limantour— pero lo disolvió al comenzar 1910 por poco útil ante su fuerza de caudillo. A propuesta de Limantour, Díaz designó a Ramón Corral como su vicepresidente en 1904. En 1910, decepcionado de Limantour, Díaz optó por su sexta reelección.

Así, la revolución estalló por cuando menos tres razones: 1) crisis en la organización de las élites porfiristas y agotamiento de la sucesión sólo en la figura de Limantour, 2) la ausencia de una estructura partidista porfirista frente a organizaciones liberales, anarquistas y sobre todo antirreeleccionistas y 3) acumulación de protestas sociales bajo liderazgos radicales en el sector obrero y en el campo. Del lado de la política sólo apareció Porfirio Díaz personalizando al poder. A pesar de su astucia como general combatiente, a Díaz le faltó estructurar un mando político y un estado mayor de poder, utilizó a su favor los conflictos en las élites pero a costa de agudizar los conflictos y ejerció el poder unipersonal y sin estructura real de poder político o partidista. Asimismo, Díaz no entendió los mensajes sociales: los efectos de las represiones campesinas y obreras, el descontento popular, la pobreza y una sociedad al garete, y supuso que su sola figura como garantía de estabilidad sería suficiente. Y si bien el Partido Liberal de los hermanos Flores Magón exaltaba el anarquismo y propuestas sociales con poca penetración en las masas y Madero luchaba sólo contra la reelección de Díaz y era partidario de una transmisión institucional del poder a través de la vicepresidencia y de las elecciones, Díaz ya no pudo operar con decisiones hacia adelante.

En abril de 1911, ya con el país incendiado por levantamientos estatales y con Emiliano Zapata incorporado a la revolución para luchar por la tierra, Díaz acudió al Congreso a inaugurar la apertura de sesiones y aprovechó la oportunidad y la tribuna para presentar una propuesta de reforma del Estado o de reforma política como manera de responder a la inestabilidad revolucionaria; sus propuestas giraron en torno a cinco puntos: reforma política, limitación a las reelecciones, reforma electoral, reforma agraria y reforma de justicia. Pero ya era demasiado tarde, como le dijo el diputado Fernando Duret en su discurso como presidente del Congreso: “es innegable que un inmenso malestar y una amarga duda en los destinos futuros del país conturban hoy todos los ánimos”. Inclusive, el propio Díaz había tomado posesión de la presidencia para el periodo 1910-1916, a los ochenta años de edad y por el primer periodo presidencial de seis años, en medio de informaciones sobre levantamientos en toda la república, incluyendo

jefes del ejército federal que se pasaron al lado de los revolucionarios. El 21 de mayo de 1911 se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez anunciando la “resolución (de Díaz) de renunciar a la presidencia de la república, antes de que termine el mes en curso”, aunque llegó el 25 de mayo con palabras amargas, reclamando los servicios prestados a la nación y señalando que la revolución era contra su presencia en la presidencia:

A los CC. Secretarios de la H. Cámara de
Diputados.

Presente.

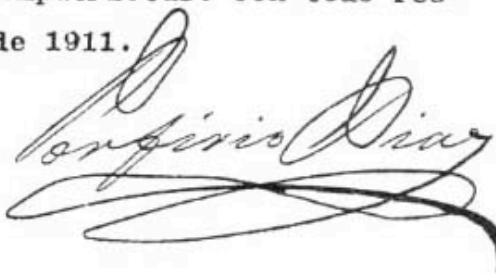
El Pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra de Intervención, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para impulsar la industria y el comercio de la República, ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo, es causa de su insurrección.

No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; pero permitiendo, sin conceder, que pueda ser un culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mi persona la menos apropiada para raciocinar y decir sobre mi propia culpabilidad.

En tal concepto, respetando, como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal vengo ante la Suprema Representación de la Nación a admitir sin reserva el encargo de Presidente Constitucional de la República, con que me honró el pueblo nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la Nación, derrochando sus riquezas, secando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales.

Espero, señores diputados, que calmas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en la conciencia nacional, un juicio correcto que me permita morir, llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas. Con todo respeto.

México, Mayo 25 de 1911.



La Revolución Mexicana fue una lucha en dos niveles: el social como protesta de sectores populares marginados, empobrecidos y ajenos al poder, y el político entre las élites que se repartían el poder. Y a lo largo de casi treinta años, la Revolución se asumió como un discurso de las élites pero cuidando no repetir el

error de Porfirio Díaz de ignorar a las masa populares, cuando menos en la justificación de acciones. En la línea de tiempo histórico, la Revolución encontró un camino cierto en la ofensiva constitucionalista de Venustiano Carranza, un gobernador porfirista que se levantó en armas para combatir al golpista Victoriano Huerta y no antes; Carranza lograría imponerse como uno de los ejes rectores de la Revolución y convertir a la propuesta revolucionaria dispersa y caótica en un proyecto constitucional político, social, económico y de desarrollo del movimiento revolucionario, tratando de ajustar y hacer coincidir todas las propuestas. Así, en palabras del constitucionalista Emilio Rabasa Gamboa, la Constitución de 1917 fue la de los derechos sociales, contrastando la de 1824 como fundadora del federalismo y la de 1857 como la creadora del sistema unicameral. Pero la fuerza destructora de las olas revolucionarias arrasaron como tsunami a casi todos sus protagonistas: Carranza fue asesinado por instrucciones de Álvaro Obregón en 1919.

De 1910 a 1929, la Revolución Mexicana fue poder, élites dominantes y búsqueda de un programa de desarrollo derivado de la Constitución. El orden se impuso por la vía del modelo Juárez-Díaz del caudillismo personal: Obregón sometió a los jefes revolucionarios hasta su asesinato en 1928 por sus intentos reeleccionistas y la repetición del error de Díaz; inclusive, en 1981 el poeta José Emilio Pacheco ejercitó en *Proceso* un texto de ficción sobre el escenario de que Obregón no fue asesinado sino que se reeligió hasta que murió de muerte natural en 1968, jugando con la posibilidad de reelecciones sin fin del sonoreense. Pero asesinado Obregón por sus afanes reeleccionistas, Elías Calles exploraría una variante del caudillismo anunciando el fin del caudillismo con la muerte del caudillo pero él mismo autodenominándose como el *jefe máximo de la revolución*. La sombra de Díaz seguiría paseándose por los pasillos del poder revolucionario, lo mismo a través de hombres fuertes que instituciones corporativas y sistémicas, con diferentes nombres pero con el mismo sentido: el poder unipersonal.

Luego de la Constitución como propuesta programática de los objetivos de democracia, desarrollo y justicia social de la Revolución —no siempre alcanzados pero cuando menos establecidos como discurso político al estilo Habermas en

cuanto a acción política vía acción comunicativa—, el movimiento revolucionario alcanzó otro cenit con la expropiación petrolera en 1938 como un acto de ejercicio del poder del Estado ante hegemonías extranjeras, una decisión capaz de recuperar uno de los instrumentos decisivos de financiamiento del desarrollo y un factor de cohesión nacional como revalidación del nacionalismo como instrumento de independencia y soberanía. Pero como ocurrió con la Constitución, la expropiación petrolera no logró consolidar una nueva hegemonía política y popular, al grado de que la radicalización explícita en el acto expropiatorio hubo de equilibrarse en 1940 con una sucesión hacia el movimiento conservador encabezado por el general Manuel Ávila Camacho. Así, la recuperación del dominio sobre el petróleo fue simbólica —sólo una hazaña— porque el país careció de un modelo de desarrollo de grandes ambiciones. Luego vendrían acciones menores: el populismo de Echeverría, el auge petrolero con López Portillo y sobre la crisis financiera se dio la expropiación de la banca privada en 1982, sin duda otro de los instrumentos clave del financiamiento del desarrollo. Pero a diferencia de 1938, la expropiación bancaria duró poco, careció de un proyecto de desarrollo, el sucesor de López Portillo privatizó el 34% de la banca y luego el sucesor de Miguel de la Madrid privatizó totalmente la banca.

El fondo del fracaso de la Revolución Mexicana como proyecto estuvo en la ausencia de un modelo de Estado pivote del desarrollo. En esta línea del tiempo histórico se pudo ver a la Revolución Mexicana sólo como un acto histórico, circunscrito al derrocamiento de Porfirio Díaz y a la definición de una Constitución de derechos sociales, pero sin una ideología concreta. Las élites directoras del Estado llevaron a la estabilidad en el periodo 1954-1970, a la recuperación de banderas sociales pero con inestabilidad financiera de 1970 a 1982, al despilfarro del petróleo por la ausencia de un verdadero modelo de desarrollo en 1979-1981 y a la hegemonía del mercado pero sin un Estado regulador de los equilibrios sociales y sólo como pivote de la acumulación privada de capital de 1982 al 2000.

Las tres condiciones de definición de un proyecto revolucionario no fueron alcanzadas por la Revolución Mexicana: ideología, dominio del Estado y movimiento de masas. Paradójicamente Lázaro Cárdenas creó el corporativismo

social como estructura de poder del sistema pero —señala Arnaldo Córdova— asumió a las masas como organización corporativa y no como clase; así, el socialismo cardenista quedó en mera retórica porque en los hechos buscó la conciliación de las clases y no su lucha como motor del cambio político. En febrero de 1936 Cárdenas se metió en el conflicto entre trabajadores y el Centro Patronal de Monterrey, y las cámaras de comercio por el tema de las huelgas y las reivindicaciones sociales, y el 11 de febrero el presidente de la república definió su relación con los empresarios en famoso discurso de los catorce puntos, entre los cuales destacaron cuando menos cinco: 1) cooperación entre gobierno y factores de la producción, 2) creación de la central única de los trabajadores, 3) “el gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social”, 4) la inestabilidad no se acreditaba a grupos comunistas sino a las desigualdad social, y 5) si los empresarios se sienten fatigados por la lucha social “pueden entregar sus industrias a los obreros o al gobierno”.

La definición que le dio Cárdenas a su gobierno fue de fondo, pero retórica porque se dedicó más a administrar el conflicto y la lucha de clases que a consolidar un régimen socialista tradicional. El punto 4 de la declaración de principios y programa del Partido de la Revolución Mexicana, del 30 de marzo de 1938, días más tarde de la expropiación petrolera y necesitado el gobierno cardenista de un frente de masas para la defensa de la soberanía ante las reacciones de las empresas petroleras, fue claro en sus consideraciones: “uno de sus objetivos fundamentales (es) la preparación del pueblo para la implantación de una democracia de trabajadores y para llegar al régimen socialista”. Ese mismo partido con contenido socialista lanzaría, por decisión de Cárdenas, la candidatura presidencial del conservador Ávila Camacho, provocando un nuevo quiebre ideológico y político en el régimen de la Revolución: el radicalismo de los líderes revolucionarios, el constitucionalismo de Carranza, el caudillismo de Obregón y Elías Calles y el socialismo de Cárdenas.

Más tarde vendrían expresiones más retóricas de la Revolución Mexicana: el conservadurismo de Ávila Camacho, Miguel Alemán Valdés y Adolfo Ruiz Cortines —incluyendo, por ejemplo, el amparo agrario de Alemán que revirtió el

agrarismo de Cárdenas—, el antiobrerismo de López Mateos y Díaz Ordaz y la fase represiva de movimientos sociales, el populismo de Echeverría y López Portillo y el neoliberalismo de De la Madrid y Salinas de Gortari, hasta culminar en marzo de 1992 con el discurso de Salinas de Gortari liquidando el concepto de Revolución Mexicana del discurso político gubernamental, todos esos posicionamientos avalados por el PRI como el Partido del régimen de la Revolución y por sus sectores fundados para resguardar la herencia ideológica de la Revolución.

El eje central del proyecto ideológico, político y sistémico de la Revolución Mexicana fue el Estado como garante de los objetivos de los grupos sociales que estallaron la revolución en el periodo 1906-1913. El modelo caudillista de Juárez y Díaz había desgastado el ejercicio personal del poder; la Revolución estableció claramente el principio de soberanía popular a través del sistema representativo y la Constitución de 1917 resolvió el problema originario de la propiedad: la nación, es decir, la estructura de poder, es decir, sin decirlo entonces, el Estado, se convertiría con el acto expropiatorio del petróleo en la estructura física del concepto retórico de nación, dándole forma política e institucional al aparato de poder público.

De 1938 a 1992, el Estado quedó en el centro de las disputas ideológicas, lo mismo como aparato coercitivo tipo Weber para el ejercicio del poder como factor de dominación, que la justificación política del populismo para retomar las metas de igualdad social de la Revolución Mexicana y más tarde como el objetivo del neoliberalismo en dos fases: la desvinculación del Estado de la estructura de poder político de la Revolución con las reformas constitucionales de Miguel de la Madrid en febrero de 1983 y el ascenso a un Estado con “autonomía relativa” de las clases, es decir, sin compromisos históricos; y en 1992 con el fin histórico de la Revolución Mexicana del discurso del PRI, del gobierno y del propio Estado ahora subordinado al mercado vía la privatización que revertiría la retórica económica sobre el principio de propiedad. Nacería una especie de Estado zombi.

Hacia 1992, la Revolución Mexicana de los Flores Magón, Zapata, Villa, Carranza y otros había quedado solamente en un hecho histórico, no en una razón histórica.

3.- Las muchas muertes de la Revolución Mexicana.

El año de 1992 fue de definiciones: en marzo, el presidente Salinas de Gortari anunció la nueva ideología de su gobierno de reformas estructurales, aunque difícil de justificar por el oxímoron de sus planteamientos: reformar la revolución, es decir, cambiarle de rumbo pero reafirmando el destino. Su propuesta tuvo dos momentos clave a lo largo de su discurso ante las bases priístas:

Hoy llevamos a cabo la reforma de la Revolución. Esta reforma es garantía de su permanencia y vitalidad. A diferencia de otras revoluciones, hoy abandonadas y desprestigiadas, la nuestra sigue estando en el pueblo, en el partido, en los actores políticos principales del país: su enorme fuerza vital radica en asumir los principios que han sido eje de toda nuestra historia, proyectados a las nuevas realidades y fortalecer a México.

Y otro párrafo igualmente definitorio del giro estratégico en el pensamiento político de la Revolución mexicana que con Cárdenas ascendió a socialismo y lucha de clases:

Dos tesis se enfrentan entre sí: una que no termina de declinar y otra que poca vigencia tendrá al nacer. Es el choque entre el estatismo absorbente y el neoliberalismo posesivo. Ni uno ni otro responden al proyecto de reforma de la Revolución; ni los nuevos reaccionarios que

promueven el estatismo ni tampoco el neoliberalismo enarbola nuestras luchas, ni sintetiza nuestras ideas, ni guía nuestras decisiones.

La filosofía de nuestras prácticas es el liberalismo social, de hondas raíces en nuestra historia y con plena vigencia para el presente y para el futuro. Establezcamos con claridad cómo fortalecer los principios de soberanía, justicia, libertad y democracia del liberalismo social mexicano y su profunda diferencia con las otras dos propuestas ideológicas.

Pero detrás de la retórica quedó la realidad: la propuesta de Salinas de Gortari era eminentemente neoliberal, basada en el Estado con “autonomía relativa” de las clases. A finales de año, en la edición 826 de la revista *Proceso* del 9 de noviembre de 1992, consolidado ya el cambio ideológico del PRI por Salinas de Gortari y avanzadas las contrarreformas constitucionales a los artículos que le dieron sentido histórico y profundidad ideológica a la lucha de la Revolución Mexicana, José López Portillo le declaró al reportero Elías Chávez:

—Muy pocos, usted entre ellos, todavía hablan de justicia social. ¿Podría haber sido usted el último Presidente de la Revolución?

—Así lo considero. Fui el último Presidente de la Revolución, por lo menos en el esquema estatista que buscaba la solución de los problemas con una economía mixta. Hicimos el máximo esfuerzo para lograrlo con ese esquema y fracasamos. Y frente al fracaso no hay argumentos. Hay que reconocer que debe haber nuevas oportunidades y hacerse uno a un lado con independencia de propósitos y calificativos.

Para llegar a esos dos posicionamientos clave que establecieron la muerte definitiva de la Revolución Mexicana no tanto como hecho histórico sino como un proyecto de nación definido por la Constitución aprobada en febrero de 1917 y a la cual se le han hecho, a finales del 2013, casi 600 reformas en casi todos sus artículos programáticos de derechos sociales para revertir los avances políticos e ideológicos en las fases radicales del movimiento social, el país transitó por un

debate interno en torno a la vigencia-muerte de la Revolución Mexicana en el periodo nada corto de 1931 a 1996, sin que hasta la fecha haya investigaciones sobre el significado político de la alternancia partidista en la presidencia de la república en el 2000. El largo camino de debate-crítica en el periodo 1931-1996 ofreció, en apretada síntesis, treinta estaciones de discusión:

1. 1931: Luis Cabrera denunció las desviaciones revolucionarias.
2. 1943 y 1949: Jesús Silva Herzog reconoció el agotamiento de los compromisos revolucionarios.
3. 1947: Daniel Cosío Villegas, en su ensayo *La crisis de México*, dijo que la Revolución Mexicana había carecido de metas.
4. 1947: José Revueltas, en su ensayo *Crisis y destino de México* como respuesta a Cosío Villegas, caracterizó las limitaciones políticas y de clase de la Revolución.
5. 1947: Rodolfo Usigli, en su obra de teatro *El gesticulador*, ironizó sobre las suplantaciones revolucionarios y narró como los nuevos revolucionarios asesinaban a los viejos revolucionarios.
6. 1950: Narciso Bassols, en *El problema político de la Revolución Mexicana*, reconoció el fin del valor histórico de las metas revolucionarias.
7. 1951: José Iturriaga,
8. 1952: Heriberto Jara, entrevista.
9. 1958: José Revueltas, en *México: una democracia bárbara*, hizo el más brillante análisis marxista de la Revolución Mexicana burocratizada.
10. 1961, Enrique González Pedrero, en *El gran viraje*, denunció que la Revolución Mexicana había sido desviada.
11. 1969, Enrique Padilla Aragón, en *México: crecimiento con pobreza*, probó con cifras que la Revolución Mexicana no había creado justicia social sino concentración de la riqueza en pocas manos.
12. 1970: Octavio Paz, en *Posdata*, analizó el autoritarismo de Tlatelolco y denunció la burocratización autoritaria de la Revolución.
14. 1970: Manuel Moreno Sánchez, en *Crisis política de México*, hizo la primera denuncia del PRI como el aparato de poder del Estado.

15. 1971: Carlos Fuentes, en *Tiempo mexicano*, ensayó una crítica a la Revolución histórica.
16. 1971: Adolfo Gilly, en *La revolución interrumpida*, aportó el primer ensayo histórico de la Revolución desde el marxismo de Trotsky.
17. 1972: Stanley R. Ross, en *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, enlistó una serie de textos de autores que hablaban del agotamiento de la revolución.
18. 1973: Arnaldo Córdova, en *La ideología de la Revolución Mexicana*, afirmó que la Revolución había sido populista y no socialista.
19. 1977: Manuel Camacho Solís: en *Los nudos históricos del sistema político mexicano*, mostró el agotamiento y los enredos de la clase dirigente revolucionaria.
20. 1981: Carlos Tello y Rolando Cordera, en *La disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo*, resumieron el conflicto entre el proyecto popular y el proyecto empresarial neoliberal como futuro de corto plazo de la Revolución.
21. 1983: Enrique Krauze, en *Por una democracia sin adjetivos*, abrió el tema de la transición mexicana a la democracia a través del respeto al voto y la alternancia.
22. 1984: René Villarreal, en *La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo*, desmenuzó el proyecto neoliberal que llegó a México por imposición de la condicionalidad del Fondo Monetario Internacional.
23. 1985: Carlos Salinas de Gortari, en conferencia sobre rectoría del Estado en *La Constitución mexicana, rectoría del Estado y economía mixta*, definió el nuevo Estado mexicano al margen de compromisos con las clases, sobre todo ya despegado de las clases populares.
24. 1985: Octavio Paz: *PRI: hora cumplida (1929-1985)*, y Gabriel Zaid: *Escenarios sobre el fin del PRI*, reafirmaron el México de la alternancia y el fin histórico del partido de la Revolución.
15. 1985: Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, en una conferencia sobre la revolución Mexicana, fijó la urgencia de regresar al proyecto cardenista de nación.

26. 1987: Cuauhtémoc Cárdenas: *La corriente democratizadora*, los primeros documentos formales del grupo que llevó al PRI a un debate sobre el proyecto de nación de la Revolución.
27. 1992: Carlos Salinas de Gortari, en discurso en el LVIII aniversario de la fundación del PRI, señaló el fin de la Revolución Mexicana como ideología oficial y el nacimiento del liberalismo social como vertiente ideológica del gobierno.
28. 1992: José López Portillo, en una entrevista con la revista *Proceso*, se definió como “el último presidente de la Revolución Mexicana”.
29. 1992: Lorenzo Meyer, en *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*, señaló la tesis de que los gobiernos del régimen de la Revolución habían traicionado el proyecto nacional cardenista.
30. 1994: *Subcomandante Insurgente Marcos*, en la Primera Declaración de la Selva Lacandona, anunciaron el fin del régimen de la Revolución y llamaron a una nueva revolución.
31. 1996: Sergio Zermeño, en *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, dibuja el desorden social provocado por el neoliberalismo como proyecto de la élite tecnocrática.

El punto de partida del debate sobre la vigencia de la Revolución Mexicana podría ser una propuesta novedosa: el concepto aplicado por el escritor Norman Mailer a John F. Kennedy como “héroe existencial” en el que la existencia precede a la esencia. A lo largo de su vida contabilizada, del estallamiento revolucionario en 1910 a su desaparición de los discursos del PRI al ser sustituida por el “liberalismo social” de Salinas de Gortari en 1992, la nada despreciable acumulación de ochenta y dos años latentes, la Revolución Mexicana dejó de tener esencia para asumir la condición de existencia: bastaba con tenerla cuando menos en sus discursos; hacia comienzos de los setenta se daba por “extraviada”, como publicó el suplemento *La Cultura en México* de la revista *Siempre!*, en medio de la pasión del presidente Echeverría por revivir la fe en el proceso social. Dos revoluciones históricas duraron menos: setenta y dos años la rusa que instauró el comunismo y cincuenta y cinco años la cubana, hasta su regreso al capitalismo.

La Revolución Mexicana fue:

- *Hecho histórico.
- *Programa de gobierno.
- *Gobiernos sucesivos.
- *Partido político.
- *Estado.
- *Constitución.
- *Sistema político.
- *Y sobre todo consenso nacional mayoritario.

Los tres puntos esenciales de la Revolución Mexicana lo constituyeron:

- *La propiedad originaria para la nación en la Constitución de 1917.
- *La expropiación petrolera en 1938.
- *La expropiación de la banca privada en 1982.

Pero la Revolución Mexicana fue también coartada; avaló el asesinato de Carranza, Zapata y Villa, el caudillismo de Obregón y Elías Calles, el socialismo de Cárdenas, la fe católica de Ávila Camacho, la contrarreforma agraria de Alemán al constitucionalizar el amparo a latifundistas, la represión obrera de Ruiz Cortines en 1958 contra el sindicalismo independiente, el apoyo diplomático de López Mateos a la Revolución Cubana, la fase represiva y macartista de Díaz Ordaz, el gasto público de Echeverría y la devaluación, la expropiación de la banca de López Portillo, el neoliberalismo de De la Madrid, la privatización de empresas propiedad de la nación y la reversión de los compromisos revolucionarios del Estado con el ejido, y la iglesia de Salinas de Gortari y la reforma electoral que le quitó al gobierno el control de las elecciones y que facilitó la alternancia en el 2000.

También la vigencia de la Revolución avaló giros tan espectaculares como el de la liquidación del principio histórico de una de las líneas activas que

estallaron el conflicto armado: la lucha contra el reeleccionismo de Díaz; el artículo 83 de la Constitución de 1917 fue muy claro en recoger el clamor nacional contra Díaz —que el propio Díaz hubo de reconocer el primero de abril de 1911 al abrir el periodo de sesiones del Congreso con una frase contundente: “el presidente (...) nunca podrá ser reelecto”—. En la reforma constitucional del 22 de enero de 1927, el presidente Elías Calles rehízo el artículo 83 para establecer el criterio de que un presidente no podría reelegirse para el periodo inmediato pero sí, por sólo una vez más, como eran los deseos de Obregón y que permitieron su reelección en 1928, y a principios de 1928 volvió a reformarlo para jugar el juego de poder de Obregón, para ampliar el periodo presidencial a seis años y quitar de una vez la restricción de la reelección sólo por un periodo más, dejando abiertas las puertas a Obregón para reelegirse las veces que quisiera. Pero el asesinato del Caudillo luego de ganar las elecciones recordó a los revolucionarios que el principio de no reelección presidencial era factor de estabilidad social y política, y el interino Abelardo Rodríguez —que sustituyó a Pascual Ortiz Rubio, primer presidente electo bajo el Partido Nacional Revolucionario— reformó el 83 el 20 de abril de 1933 para regresar al espíritu antireeleccionista de la Revolución Mexicana y establecer que “en ningún caso y por ningún motivo” estaba permitida la reelección presidencial.

El problema no era que se modificara tan fácilmente la Constitución sino que se hiciera para romper con los compromisos más sagrados de la Revolución Mexicana que recordaban que había estallado contra la permanencia de una misma persona en la presidencia de la república. La ambición de poder fue un tema que desarrolló, en una ficción corta publicada en la revista *Proceso* 93 del 14 de agosto de 1978, el escritor José Emilio Pacheco para explorar qué hubiera pasado con la reelección de Obregón en 1928 y que hubiera ocurrido en el país con un nuevo caudillo eternizado en la presidencia de la república:

Una computadora, altamente sospechosa de desviaciones ideológicas, ha elaborado este recuento de lo que hubiera sido de nosotros

en caso de frustrarse el atentado reaccionario de (León) Toral. Con esta fantasía electrónica cerramos la recordación del cincuentenario.

1928. El general Alvaro Obregón sube por segunda vez a la presidencia.

1929. Como en 1923-24, Obregón asume la comandancia en jefe del ejército para aplastar la rebelión de los generales callistas. Muere el general Amaro en el bombardeo de la Ciudadela. Obregón derrota al general Cárdenas en Mazatlán y avanza incontenible hacia Guaymas, último refugio de Calles. Morones, Lombardo Toledano y Fidel Velázquez asesinados en Puebla.

1930. Completamente derrotado, Calles se refugia en Norteamérica.

1931. Calles asesinado en Santa Bárbara.

1932. Segunda reelección de Obregón. El periodo presidencial se extiende a seis años.

1933. Se funda el PRO (Partido Revolucionario Obregonista) que de hecho funciona como partido único. México resiente gravemente las consecuencias de la crisis económica.

1935. Obregón, secretario general del PRO, Jefe Máximo de la Revolución y Protector de la Patria.

1938. Entrevista Obregón-Roosevelt en Ciudad Juárez.

1940. La ciudad de México se llamará en adelante Ciudad Obregón.

1942. Se frustra un atentado contra Obregón en el Palacio Nacional.

1943. México declara su neutralidad.

1944. Fracasa el llamando "golpe de los coroneles", Obregón logra romper el cerco del castillo de Chapultepec y derrota a los infidentes en el Campo Militar Número Uno. A los 64 años el caudillo sigue siendo el único general mexicano que jamás ha perdido una batalla.

1945. Obregón presidente vitalicio.

1947. Se imprimen para repartirse en escuelas, fábricas y oficinas millones de ejemplares del libro Versos y pensamientos del general Obregón.

1949. En una entrevista con Walter Lippmann, Obregón declara que México aún no está maduro para la democracia. Citando a Justo Sierra afirma que un pueblo

como el nuestro, "obligado a la paz entra rápidamente en los carriles de la prosperidad y, a la larga, en el último furgón del tren llega la libertad".

1950. Se frustra la conspiración que la historia mexicana conoce como el "complot de los licenciados". Se ejecuta a José Vasconcelos y a sus seguidores de izquierda, entre ellos Miguel Alemán y Adolfo López Mateos. Protesta mundial por los bárbaros fusilamientos.

1951. Jean-Paul Sartre afirma en París: "La dictadura esclerótica de Obregón es ya intolerable".

1960. Fiestas del cincuentenario de la Revolución. Obregón cumple ochenta años en perfecta salud.

1968. Muere en el castillo de Chapultepec el general Obregón, cuarenta años después de su primera reelección. Termina la larga paz y México entra en un nuevo periodo turbulento de su historia.

¿Realmente la Revolución Mexicana murió pronto, en 1931 como dijo Cabrera? ¿O en 1928 cuando se permitió la reelección presidencial tomando en cuenta que la no reelección presidencial había lanzado a los mexicanos a la revuelta? ¿Qué significa una muerte: el regreso del viejo régimen, un nuevo régimen funcionando como el viejo aunque con lenguaje revolucionario? ¿Murió la Revolución Mexicana cuando se reformaron los artículos constitucionales que se instauraron como fase victoriosa de la Revolución: la no reelección, el ejido, la expropiación petrolera, la privatización de la banca, la venta de empresas del Estado-nación?

¿Es posible establecer cuántas muertes ha tenido la Revolución? La primera habría sido en 1928 con la reforma para permitir de nuevo la reelección presidencial, como si Díaz no hubiera existido. La segunda, a lo mejor en los periodos de Ávila Camacho y Alemán por su reconciliación contra la iglesia que combatió con las armas a la Revolución y a la Constitución, y luego por el amparo agrario; la tercera fue establecida por el académico Lorenzo Meyer en 1992 y estuvo referida a las reformas neoliberales de Salinas de Gortari en nombre de la Revolución; y la tercera ha sido acreditada a la reforma energética que abrió la

inversión privada en el sector energético pero cuando la Revolución en realidad había sido enterrada por Salinas de Gortari en 1992 cuando sustituyó a la Revolución Mexicana con el amorfo “liberalismo social”.

¿Cuándo murió la Revolución Mexicana? ¿En 1931, según Cabrera; en 1943, de acuerdo con Silva Herzog, en 1947 como polemizaron Cosío Villegas y Revueltas? ¿Con el amparo agrario para latifundistas que constitucionalizó Alemán? ¿Con la represión a sindicalistas en 1958? ¿En Tlatelolco en 1968? ¿Apabullada por los aplausos a Díaz Ordaz al justificar la represión del 68? ¿Con la privatización bancaria, la privatización del ejido, el reconocimiento a la iglesia, el fin del Estado con Salinas de Gortari? ¿O fue en marzo de 1992 cuando Salinas cantó el *réquiem* a la Revolución Mexicana y sacó de las cenizas decimonónicas a un “liberalismo social” juarista como la justificación histórica a la privatización del proyecto nacional revolucionario? Sólo hay una certeza: a partir de 1992 la Revolución Mexicana no fue ya siquiera un hecho histórico sino que asumió la condición de mito genial.

Si las revoluciones son procesos históricos y dialécticos, entonces los retrocesos conservadores han estado determinados por procesos inmediatamente posteriores a las radicalizaciones: el asesinato de Madero, la lucha contra Huerta, la Constitución de 1917 y el anticardenismo. En el periodo 1936-1938 —del exilio a Plutarco Elías Calles por oponerse a las huelgas obreras a la transformación del PNR en Partido de la Revolución Mexicana— Cárdenas consolidó un proyecto basado en tres puntos concretos:

*La organización de las fuerzas productivas: trabajadores, campesinos, clases populares y militares.

*La hegemonía del Estado con la ley de expropiaciones, el papel rector de la autoridad gubernamental y la consolidación del presidencialismo.

*La reorganización del partido oficial para pasarlo de espacio electoral de redistribución del poder a aparato de poder del Estado, del presidente de la república y de un proyecto nacional constitucional.

Si a toda acción corresponde una reacción con la misma fuerza pero en sentido contrario, el cardenismo incubó su propio anticardenismo; es decir, razonó el político priísta Vicente Fuentes Díaz en *Ascenso y descenso revolucionarios bajo Cárdenas*, la declinación revolucionaria ocurrió al final del periodo cardenista. El análisis de Fuentes Díaz concluye con frialdad que los avances cardenistas se pervirtieron muy rápidamente. Los factores que debilitaron el cardenismo aún en la presidencia de Cárdenas fueron determinantes en la declinación del movimiento revolucionario:

*La crisis económica y el desbaste popular. El PIB promedio anual sexenal fue de 4.5%, el peso se devaluó 50%, la inflación promedio anual ascendió a 5.5% y el salario subió de 1.50 pesos diarios a 2.50 pesos diarios.

*La alianza de grupos de derecha: empresarios, prensa, iglesia católica, compañías petroleras, militares reaccionarios, todos ellos bajo el PAN que nació en 1939 y el sinarquismo como activismo católico heredero de los cristeros, todos ellos al amparo del callismo conservador y resentido con Cárdenas.

*Las organizaciones de masas nacieron con optimismo pero se pervirtieron demasiado pronto: trabajadores disputándose el poder, campesinos a la espera de apoyos, maestros divididos, burócratas sin sentido social, intelectuales sin decisión revolucionaria.

*Cárdenas tenía como sucesor revolucionario al general Francisco J. Mújica, pero no pudo consolidarlo. Fuentes Díaz recordó la justificación que dio el propio Cárdenas en 1961 en una conferencia en la Universidad Obrera: no impulsó a un elemento revolucionario por las presiones del escenario internacional y porque confió en que los sectores revolucionarios acotarían a Ávila Camacho.

A la distancia, la explicación puede ser más compleja: Cárdenas siempre soñó como un México socialista y utilizó los instrumentos dialécticos del marxismo pero en la realidad no impulsó un movimiento socialista en tanto que no buscó la propiedad de los medios de producción y dejó los existentes en manos privadas. Por tanto, la organización de las masas fue como contrapeso y factor de poder y no como clase. Así, Cárdenas pensó en un socialismo romántico, utópico, capitalista, estatista.

No fue defecto del modelo de Cárdenas sino de la propia Revolución. El movimiento social no destruyó el viejo régimen sino que derrotó a las élites conservadoras porfiristas, creó el ejido pero mantuvo los latifundios, le dejó espacio a la derecha. Una revolución socialista —como lo había mostrado Rusia en 1917— busca siempre la destrucción del viejo régimen, de sus clases dominantes y de sus prácticas cotidianas. Por eso Arnaldo Córdova estableció que la ideología de la Revolución Mexicana no fue socialista sino populista, más en la lógica del modelo criticado por Karl Marx en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*: una élite usa a las masas desclasadas para destruir parte del viejo régimen, pero sin capacidad para crear masas proletarias para hacerse cargo de la conducción del proceso.

La radicalización de Cárdenas no destruyó a la burguesía: la criticó, la acotó, pero la dejó organizarse y reorganizarse. En este escenario nació el PAN como el factor aglutinador de todos los grupos descontentos con el cardenismo, desde Elías Calles y los callistas hasta los sinarquistas y conservadores afectados por decisiones de Cárdenas. Esta alianza fue indagada por los investigadores Diego y, en su libro

El temor al cardenismo obligó a la coincidencia de callistas y católicos, de la derecha secular y la religiosa, que confluyeron no sólo en oponerse a la política de masas y a la modernización autoritaria de un nacionalismo revolucionario que cada vez se aproximaba a la izquierda sino que desarrollaron acciones conjuntas para boicotear el régimen

corporativista de la Revolución Mexicana. Dentro de estas gestiones opositoras puede inscribirse la creación del Partido Acción Nacional.

Y agrega:

Al final del cardenismo, la Iglesia católica y el callismo se encuentran en posibilidad de desarrollar un pacto más avanzado que el *modus vivendi* utilizado para convivir al final de la guerra cristera. La nueva relación le permitió a la derecha secular quedarse con el partido oficial; aunque, ciertamente, Cárdenas no deja de influir. El régimen de la revolución se va a la derecha cuando Ávila Camacho permite el regreso del Jefe Máximo y deja la presidencia a Miguel Alemán (de quien últimamente se conocen sus vínculos nazis y derechistas). La derecha religiosa se quedará en el PAN donde los integralistas, los católicos sociales y liberales tratarán de desarrollar una institución política más democrática.

“Esta relación convergente entre la derecha religiosa y la derecha secular (es) analizada (...) para iniciar la exploración de la hipótesis que plantea observar al PAN como partido anticardenista y entender el sistema político mexicano como un espacio que cohesionó a las múltiples derechas a través de sociedades secretas-reservadas, instituciones de educación privada, empresarios, partidos políticos y facciones de la Familia Revolucionaria. Esta derecha se beneficia con el desarrollo estabilizador, reprime a las juventudes universitarias en los años sesenta —también bajo el argumento del judeocomunismo—, rompe con el régimen en el sexenio de López Portillo, regresa al poder con Salinas y, finalmente, logra la alternancia en el año 2000”.

Así, al final de cuentas, el cardenismo fue un movimiento idealista, retórico, socialista funcional, comunista de libro de texto, con lucha de clases pero sin dictadura del proletariado, una utopía —coinciden Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly y Héctor Aguilar Camín—, pero en el fondo una utopía de sí mismo. La decisión de

Cárdenas de optar por un conservador y no por un revolucionario implicó, al margen de cualquier explicación internacional por el clima de preguerra y por el poder de las petroleras expropiadas, también una capacidad de definición de los alcances de su modelo revolucionario: no la profundización de la lucha de clases para aplastar a la burguesía, sino el reagrupamiento de las masas para resistir; la decisión a favor de Ávila Camacho fue también el reconocimiento del horizonte limitado de su proyecto y de las alianzas de clases populares.

El propio Cárdenas contribuyó al desvanecimiento de su movimiento revolucionario al optar por las reglas del juego del sistema político institucional y retirarse a la vida privada, eludiendo cualquier involucramiento en acciones políticas a partir de 1940; peor aún, en 1942 apareció junto al presidente Ávila Camacho y al ex presidente Elías Calles para forjar la imagen de la unidad nacional. Sin el liderazgo activo de Cárdenas, las organizaciones populares entraron en sus propias contradicciones y dejaron el paso a dirigencias más institucionales: por ejemplo, la CTM agotó en 1941 el liderazgo de Vicente Lombardo Toledano, un aliado marxista de Cárdenas, y le dejó el control a Fidel Velázquez, quien la controlaría, sólo con un periodo intermedio, como Díaz, hasta su muerte en 1997. El PRM, clave en el movimiento revolucionario cardenista, mantuvo al general Heriberto Jara, un ideólogo cardenista, sólo hasta 1941.

La Revolución Mexicana fue un movimiento social y político en su origen, un proyecto transformador de las relaciones sociales con la Constitución de 1917, un discurso político en la fase caudillista, el reflujo del proyecto revolucionario con Cárdenas y una coartada histórica hasta su fin, su verdadera muerte, en 1992 con la decisión de Salinas de Gortari de cancelar su horizonte histórico y sustituirla por el liberalismo social juarista que sentó las bases del capitalismo a mediados del siglo XIX.

Así, la Revolución Mexicana murió, en los hechos, con la finalización del sexenio cardenista, aunque quedó como un ideal de grupos progresistas en el espectro centro-izquierda pero ya sin potencialidad revolucionaria y fuera del régimen de la Revolución: el Partido Comunista Mexicano operó sobre espacios intelectuales y nunca pudo construir un proletariado revolucionario, al grado de

que en 1962 el ensayista José Revueltas escribió un libro demoledor sobre ese fracaso del PCM: *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*; al final, el proletariado estaba controlado por el PRI y el sindicalismo revolucionario nunca pudo fortalecerse ni expandirse para luchar por la instauración del socialismo.

Si la Revolución Mexicana murió con Salinas de Gortari en 1992 con sus reformas estructurales, la reforma energética de diciembre de 2013 careció de un referente revolucionario. Cuauhtémoc, el PRD y López Obrador fueron incapaces primero de sostener la tesis de que el petróleo era parte de algún proyecto histórico revolucionario, luego no pudieron fijar el criterio de que existía un cardenismo revolucionario y finalmente tampoco lograron ofrecer a debate un proyecto alternativo para considerar el petróleo en un nuevo modelo de desarrollo.

Si la Revolución Mexicana tuvo muchas vidas, también registró muchas muertes: y pasó de suceso vivo a hecho histórico y de ahí a referente de Guinness o a un “aunque usted no lo crea” de Ripley.

La parte más sustantiva del debate sobre la Revolución Mexicana radica en el hecho de que fue, hace mucho tiempo, el gran referente de consenso nacional. En 1964 el politólogo Gabriel Almond y su colega Sidney Verba hicieron una investigación sobre la cultura cívica en cinco países, entre ellos México. Y el resultado aquí fue sorprendente: los dos únicos referentes-valores más importantes en el campo —como puntos de la cultura cívica— fueron la Revolución Mexicana y el presidente de la república.

La crisis destruyó esas posibilidades. La Revolución Mexicana pasó de discurso a coartada y de ahí fue desapareciendo hacia los ochenta de las acciones públicas y el presidente de la república dejó de ser factor de unidad nacional y la democratización lo condujo al punto de ser elemento de disenso y causa de la disputa por espacios de poder.

Como hecho real y hecho histórico, la Revolución Mexicana tuvo una larga vida: del programa del PLM de los hermanos Flores Magón en 1906 a su sepelio en el discurso político del PRI en marzo de 1992 por el presidente Salinas de Gortari. Si la Revolución fue revolución de 1910 a 1940, apenas duró medio siglo después como punto equidistante de comportamientos políticos. De ahí que

formalmente la reforma energética del 2013 se haya dado ya sin un debate sobre el petróleo en el discurso de la Revolución Mexicana, sin más referentes en los opositores más que el acto individual de Lázaro Cárdenas y sin un contexto político-ideológico preciso. La reforma energética de 2013 representó una tercera muerte simbólica de una Revolución Mexicana inexistente.

El problema del ciclo neoliberal de mercado del desarrollo económico mexicano ha radicado en el hecho de que el ciclo anterior, el de la Revolución Mexicana, tuvo relativo éxito en tanto pudo lograr conformarse en un consenso nacional abrumadoramente mayoritario, lo que facilitó el entendimiento en los sectores de los programas, compromisos y decisiones. La modernización impulsada desde 1979 con el Plan Global de Desarrollo 1980-1982 no logró convertirse en consenso nacional mayoritario, peor aún: funcionó como disenso entre sectores partidarios de la Revolución Mexicana y sectores modernizadores; y al fundarse la modernización en la destrucción de acuerdos sociales del pasado revolucionario, el desarrollo se convirtió en un campo de batalla ideológico que ha impedido mantener ritmos y avances.

Pero la reforma energética del 2013 aclaró un poco el escenario: los sectores opositores basados en el modelo social de la Revolución Mexicana fueron menores y sólo estimulados por liderazgos carismáticos, en tanto que los impulsores de los cambios constitucionales formaron apenas una élite dirigente. La gran masa nacional vio con escepticismo económico, político e histórico el escenario de las decisiones y acaso dejaron ver la expectativa no histórica sobre las razones de la propiedad estatal de los energéticos sino en función el efecto de las reformas en el nivel de vida cotidiano por los precios de servicios energéticos al consumidor.

Así, al final del debate más intenso y mediático que de proyectos históricos, en la reforma energética de 2013 nadie sacó a colación a la Revolución Mexicana, un poco la figura personal del general Cárdenas por su valentía en encarar a las petroleras y los académicos se olvidaron del contexto histórico de 1938. En 2013, la Revolución Mexicana estaba muerta, bien muerta, como hecho político vigente.

4.- Izquierda y Revolución Mexicana: locura brujular.

La izquierda mexicana ha sido siempre un dolor de cabeza... para la izquierda. El principal problema ha sido la tendencia a la fragmentación. El escritor José Revueltas, de militancia comunista dentro del Partido Comunista y fuera de él, bromeaba:

—En una reunión entre tres comunistas siempre hay cinco grupos.

A lo largo de su historia, desde el primer rastro socialista que encontró Gastón García Cantú en 1848 en su investigación *El socialismo en México. Siglo XIX*, se pueden tener cuando menos siete formas de izquierda:

*La ideológica vinculada al socialismo utópico a partir de la interpretación histórica desde el materialismo histórico.

*La partidista articulada al Partido Liberal Mexicano, al Partido Comunista Mexicano y sus dos variantes, y al Partido de la Revolución Democrática.

*La académica universitaria al amparo de las universidades públicas.

*La oficial en el Partido Nacional Revolucionario-Partido de la Revolución Mexicana-Partido Revolucionario Institucional.

*La fundamentada en la interpretación socialista-marxista-progresista-popular de la Revolución Mexicana.

*La sentimental, no partidista.

*La coartada perfecta: declararlo y hasta pronto.

El problema para identificar a la izquierda en México ha sido su fundamento teórico y la disputa histórica entre la teoría del marxismo —y luego el leninismo soviético— y la revolución que estalló en México en 1910, surgida del fondo del laborismo anarquista, luego nutrida sólo de afanes democrático-electorales, acicateada por los campesinos y su lucha por la propiedad de la tierra. La ruptura

del viejo orden porfirista fue revolucionaria, pero sin una ideología marxista, a diferencia de la Revolución Rusa que impulsó Lenin desde el marxismo para instaurar el comunismo en los territorios inmensos del zar.

A diferencia de otras revoluciones, la mexicana se impuso como movimiento de masas sobre la ideología, sin duda por la ausencia de un liderazgo real elitista de marxistas: a la mexicana, por ejemplo, le faltó su Lenin. Los liderazgos reales y dominantes de la Revolución Mexicana fueron progresistas, democráticos y hasta populistas, pero no ideológicos: Madero como demócrata, Carranza como constitucionalista, Obregón y Calles como caudillos, Alemán y López Mateos como políticos del poder, Echeverría como populista. En los ochenta y dos años de existencia de la Revolución Mexicana como realidad y como discurso del poder, de 1910 a 1992, sólo hubo un líder que asumió la definición socialista y caracterizó su proyecto de gobierno como socialista, aunque más utópico que marxista: Lázaro Cárdenas, pero duró poco tiempo: de 1936 en que destruyó a Plutarco Elías Calles para priorizar la organización de los trabajadores a marzo de 1938 en que reformó al PNR para instalarlo como partido corporativo y al propio nuevo PRM como un partido de los proletarios. Sólo que Cárdenas asumió la doctrina del socialismo y de la lucha de clases, pero en una especie de marxismo teórico sin leninismo: no hubo dictadura del proletariado ni destruyó a la clase burguesa, antes bien definió el Estado como el garante del entendimiento entre las clases.

En los hechos históricos, la Revolución Mexicana ayudó a abrir un espacio para la izquierda socialista que venía del siglo XIX y del laborismo antiporfirista, y encontró el espacio de subsistencia en el limbo ideológico de “revolución social”, al tiempo que el núcleo central de la Revolución Mexicana se desperdigó en varias revoluciones, una para cada definición ideológica; al final, la dominante era la que estaba en el poder en función del perfil del caudillo o presidente en turno. En todo caso, la Revolución Mexicana encontró su altar en el PRI y desde ahí se garantizó su vigencia hasta para justificar el arribo del grupo de los economistas encabezados por Carlos Salinas de Gortari, quienes propusieron el cambio de rumbo de la Revolución Mexicana en el Plan Global de Desarrollo 1980-1982 pero

en nombre de la Revolución Mexicana y lo mismo ocurrió con las reformas a los artículos campesino, estatal y religioso de la Constitución.

La izquierda socialista nunca hizo el esfuerzo histórico por darle una interpretación marxista a la Revolución Mexicana, con la excepción de Adolfo Gilly en su *La revolución interrumpida*, una lectura trotskista, y una revisión histórico-proletaria poco difundida de Heberto Castillo. Pero fuera de ahí, el Partido Comunista Mexicano tardó en deslindarse de la Revolución, dejó pasar de lado el socialismo de Cárdenas y encontró en el PRI al destinatario de sus críticas a la traición a la Revolución. En sus análisis sobre la izquierda y la realidad política de México, el ensayista marxista y novelista José Revueltas fue el más duro crítico a las inconsistencias ideológicas y teóricas del PCM y partió del papel de la Revolución Mexicana en los escenarios comunistas; encontró, así, dos escenarios de clarificación de tendencias y grupos:

En su texto “¿Nacionalismo burgués o nacionalismo proletario?”, publicado en *Escritos Políticos III*, Revueltas caracterizó las tres tendencias ideológicas que se movían en el socialismo mexicano y que ataban sus posibilidades:

*La del PCM con todo y sus contradicciones.

*La del Frente Obrero de grupos disidentes a la CTM cardenista.

*La de Vicente Lombardo Toledano, el partido Popular y la alianza con la pequeña burguesía nacionalista.

Y en *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Revueltas identificó las tres tendencias que tenían controlado al proletariado y le impedían su funcionamiento como clase en busca de hegemonía:

*La corriente democrático-burguesa representada por la “ideología de la Revolución Mexicana”, o el ala izquierda del PRI.

*La corriente del “marxismo” democrático-burgués, ideología *social-burguesa* (cursivas de JR) representada por Vicente Lombardo Toledano.

*La corriente sectario-oportunista representada por el Partido Comunista Mexicano y por los restos no muy gloriosos del Partido Obrero-Campesino.

El némesis de la izquierda socialista en México fue la Revolución Mexicana. De ahí el enfrentamiento histórico entre la izquierda socialista y la izquierda de la Revolución Mexicana en sus tres formas de partido, paradójicamente fundidas ambas cuando el PCM entregó su registro a los expriístas de la Corriente Democrática para fundar el PRD. Si bien el socialismo marxista y leninista sí existió en México, el choque dialéctico entre marxistas y revolucionarios mantuvo siempre en tensión ideológica a la política mexicana. Sin negar la existencia del socialismo en el siglo XIX, los ideólogos progresistas de la Revolución Mexicana siempre ataron la existencia de la izquierda al movimiento social de ruptura de 1910, subordinando las ideas marxistas y leninistas, y por tanto socialistas y comunistas al programa de gobierno del régimen de la revolución 1910-1992.

En 1959, en un texto sobre “La crisis de la izquierda mexicana” recogido en su libro *El gran viraje*, el politólogo Enrique González Pedrero afirmó, desde su posición de izquierda dentro del PRI y de la Revolución Mexicana:

La izquierda en México nació con la revolución de 1910. La Revolución Mexicana, su ideología, está perfectamente relacionada con la ideologías de la “izquierda” mexicana y viceversa. Esto implica muchas cuestiones: el hecho de que la crisis que actualmente existe en la izquierda en México se refleje en la revolución y el hecho de que las izquierdas en México crean que mientras no cumpla con los postulados que ofreció al pueblo en 1910 —a pesar de ser muchos de ellos de imposible realización dado el desarrollo efectivo de los acontecimientos—, la revolución no ha terminado su tarea. Así, la crisis de la revolución no se entiende sin la crisis de la izquierda y la crisis de la izquierda no se entiende sin la de la revolución.

El año de 1959 fue básico para la disputa por las definiciones de la izquierda. Había pasado ya la euforia revolucionaria cardenista, el reordenamiento institucional promovido por el PRI era más procedimental y de bienestar social que ideológico, la Revolución Mexicana estaba en su nicho histórico, el endurecimiento del régimen hacia sindicatos patrocinados por el PCM había dejado aclarado el sentido del *proletarismo* mexicano —gobernar en nombre del proletariado, no para el proletariado, el bonapartismo puro—, la represión obrera de 1958 fue una gran derrota para el PCM y en 1959 había triunfado la revolución en Cuba y todos la veían ya rumbo al socialismo y la iglesia católica sufría un reflujo ideológico ultraconservador —¡cristianismo sí, comunismo no!—, dejando al PRI y al gobierno dentro de jaloneos y patadas, atrapado en la zona de turbulencia nacional e internacional

Pero al final de cuentas, izquierda socialista y Revolución Mexicana cabían en un jarrito sabiéndolo acomodar. El 2 de julio de 1960, presionado por la izquierda mexicana y los Estados Unidos al calor de la revolución socialista de Cuba, de la radicalización ideológicas de Castro con expropiaciones y de la alianza de La Habana con Moscú, y ante las primeras presiones de Washington para sacar a Cuba del sistema interamericano, el presidente López Mateos adelantó una jugada y declaró: en Guaymas:

“Mi gobierno es, dentro de la Constitución, de extrema izquierda”.

Aunque López Mateos logró sortear un flanco de presiones, de todos modos su declaración enrudeció la lucha ideológica y llevó a su gobierno a redefinir el rumbo institucional: apoyar a Cuba como política exterior, pero salirse de otros apoyos ideológicos y enfriar las relaciones. El izquierdismo de López Mateos fue de posicionamiento porque primero como secretario del Trabajo y luego como presidente de la república, y con la mano dura antisindicalista y anticampesina de Gustavo Díaz Ordaz como secretario de Gobernación, había profundizado la represión política en México en el periodo 1958-1964. No hay que olvidar que el primer movimiento propiamente guerrillero rural —el de Rubén

Jaramillo, asesinado en mayo de 1962— nació en el sexenio de López Mateos como posicionamiento radical para regresar a las metas sociales de la Revolución Mexicana.

El intento de rastrear la relación dialéctica entre la izquierda socialista y Revolución Mexicana, dentro inclusive de las diferentes definiciones políticas de algunos de los protagonistas, lleva a cierta sistematización de posiciones. En este sentido, hay que establecer el criterio de la existencia de dos izquierdas en función de la Revolución Mexicana, cada una con variantes específicas, con vaivenes y traiciones:

*La izquierda socialista-comunista del PCM y a sus alrededores ideológicos.

*La izquierda progresista dentro de la Revolución Mexicana y su partido.

La Revolución Mexicana daba para todas las posiciones ideológicas: era popular para los socialistas y democrática para los priístas, aunque en el desglose aparecían siempre las diferencias, sobre todo entre la posibilidad del análisis amplio y abierto desde el socialismo y la justificación priísta. Entre las dos posiciones nunca hubo diálogo, no podía haberlo sobre todo por los efectos desastrosos del ejercicio del poder y la dimensión de la crítica destructiva de la izquierda socialista, pero al final hubo entendimiento y posibilidades de coexistencia pacífica porque en su última instancia no eran enemigas sino acaso adversarias ideológicas.

De su fundación en 1919 a 1956, el PCM enfrentó pugnas internas respecto a la Revolución Mexicana: apoyó a Elías Calles en su candidatura presidencial y —¡oh sorpresa!— también apoyó y defendió a Miguel Alemán cuando menos hasta enero de 1947, semanas antes del corrimiento a la derecha del alemanismo con la aprobación en febrero de ese año de la reforma constitucional para introducir el amparo agrario y con ello dotar de mecanismos de defensa legal a los latifundistas, con lo que simbólicamente se puso fin a la reforma agraria cardenista basada en la expropiación de latifundios y reparto de tierra a campesinos. En esos treinta y siete años el PCM no supo cómo procesar el hecho histórico, la ideología

y las definiciones políticas del régimen de la Revolución Mexicana. En 1956 comenzó el *destete* de la izquierda socialista-comunista respecto de la Revolución, aunque no duró mucho: treinta y tres años después, en 1989, el PCM en su vertiente de Partido Mexicano Socialista entregó el registro legal como partido de la izquierda socialista-comunista a la Corriente Democrática del PRI dominada por la ideología de la Revolución Mexicana.

Pero el esfuerzo de deslindamiento ideológico-histórico fue importante. En el prólogo a su libro *Crisis política y alternativa comunista*, Arnoldo Martínez Verdugo, secretario general del PCM de 1963 a 1981, estableció parte de la principal tarea ideológica del partido:

A partir de 1956 se inició un prolongado periodo de lucha teórica y política interna que llevó al PCM a romper con la ideología de la Revolución Mexicana, cuyo eje consiste en considerar al movimiento revolucionario de 1910-1917 como inagotable y al Estado mexicano ajeno a las clases y a sus contradicciones. Fue un esfuerzo por sacar al Partido Comunista del aislamiento, conquistar su independencia política e ideológica y restituir en sus filas la democracia y el espíritu crítico del marxismo-leninismo.

El PCM como izquierda socialista-comunista entró en una larga crisis interna, de pugnas, desviaciones y corruptelas de 1929 a 1959, en 1924 se sumó oficialmente a la candidatura de Plutarco Elías Calles a la presidencia, en 1934 acuñó la frase de “ni con Calles ni con Cárdenas”, aplicó una severa purga en 1938 por traiciones internas y para apoyar la expropiación petrolera, y en 1952 hizo candidato presidencial a Vicente Lombardo Toledano, dirigente del Partido Popular (posteriormente Socialista, PPS), pero con un saldo magro de apenas 2% de los votos, contra 75% para el oficialista Adolfo Ruiz Cortines y casi 16% para Miguel Henríquez Guzmán, un disidente revolucionario que tuvo el apoyo moral del general Lázaro Cárdenas.

El problema central fue la falta de reflexión teórica de la izquierda marxista sobre la Revolución Mexicana. En la historia ideológica de la izquierda marxista pueden establecerse algunos puntos de inflexión teórica:

*La reunión de marxistas en enero de 1947 para reflexionar sobre el papel del proletariado y que pasó por la revisión del marxismo y la Revolución Mexicana.

*La campaña presidencial de 1958 que provocó el primer enfrentamiento teórico entre Revueltas y Lombardo Toledano en torno a la alianza proletarios-pequeña burguesía.

*La publicación en 1962 de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* en el que Revuelta demostró la inexistencia histórica del PCM como partido del proletariado.

*La crisis teórica en el pensamiento político izquierda-Revolución mexicana que provocó el movimiento estudiantil de 1968.

*El registro legal en 1978 al PCM para operar con las reglas del juego institucionales en el congreso.

*La cesión del registro del PCM-PSUM-PMS, la izquierda socialista-comunista-marxista, al PRD copado desde entonces por ex priístas de la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano.

El gran debate-disputa teórica izquierda marxista-izquierda de la Revolución Mexicana se dio entre dos titanes de la reflexión política y filosófica: Revueltas (1914-1976) y Lombardo Toledano (1894-1968). Revueltas había sido un militante comunista desde los dieciséis años de edad, aunque fue expulsado en dos ocasiones del PCM —1943 y en 1962— por críticas a la conducción del partido. Las polémicas internas de Revueltas fueron de fondo, sobre todo una que derivaba del estalinismo mexicano en cuando al culto a la personalidad: la publicación en 1949 de su novela *Los días terrenales* que indagaba la personalidad oscura, existencialista, pesimista, de militantes comunistas y los ataques de comunistas del partido en su contra en abril-junio de 1950 que lo llevaron a retirar la novela de circulación por no ser optimista, un caso estalinista cultural en México. Revueltas andaba entonces arrepentido de su salida del PCM

y en 1955 solicitó su reingreso al partido pero de nueva cuenta fue expulsado en 1962 por una crítica al PCM. De todos modos, Revueltas fue uno de los intelectuales marxistas —autodidacta, por cierto, porque abandonó la escuela el primero de secundaria y se dedicó a leer en la biblioteca nacional— más analítico, filósofo y racional de la izquierda comunista.

Lombardo, por su parte, se movió en escenarios oscilantes: se metió de lleno al marxismo, en 1934 quiso introducir el marxismo como pensamiento único en la UNAM, se relacionó con Cárdenas y su paso al espacio ideológico socialista de la Revolución Mexicana fue completo, fundó la CTM para Cárdenas, en 1948 fundó el Partido Popular y fue su candidato presidencial en 1952, y desde 1958 a su muerte en 1968 pugró por una alianza nacionalista entre el proletariado y la pequeña burguesía. Al final de sus días se le identificó como uno de los más importantes ideólogos del nacionalismo revolucionario del PRI.

A pesar de que fueron aliados en los cuarenta, compañeros en el Partido Popular y militantes de la izquierda, Revueltas y Lombardo terminaron en conflicto; inclusive, el novelista encontró refugio en el periódico del PP *El Popular* de Lombardo y escribió ahí varias de sus más brillantes crónicas periodísticas, notas policiacas y análisis políticos, pero los separó profundamente el enfoque ideológico desde el marxismo. Este enfrentamiento lo recogió, en la parte que corresponde a los debates entre ambos sobre la vertiente leninista del partido y los enfoques generales ideológicos, Roger Bartra en un ensayo en *nexos* en 1982.

Pero para efectos del tema la izquierda y la Revolución Mexicana, el enfrentamiento Revueltas-Lombardo también aportó elementos importantes sobre posicionamientos de cada uno de ellos frente a la revolución, sin duda también referentes obligados para asumir el análisis de la Revolución Mexicana desde las distintas izquierdas.

El primero que abrió el debate en su trinchera fue Lombardo con un texto en septiembre 1932, durante un debate con organizaciones obreras en el DF: “La bancarrota de la Revolución”, tituló a su participación y su énfasis no fue tanto a criticar a la Revolución sino al proceso de descomposición por las élites burocráticas; para Lombardo, la Revolución estaba naufragando sobre todo por la

corrupción en el olvido de sus propuestas; era el 18 de septiembre y apenas dos semanas antes, el 2, el presidente Pascual Ortiz Rubio había presentado su renuncia y en su lugar el ex presidente Elías Calles, el *hombre fuerte* de la Revolución, había operado la designación de Abelardo Rodríguez, un militar obregonista y callista por el paisanaje sonoreño, sin brillantez política pero sí sumisión a los caudillos. Lombardo exigía radicalizar la Revolución con mayor presencia proletaria en el poder y mayor lucha de clases.

Para Lombardo —y de ahí el punto central de la confrontación de enfoques con Revueltas— la Revolución Mexicana había sido, a partir de las causas que la motivaron, “una revolución democrática, antifeudal y antiimperialista”, según estableció en 1960 en una conferencia en la Universidad Nicolaíta de Michoacán. La característica principal fue haber abatido el orden feudal o semi feudal del porfirismo. Por tanto, no fue una revolución socialista; en todo caso, la capacidad de sobrevivencia de la Revolución radicó en su resistencia, vía alianzas con grupos populares, proletarios y trabajadores de la tierra, contra las burguesías industrial y agropecuaria, el acoso imperialista de las naciones propietarias de las petroleras y desde luego los Estados Unidos.

La propuesta de Lombardo estaba lejos de los procedimientos de una revolución socialista. Para comenzar, Lombardo reconocía que el PRI era el partido pivote de la Revolución y no era un partido leninista ni vanguardia del proletariado, sino una coalición de grupos impulsado por élites vanguardistas en la defensa de la Revolución Mexicana. En ese escenario de interpretación teórica estableció Lombardo su propuesta desde 1952 hasta su muerte en 1968 de una alianza entre el proletariado y la pequeña burguesía nacional para impulsar un programa de reformas progresistas basada en el bienestar, la protección de los marginados, la democracia y la resistencia a las presiones estadounidenses, nada que ver con la tesis marxista de la toma del poder por el proletariado como clase para destruir a la burguesía. La tesis central de Lombardo era un acuerdo entre las fuerzas patrióticas, entre las que incluía a la pequeña y mediana industria y a los empresarios acosados por los grandes monopolios. Así, Lombardo impulsaba una propuesta sobre dos piezas: la industrialización y la democracia, una conclusión

más de su análisis del proceso revolucionario ajeno a ideas socialistas y proletarias. A pesar de su formación marxista a profundidad, el objetivo de Lombardo no era el gobierno de la clase obrera sino la democracia, el bienestar y la justicia, una derivación del modelo político del cardenismo: socialismo con sector privado y Estado fuerte regulador de la lucha de clases. Al final, las élites serían las representantes de los intereses del proletariado en el gobierno y el Estado, una especie de intermediación no marxista.

Revueltas, en cambio, hacía un análisis marxista de la Revolución: un movimiento de clases para derrocar a la burguesía e instalar en el Estado a los proletarios para avanzar al socialismo. A partir de Lenin, Revueltas analizaba la revolución como el traspaso del poder de una clase a otra clase, lejos de los intermediarios revolucionarios, por ello su insistencia en entronizar al proletariado en la dirección del gobierno y del Estado de manera directa. Para el ensayista, la Revolución Mexicana se resumía en los dos artículos que priorizaban a dos clases sociales revolucionarias: los trabajadores con el 123 y los campesinos con el 27 porque ambos cambiaban las relaciones de clase.

El texto de Revueltas que mejor resume el enfoque marxista sobre la Revolución Mexicana es breve —sin duda los textos breves potencian la dialéctica del autor—: la introducción, fechada en marzo de 1975 —un año antes de su muerte—, a la nueva edición de *México: una democracia bárbara*, publicado por primera vez en Editorial Posada en 1958 y más tarde en el tomo 16 de sus Obras Completas en la editorial Era; por cierto, en la de Posada le anexa su ensayo *Posibilidades y limitaciones del mexicano*, de 1950, y en la de Era incluye siete textos sobre Lombardo “Acerca de Vicente Lombardo Toledano”, que enriquece más el ensayo central.

En 1975 hay un Revueltas más maduro, más marxista —aunque Bartra dice que ya no tanto—, y su análisis del sistema político mexicano, el Estado y la Revolución Mexicana resulta mucho más rico en posibilidades de profundidad. El enfoque de Revueltas parte de la ideología de la Revolución Mexicana, pero no en cuanto a contenido de ideas sino al concepto mismo de ideología como interpretación de una realidad y como mecanismo de ejercicio del poder. El dato

es fundamental porque Revueltas enfatiza el papel de la ideología en “el complejo del poder”. Y ahí dio en el clavo: la Revolución Mexicana en el poder ha sido sostenida por una élite revolucionaria sin representación directa de alguna clase social revolucionaria —militares que ganaron batallas, políticos que construyeron instituciones, burócratas que administraron el Estado y tecnócratas que delinearon el desarrollo— sino que lo hicieron en representación de una ideología política. Y es en la ideología, estableció Revueltas, donde se “disimula la *manipulación real* (cursivas de JR) que constituye una de las bases primordiales en que se sustenta el sistema de dominio al cual se encuentra enajenada la sociedad mexicana en su conjunto”.

Hacia 1975 Revueltas era ya muy crítico de la interpretación ideológica de la Revolución Mexicana. Por ejemplo, decía que la bandera original de “sufragio efectivo, no reelección” fue el sustento político que derivó en el *tapadismo* o proceso de designación del candidato presidencial hecho por el presidente saliente en la oscuridad de las redes del poder. Asimismo, concluyó que la ley del 6 de enero de 1915 y los artículos 27 y 123 constitucionales estuvieron en la lógica de las élites intermediarias del poder entre las clases revolucionarias y las instituciones sólo como instrumentos de mediatización de los intereses de clase para alejarlos del ejercicio directo del poder —tesis marxista-leninista— y sólo beneficiarios de algunas decisiones sociales del Estado. Esos artículos constitucionales, para Revueltas, han contribuido a cortar la independencia como clase a obreros y campesinos, trasladando su dependencia al partido del Estado.

A partir de este análisis de la Revolución Mexicana, Revueltas concluyó con una tesis importante de su teoría del Estado: vía la ideología como ejercicio del poder, el Estado mexicano “es un Estado *ideológico* total y totalizador”, no totalitario, utilizando la ideología como un mecanismo de control de las clases sociales. De ahí que “el secreto de esta dominación total (del Estado) no se encuentra en otra parte que en la *total* manipulación por el Estado del *total* de las relaciones sociales”. A este modelo le llamó Revueltas justamente democracia bárbara.

Entre estos extremos se movió la Revolución Mexicana en la izquierda: el modelo Lombardo de la justicia social y la lucha contra el imperialismo y el modelo Revueltas de una ideología de control de las clases sociales haciendo perder independencia a las clases proletarias para no acceder al poder. Al final pareció ganar la tesis de Lombardo porque de Miguel Alemán (1946) a Ernesto Zedillo (2000), la Revolución Mexicana fue más bien una ideología como mecanismo de dominación señalado por Revueltas. El saldo quedó a la vista: el PCM perdió batallas ideológicas de 1940 en adelante, se deslindó de la Revolución Mexicana en 1956 pero no pudo imponer una ideología socialista independiente, se centró en la conquista de posiciones de poder en sindicatos, alentó alzamientos sociales como los estudiantes en 1968 y no pudo construir un discurso de denuncia sobre el perfil autoritario y represivo de la ideología de la Revolución Mexicana; en 1978 aceptó el registro legal como partido, en 1979 arribó al congreso con 19 diputados de partido y llegó a 41 ya como PRD en 1991.

Pero el dato mayor fue otro: la izquierda socialista-comunista del PCM que conquistó independencia ideológica de la Revolución Mexicana en 1956 le entregó la estafeta de esa corriente PCM-PSUM-PMS a la Corriente Democrática del PRI de Cuauhtémoc Cárdenas para fundar el Partido de la Revolución Democrática, pero ya con la ideología populista —una variante de la ideología priísta de dominación y representación que denunciaba Revueltas en 1958 y en 1975— y pasando de la Revolución Mexicana al populismo asistencialista ajeno al movimiento de 1910. Se esperaba que Cárdenas en el PRD reconstruyera el proyecto socialista de Lázaro Cárdenas, pero al final el partido no representó clases sociales, se olvidó de los proletariados, construyó un movimiento de masas del lumpenproletariado, sustituyó el concepto leninista de revolución por el de representación caudillista y finalmente no se convirtió en el partido de izquierda que representara al proletariado sino que quedó en un partido de grupos de interés ajenos a compromisos revolucionarios y socialistas.

Al final del día, el PRD como heredero directo del PCM también se quedó con lo que Revueltas caracterizó los años de confusión ideológica del comunismo

mexicano: “la locura brujular” que definía en *Dialéctica de la conciencia* como marxismo vulgar:

Luego, el examen de las contradicciones permitirá esclarecer el hecho —oculto bajo toda suerte de supercherías demagógicas y frases izquierdistas— de que la práctica sin *praxis* no es sino una locura brujular, una pérdida del polo magnético del conocer —que define, empero, en esencia, la actividad de grupúsculos “marxistas” y del marxismo vulgar en su conjunto—, de lo que se deriva fatalmente una deformación objetiva de los procesos revolucionarios, con la correlativa sucesión de las grandes derrotas históricas que ha sufrido la clase obrera en México durante los últimos decenios.

Así, la relación de la izquierda con la Revolución Mexicana no fue crítica, la izquierda quedó atrapada entre el cardenismo que no rompió estructuras de poder dominante de la burguesía —por eso se vio obligado a optar por Ávila Camacho y no por el general Mújica— y que no consolidó un proyecto cardenista o comunista. Las reformas y contrarreformas fueron hijas de la debilidad de la izquierda, de su falta de independencia teórica de la Revolución Mexicana y de su escasa representación del proletariado en la lucha de clases.

5.- La modernización 1979-2000. Y sin embargo se mueve.

El año de 1979 fue de quiebres y rupturas. La crisis de las variables macroeconómicas que habían provocado la devaluación de 1976 después de veintidós años de paridad fija, libre y controlada, y que había obligado al gobierno populista de Luis Echeverría a entregarse al Fondo Monetario Internacional para obtener créditos de apoyo al peso frente al dólar, tenía ante sí la posibilidad de

convertir al petróleo en el detonador del despegue económico sin restricciones financieras.

El tiempo histórico previo a mediados de 1979 estuvo marcado por hechos políticos y económicos que exigían definiciones de fondo:

*El agotamiento en 1970 del desarrollo estabilizador, una fórmula de control económico que permitió durante dos sexenios, luego de la devaluación de 1954, resultados excelentes: tipo de cambio fijo en 12.50 pesos por dólar, crecimiento económico promedio anual de 6% e inflación promedio anual de 2%. La fórmula era sencilla, según la explicó en 1969 el secretario de Hacienda durante dos sexenios, Antonio Ortiz Mena: poner como objetivo final el tipo de cambio fijo y controlar hacia atrás todas las variables que afectaban la relación peso-dólar, sobre todo dos: inflación controlada vía salarios y déficit presupuestal bajo. La estabilidad internacional ayudó a esos objetivos. Sólo que el saldo social del desarrollo estabilizador afectaba a millones de mexicanos marginados, sin beneficios y al margen de la política social.

*El desarrollo social estimulado por Echeverría tuvo la meta inobjetable de beneficiar a los marginados, sólo que el camino de la política económica fue desestabilizador de las variables macroeconómicas: aumento el gasto público sin incrementar los ingresos fiscales, el déficit presupuestal se movió cercano al 10% en 1976, el gobierno tapó los hoyos con emisión de más dinero circulante pero sin aumentar la oferta y la inflación subió de 2% promedio anual a 6%, la inestabilidad política rompió el acuerdo con los empresarios y la fuga de capitales vació las reservas y llevó a la devaluación. Lo peor fue que Echeverría no pudo revertir la marginación ni la pobreza.

*El FMI obligó a Echeverría y al gobierno de López Portillo a programas de estabilización para bajar la inflación por el lado de la demanda, sobre todo controlando los salarios. En 1977 el gobierno de López Portillo encaró una disputa entre la corriente fondomonetarista del secretario de Hacienda Julio Rodolfo Moctezuma y la progresista del secretario de Programación y Presupuesto Carlos Tello Macías; la solución fue salomónica: los dos salieron del gabinete, aunque

López Portillo aceptó la condicionalidad del FMI pero relajada por los ingresos petroleros, llevando a desequilibrios que colapsaron el tipo de cambio en 1982.

*En 1977 López Portillo lanzó un programa de explotación de los enormes yacimientos petroleros y el país ingresó a la fase de ingresos de divisas promedio de 10 mil millones de dólares anuales. El petróleo se veía como la salida. Pero para ello el presidente necesitaba de enfoques económicos audaces y no tradicionalistas. El PIB promedio anual en el bienio 1978-1979 fue de 9.3%, con ofertas sobradas de empleo.

*Frente a la posibilidad de “administrar la abundancia”, como lo declaró el propio presidente López Portillo, el país estaba falto de una nueva política del desarrollo. Los viejos políticos carecían de pericia económica y conocimiento técnico y sólo estaban acostumbrados a gastar. El mundo se reorganizaba con el reimpulso al Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) y la apertura comercial aparecía como la salida de la crisis.

*Políticamente, el presidente López Portillo definió su modelo como de desarrollo compartido, basado en el petróleo. El secretario de Hacienda era David Ibarra Muñoz, un economista forjado en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), pero en la SPP estaba un funcionario poco capaz para el desafío del nuevo desarrollo, Ricardo García Sainz. López Portillo parecía atrapado entre el tradicionalismo político mexicano y las nuevas necesidades de desarrollo y de relaciones sociales.

El 16 de mayo de 1979 López Portillo hizo una jugada de tres bandas; cesó al secretario de Gobernación y arquitecto de la reforma política que legalizó al Partido Comunista y lo llevó a la lucha legal pero que defendía las ideas tradicionalistas del PRI y de la Revolución Mexicana, Jesús Reyes Heróles; al secretario de Relaciones Exteriores, Santiago Roel García, por su incompetencia en la diplomacia; y a García Sainz porque no había podido redactar el plan de desarrollo que necesitaba el gobierno de López Portillo.

De los tres relevos, el que llevaba jiribilla era el de la SPP. El abogado especializado en temas económico Miguel de la Madrid Hurtado, entonces

subsecretario de Ingresos de Hacienda, fue llevado a la SPP con la misión de redactar a matabalho el plan de desarrollo. De la Madrid arribó a la dependencia con el tiempo corto y encargó el plan a su economista de cabecera Carlos Salinas de Gortari, quien había llegado a su oficina de Hacienda recomendado por Antonio Ortiz Mena y de la mano de la influencia de su padre Raúl Salinas Lozano, los dos de la vieja guardia lopezmateísta. Salinas de Gortari fue designado director de Política Económica y Social de la SPP y tuvo la tarea prioritaria de redactar el plan; el coordinador de ese grupo redactor fue Rogelio Montemayor Seguy, y dos subcoordinadores se repartieron el trabajo: la parte económica quedó a cargo del francés naturalizado mexicano Joseph-Marie Córdoba Montoya, y la parte política la tuvo el economista y politólogo de El Colegio de México Manuel Camacho Solís. Entre los tres introdujeron la nueva filosofía política al desarrollo, los tres educados en los EU: Montemayor bajo el economista Lawrence Klein en la Universidad de Pensilvania, Córdoba salido de la Universidad de Stanford en California y Camacho con estudios de posgrado en la Universidad de Princeton en Nueva Jersey.

El dato de la educación no era menor. Partía de la afirmación del secretario de Estado de los EU en 1925, Richard Lansing, quien había escrito en una carta lo siguiente:

“México es un país extraordinariamente fácil de dominar, porque basta con controlar a un solo hombre: el Presidente de la República. Tenemos que abandonar la idea de poner en la Presidencia mexicana a un ciudadano americano, ya que eso llevaría otra vez a la guerra.

“La solución necesita de más tiempo: debemos abrirle a los jóvenes ambiciosos las puertas de nuestras universidades y hacer el esfuerzo de educarlos en el modo de vida americano, según nuestros valores y en el respeto del liderazgo de los Estados Unidos.

“México necesitará administradores competentes. Con el tiempo, esos jóvenes llegarán a ocupar cargos importantes y eventualmente se

adueñarán de la Presidencia. Sin necesidad de que Estados Unidos gaste un centavo o dispare un tiro, harán lo que nosotros queramos.”

La importancia de la referencia radica en el hecho de que el grupo salinista llegó con la idea central de enterrar el viejo modelo económico de la Revolución Mexicana, abrir la economía al exterior y buscar acuerdos con los EU por ser el principal socio comercial. El conflicto entre la política económica condicionada por el FMI para entregar créditos de estabilización macroeconómica y la política económica comprometida con la Revolución Mexicana había deteriorado el equilibrio macroeconómico, pero más porque los populistas sólo gastaron y no reorganizaron los ingresos.

El equipo de Miguel de la Madrid redactó el Plan Global de Desarrollo 1980-1982 sin romper aún el paradigma de la Revolución Mexicana. El asunto era de profundidad: un paradigma —en términos de la metodología de Thomas Kuhn— requería de consensos, agotamiento reconocido del pasado y posibilidades de desarrollo científico. En 1979 el concepto de la Revolución Mexicana era romántico, ciertamente en declinación pero vivo; por tanto, De la Madrid y Salinas encontraron la forma de fijar los parámetros de un cambio de enfoques de política económica, aunque acreditándoselos a la Revolución Mexicana. Al final, el modelo neoliberal se impuso aunque no como paradigma —nuevo consenso— sino como estrategia inevitable.

En el fondo, la primera etapa de la *neoliberalización* del pensamiento económico de los funcionarios operó vía la eficiencia y sobre todo el racionamiento del funcionamiento del Estado, no su desaparición. Salinas de Gortari y Camacho Solís se habían educado en el pensamiento económico del Estado, pero lejos del estatismo populista. Inclusive, en 1981 Salinas de Gortari publicó tres artículos en *Excelsior* para contestarle al economista liberal Luis Pazos y defender el Plan Global desde el punto de vista del Estado. Más adelante, ya en la coyuntura de las elecciones y el arranque de su sexenio, Salinas de Gortari se encontró con la caída de la Unión Soviética y el fin del paradigma del comunismo.

De ahí la importancia de fijar el mayo de 1979 como el del quiebre en el proyecto nacional de desarrollo: el fin del modelo de la Revolución Mexicana. El escenario fue de cambio de rumbo:

*Un nuevo grupo de políticos y funcionarios arribó al Estado, al mando de Carlos Salinas de Gortari, cuya influencia se extendió hasta los dos sexenios panistas.

*La planificación del desarrollo se la sentó como el mecanismo de definición de las políticas del Estado para evitar decisiones al calor de las crisis políticas.

*El nuevo grupo redefinió los tres instrumentos clave del proyecto de nación de la Revolución Mexicana: el Estado, la Constitución y el sistema político.

*La principal característica del PGD 1980-1982 radicó en la definición de los límites del Estado en materia económica, aunque el grupo delamadridista en la presidencia electa no pudo evitar —porque fue marginado de la secrecía— la expropiación de la banca privada el primero de septiembre de 1982. Eso sí, el grupo delamadridista promulgó el 3 de febrero de 1983 la reforma del Estado para sacarlo de los viejos compromisos sociales.

México entró ya al debate de la globalización en la fase del GATT; y aunque López Portillo decidió no ingresar a México, comenzó una fase de disminución arancelaria que dinamizaría la producción y el consumo. Ahí comenzó el país la etapa de disminución del proteccionismo del comercio exterior que era la clave del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones.

La redefinición del gasto público no tanto en su orientación sino en su ejercicio a partir de aumento en los ingresos para evitar la perversión del déficit presupuestal. Y el comienzo del debate sobre las reformas estructurales que venían en ese entonces como condicionalidad atada a créditos del Banco Mundial, mientras la condicionalidad del FMI se ajustaba sólo a políticas de control de la inflación por el lado de la demanda.

El PGD 1980-1982 fue el comienzo de la nueva política del desarrollo mexicano y de las reformas estructurales. En ese documento se plasmó el

principio del quiebre del proyecto nacional de desarrollo de la Revolución Mexicana:

*El Estado seguía siendo el rector de la economía pero ya no el factor determinante. El Plan estableció el nuevo modelo: “economía mixta de mercado”; con ello, el Estado administraba pero la carga del desarrollo caía en el sector privado.

*El Plan partía de un argumento repetido varias veces en sus páginas: en 1976 se había agotado la estrategia de desarrollo; se refería al desarrollo estabilizador — estabilidad macroeconómica como límite de la actividad productiva para poner la inflación y tipo de cambio como factores determinantes— que reventó en el sexenio de Echeverría al aumentar gasto sin ingresos, provocar la inflación e impactar en la devaluación. Se establecería el criterio de un desarrollo estabilizador neoliberal: control de la inflación —la enfermedad de la crisis— vía demanda a través de control de los salarios.

*El Estado abandonaba el principio histórico del proyecto nacional de desarrollo de la Revolución Mexicana del bienestar de la sociedad —es decir, un nivel de vida para todos, fortaleciendo la clase media— por una política sólo de “mínimos de bienestar” para los pobres, es decir, lo indispensable, pasando del concepto de justicia social al de atención sólo a los más favorecidos, un principio económico que proyectaría el Programa Nacional de Solidaridad, es decir, el apoyo no el bienestar visto como un mecanismo de ascenso social.

*Las empresas públicas fueron reorganizadas como empresas privadas a partir de criterios de eficiencia y rentabilidad, lo que condujo a la decisión presupuestal de trasladar a precios y tarifas del sector público el costo de su funcionamiento, abandonando el criterio de empresas públicas para promover el desarrollo, subsidiar la producción y beneficiar al consumidor. Así, las paraestatales pasaron a tener un funcionamiento tipo empresa privada.

*El Plan de De la Madrid-Salinas de Gortari introdujo el concepto de “cambio estructural” que formaba parte de la ideología económica del Banco Mundial como criterio de reorganización del proyecto nacional de desarrollo de la Revolución

Mexicana; el proyecto histórico respondía a un objetivo de justicia social; el nuevo modelo se basaba en eficientar al Estado a costa de su reducción y abandonar el principio también histórico del bienestar social por el de apoyo a las familias marginadas. Así, el Estado dejaba de ser el eje del desarrollo y éste pasaba a una “economía mixta de mercado”.

Y el principal cambio que introdujo no produjo el debate esperado porque fue manejado sólo como un concepto: del Estado como responsable del desarrollo y el bienestar, con capacidad de intervención directa en el proceso productivo, a una “rectoría del Estado”, es decir, el papel estatal sólo como administrador de los objetivos nacionales. Del Estado hegemónico se pasó al Estado inductivo, rector.

Junto con la redefinición instrumental y de objetivos del Estado se dio también de la consolidación de una nueva generación de economistas educados en universidades norteamericanas en los principales cargos públicos: De la Madrid entregó la presidencia a Salinas de Gortari, éste designó como sucesor a Luis Donaldo Colosio pero su asesinato no interrumpió la continuidad porque su sucesor fue Ernesto Zedillo Ponce de León, una hechura salinista aunque con lealtad más a Córdoba Montoya; y los gobiernos panistas no se salieron del guión salinista porque el secretario de Hacienda de Fox fue Francisco Gil Díaz, el jefe de los *Chicago Boys* mexicanos que se consolidaron en el salinismo y el de Calderón fue Agustín Carstens, salido del Banco de México y traído nada menos que de la subgerencia general del FMI.

La clave de la modernización ocurrió en tres fases:

*El Plan Global de Desarrollo 1980-1983 para redefinir la estrategia de desarrollo, reorganizar el Estado y replantear sus objetivos, aprobada por López Portillo y redactado bajo la responsabilidad de De la Madrid como secretario de Programación y Presupuesto, y Salinas de Gortari como director general de Política Económica y Social de la SPP.

*La reforma del Estado emprendida por De la Madrid en febrero de 1983 para limitar con precisión el papel y la función del Estado.

*La reforma del Estado continuada por Salinas de Gortari en su sexenio 1988-1994 en cuatro etapas: las negociaciones del Tratado de Comercio Libre con los Estados Unidos y Canadá, la venta de paraestatales incluyendo la privatización de la banca expropiada en 1982, la reforma del PRI con la exclusión de la Revolución Mexicana y sus compromisos políticos e ideológicos con la sociedad y las reformas a los artículos constitucionales que le dieron sentido a la Revolución Mexicana.

La modernización salinista careció de contrapesos y avanzó como cuchillo caliente en mantequilla. Las organizaciones sociales, la oposición comunista-socialista y los sectores progresistas del PRI carecieron de capacidad de estructuración de un frente ya no digamos de propuesta alternativa, sino siquiera de debate nacional, a pesar de que desde 1979 tuvieron curules en el congreso federal. En noviembre de 1977 Carlos Tello Macías —un economista universitario progresista— renunció a la SPP de López Portillo al ser derrotado por el ortodoxo Julio Rodolfo Moctezuma Cid en la definición del presupuesto federal para 1978; se trató el choque entre los enfoques progresista y neoliberal-fondomonterarista. López Portillo colocó en Hacienda al *cepalino* Ibarra Muñoz, pero a él le estalló el colapso del segundo semestre de 1981 y sobre todo de 1982, y fue cesado en abril de ese año de 1982 y sustituido por el ortodoxo Jesús Silva-Herzog Flores.

El arribo de los salinistas al poder en 1979 fue producto de esa batalla incruenta en la que los progresistas perdieron poder; inclusive, poco pudieron hacer a pesar de la alianza en el congreso con el arribo en 1979 de los primeros diputados del Partido Comunista Mexicano: 18 plurinominales en una cámara de 400 legisladores (apenas el 4.5%), pero con grandes expectativas en medios de comunicación y un senador del PPS que rompió el dominio total que mantenía el PRI. El problema no era de número sino de nuevos enfoques y discursos en el parlamento para frenar la hegemonía priísta. De hecho, los nuevos legisladores comunistas abrieron frentes de debate parlamentario en materia económica, pero carecieron de un verdadero partido movilizador de masas y ya para entonces alejados del proletariado.

El gran tiempo político de debate sobre el futuro del país ocurrió justamente en el espacio político de 1979-1982 y en la configuración del nuevo equilibrio en la cámara de diputados, aunque el PRI tuvo el 75% de las bancadas, 299 diputados, más de la mayoría calificada de 267 que necesitaba para modificar la Constitución sin alianzas, pasando por el arribo del grupo salinista a la SPP para redactar el PGD, hasta llegar al año de 1981 —antes del colapso petrolero— en que apareció el libro de Tello Macías y Rolando Cordera titulado *México; la disputa por la nación*, en la que analizaban el conflicto entre dos proyectos de nación: el popular de las fuerzas nacionales aglutinadas en las organizaciones obreras del PRI y el neoliberal encabezado por los grupos empresariales.

En septiembre de 1981, sobre la cresta de estos señalamientos, el presidente López Portillo decidió la candidatura presidencial del periodo 1982-1988 entre dos opciones, justamente en el contexto del modelo de análisis de Tello y Cordera: el político Javier García Paniagua y el neoliberal Miguel de la Madrid Hurtado. La crisis económica había estallado apenas en junio de 1981 con la caída de los precios internacionales de petróleo por maniobras de los EU, México entendió mal el mensaje de los compradores y decidió subir los precios, los clientes se fueron tras el petróleo barato y México se vio obligado a sustituir los ingresos petroleros por deuda externa de corto plazo; la deuda externa aumento 25 mil millones de dólares en el segundo semestre del año. La crisis se agudizó en 1982 por la devaluación, la fuga de capitales y la desconfianza nacional.

Agobiado por el desorden nacional, López Portillo expropió la banca privada acusándola de azuzar la fuga de capitales, pero tuvo que reconocer que el entonces presidente electo Miguel de la Madrid Hurtado no era el sucesor para el golpe de timón en el rumbo del país y las posibilidades de desarrollo con la banca comercial en manos del Estado; De la Madrid privatizó el 34% de los activos de la banca y Salinas de Gortari vendió los bancos a particulares en 1992. La derrota del proyecto nacionalista de desarrollo estaría consumada porque ya no hubo tiempo de reconsiderar la sucesión. Por cierto, López Portillo hizo todavía un esfuerzo de rescate de la política económica al designar a Carlos Tello Macías, el defensor del proyecto popular de desarrollo, como director del Banco de México

posterior a la expropiación bancaria, pero duró ahí sólo noventa días hasta la llegada del nuevo gobierno delamadridista.

La modernización del modelo de desarrollo de la Revolución Mexicana tuvo dos fases, las dos conducidas por Salinas de Gortari, como secretario de Programación y Presupuesto del gobierno de De la Madrid y después como presidente de la república:

*En febrero de 1983 De la Madrid promulgó su reforma del Estado con un capítulo económico en la Constitución basado en tres puntos: regresar a la economía mixta, dotar al Estado de la tarea de ser sólo el rector del desarrollo y ya no el dominante e instalar la planificación incorporando al sector privado a la toma de decisiones. Salinas de Gortari resumió en una frase el modelo: la autonomía relativa del Estado de las clases en pugna.

*En su propio sexenio, Salinas de Gortari aplicó una de las más profundas reformas del Estado y colocó al mercado como el pivote del desarrollo. La fundamentación de su proyecto-modelo la hizo en diciembre en el mensaje político de su primer informe de gobierno y luego la explicaría a fondo en un ensayo en la revista *nexos*.

Los alcances de la reforma del proyecto nacional fueron preparados con anticipación, inclusive adelantándose a la crisis de la Unión Soviética en 1989. En 1986 México formó, con personalidades de Estados Unidos, una Comisión sobre el futuro de las relaciones México-Estados Unidos. El propósito era encontrar formas de atenuar el llamado conflicto histórico que había convertido a las dos naciones, como reportó el corresponsal del *The New York Times* en México, Alan Riding, en “vecinos distantes”: la pérdida de la mitad del territorio mexicano a mediados del siglo XIX. La idea era proponer algunas decisiones oficiales para allanar ese conflicto y buscar un acercamiento, aunque para ese entonces aún no se había difundido el Consenso de Washington; si acaso, las reformas al GATT para aliviar los aranceles y el comercio habían tentado a México en entrarle a la globalización, aunque los viejos sectores tradicionalistas habían llevado a López

Portillo en marzo de 1980 a anunciar el no ingreso a ese organismo y a pesar de que el Plan Global de Desarrollo 1980-1982 ya lo había asumido como inevitable.

Lo importante de esa Comisión bilateral fue el hecho de que sirvió para sugerir, por ejemplo, cambios en los libros de texto gratuito de México para evitar el rencor histórico. Esta argumentación fue la plataforma que se utilizó en febrero de 1990 para iniciar las negociaciones secretas de México con los Estados Unidos para la firma de un tratado de comercio libre basado en mecanismos arancelarios menos estrictos, de tal manera que la globalización mexicana impulsara reformas en el sistema productivo. El reporte de la Comisión fue utilizado por Salinas de Gortari para intentar cambiar la percepción mexicana hacia el vecino, trasladando la carga emocional de la historia al comercio. Por cierto, como miembros de la Comisión estuvieron el salinista Héctor Aguilar Camín y el escritor Carlos Fuentes, los dos antes profundamente *antigringos* y ya para entonces menos radicales.

Otro elemento que adelantó la reforma salinista fue el libro *Después del milagro* que publicó en octubre de 1988 el ensayista y novelista Héctor Aguilar Camín, del grupo *nexos* ya entonces articulado al modelo modernizador de Salinas de Gortari. Tanto el informe de la Comisión México-Estados Unidos como el libro de Aguilar Camín fueron parte del debate cultural que abrió Salinas de Gortari respecto a la reformulación del proyecto nacional de desarrollo de la revolución Mexicana. Aguilar Camín detectó cuatro tendencias superestructurales: disminución del peso del Estado, fin del convenio Estado-corporaciones, Alejamiento estatal del campo y acotamiento del presidencialismo, y cuatro tendencias estructurales: de país rural a urbano, globalización de la economía, aumento de la desigualdad y una nueva mayoría social no partidista.

Este perfil de la nueva sociedad mexicana fue el establecido también por Salinas de Gortari para concluir lo que ya había perfilado en el Plan Global 1980-1982: la reorganización social, de clases y productiva de México, la cual no podía ser administrada y menos controlada por el viejo régimen revolucionario y sus instituciones. De hecho, el endurecimiento del sistema priísta en las fases más duras de la represión formaba parte de la nueva reorganización de las clases y sus relaciones de no-dependencia del Estado priísta. Sin embargo, el enfoque

salinista enfatizaba sólo el cambio en las relaciones sociales y no la necesidad de abordar nuevas formas de democracia para administrarlas sin represión. Por ello la reforma salinista fue productiva, de desprendimiento de funciones sociales del Estado y de objetivos sociales incumplibles, y no de nuevas relaciones de poder.

Y el tercer escenario de redefinición del modelo de desarrollo fue el Consenso de Washington, una propuesta circulada en noviembre de 1989 en la coyuntura del principio del desmoronamiento de la Unión Soviética con el derrumbamiento del Muro de Berlín. Los diez puntos del Consenso fueron producto de la condicionalidad cruzada que aplicaban conjuntamente el FMI y el Banco Mundial como compromiso de los países a cambio de líneas de crédito. Esos diez puntos fijaron el quiebre histórico del modelo financiero de Bretton Woods:

1. Disciplina presupuestaria (los presupuestos públicos no pueden tener déficit)
2. Reordenamiento de las prioridades del gasto público de áreas como subsidios (especialmente subsidios indiscriminados) hacia sectores que favorezcan el crecimiento, y servicios para los pobres, como educación, salud pública, investigación e infraestructuras.
3. Reforma Impositiva (buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados)
4. Liberalización financiera, especialmente de los tipos de interés
5. Un tipo de cambio de la moneda competitivo
6. Liberalización del comercio internacional (trade liberalization) (disminución de barreras aduaneras)
7. Eliminación de las barreras a las inversiones extranjeras directas
8. Privatización (venta de las empresas públicas y de los monopolios estatales)
9. Desregulación de los mercados
10. Protección de la propiedad privada.

La reforma de modernización salinista, comenzada en 1979 con el Plan Global de Desarrollo y extendida hasta atravesar los dos sexenios panistas y el

regreso del PRI a la presidencia de la república en 2012, fue el modelo de desarrollo siguiente al de la Revolución Mexicana, aunque pasando por la anulación de buena parte de las reformas revolucionarias de 1917 a 1940. En el periodo de modernización 1989-1994 las fuerzas opositoras al proyecto salinista fueron menores, sin capacidad de influencia, sin resistencia sólida, y, peor aún, con la complicidad del PRI como el partido de la Revolución Mexicana —no necesariamente el cardenista— y de sus estructuras corporativas.

Así, la modernización salinista del proyecto nacional de desarrollo de la Revolución Mexicana fue integral: Estado, ejido, relaciones con la iglesia, apertura comercial, paraestatales, política social. El problema más serio no fue el proyecto salinista sino la ausencia de un proyecto alternativo al de Salinas de Gortari y de modernización del proyecto histórico, pues el proyecto popular señalado por Tello y Cordera en *La disputa por la nación* no era más que el mismo e ineficiente modelo de desarrollo revolucionario ya no en crisis sino en verdadero colapso y con razones fundadas de su inviabilidad.

El PRD, los sectores cardenistas, la oposición académica, los sectores nacionalistas y los medios progresistas apenas alcanzaron a denunciar el sentido del proyecto salinista pero no pudieron diseñar una tercera vía. Cuando llegó al Congreso en 2012 la iniciativa de reforma energética del presidente Peña Nieto, la oposición fue retórica pero no propositiva: ni Cárdenas, ni el PRD, ni López Obrador, ni los académicos historicistas del cardenismo lograron abrir un verdadero debate sobre la urgente modernización del sector petrolero, en el entendido de que mantener las cosas como estaban no era sino un camino a seguir profundizando la crisis del sector petrolero. La discusión se centró en sentimentalismos cardenistas pero no en modelos de desarrollo, ni en el análisis de los cambios estructurales del mercado energético internacional.

6.- Alternancia sin Revolución Mexicana

La historia política de la alternancia partidista en la presidencia de la república en julio del 2000 se escribió mucho antes; más aún, fue producto del engarzamiento de crisis sucesivas, transversales, horizontales y profundas del sistema político priísta. Pero si se quiere encontrar una razón especial, habría que señalarla: el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León había sido producto del asesinato de Luis Donaldo Colosio. Ninguna sucesión presidencial había roto la continuidad elitista ni las complicidades de grupo; inclusive, el general Álvaro Obregón fue asesinado como presidente triunfador, días después de las elecciones de julio de 1928; y el presidente saliente Elías Calles había operado acuerdos políticos con las élites del poder, sobre todo con el ejército, para fortalecerse como jefe máximo de la revolución, no reelegirse y abrir cargos a jefes revolucionarios.

La derrota presidencial del 2000 fue la conjunción de una serie de eventos inesperados y no pocos esperados y hasta lógicos que encontraron acomodo en la personalidad y presidencia de Zedillo.

*No fue el candidato original de Salinas.

*Su candidatura surgió del asesinato de Colosio.

*La relación con Salinas de Gortari era burocrática y no de complicidad.

*La severa crisis económica de 1994-1995.

*Los acuerdos políticos con la oposición para lograr la aprobación del plan anticrisis.

*La ruptura de relaciones de dependencia Zedillo-PRI.

*La carga política del asesinato de Colosio que llevó a la ruptura Zedillo-Salinas.

*El descontrol en el PRI por el asesinato de Colosio, el exilio de Salinas y al EZLN en Chiapas.

/Los obstáculos del PRI a Zedillo para dificultar la sucesión presidencial del 2000.

El perfil político de Zedillo era especial:

- *Tecnócrata educado en los Estados Unidos.
 - *Desvinculado de su alma mater mexicana: el Instituto Politécnico Nacional.
 - *Carente de formación en la doctrina de la Revolución Mexicana.
 - *Formado en la élite del Banco de México, semillero de tecnócratas.
 - *Forjado bajo la dirección política de Joseph-Marie Córdoba Montoya, todopoderoso jefe de la oficina de la presidencia de Salinas de Gortari.
- De carácter sumiso en términos burocráticos.
- *Amigo personal de Colosio y aliado en la lucha contra Manuel Camacho Solís.

La presidencia de Zedillo se cinculó entre las presiones de la crisis del sistema político y su sobrevivencia presidencial. El elemento no formal que delineó los espacios políticos fue el hecho de que Zedillo comulgaba a pie juntillas con el modelo económico neoliberal de Salinas de Gortari, pero no podía depender del ex presidente por la sombra del asesinato de Colosio. El argumento que más enfurecía a Zedillo era la tesis del *beneficiario* del crimen, muy usada en investigaciones criminalísticas: el beneficiario del asesinato debía ser el primer sospechoso. Por eso Zedillo rompió con Salinas a los noventa días de su presidencia con el arresto de Raúl Salinas de Gortari acusado de responsable del asesinato José Francisco Ruiz Massieu, en septiembre de 1994, secretario general del PRI, diputado electo y jefe electo de la bancada del PRI en la primera legislatura zedillista. Al encarcelar a Raúl, Zedillo mandaba un mensaje inequívoco: no tenía ninguna complicidad con Carlos Salinas por el asesinato de Colosio.

Si pudieran resumirse los factores que colorearon la derrota presidencial del PRI, algunos elementos son indispensables de considerar:

- *La falta de relación de Zedillo con el PRI desde su declaración en agosto de 1994 de que mantendría una “sana distancia” con el partido.
- *El fortalecimiento del sector de priístas históricos.
- *La XVII asamblea nacional de 1998 que puso *candados* a la candidatura presidencial, dejando fuera a algunos precandidatos de Zedillo.

*La ruptura de relaciones de dependencia PRI-gobierno.

*La severa crisis económica derivada de la devaluación del 20 de diciembre de 1994.

*La secuela de la crisis política de los últimos dieciocho meses de Salinas en la presidencia, del asesinato del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo en mayo de 1993 a la renuncia escandalosa del subprocurador general Mario Ruiz Massieu en noviembre de 1994 acusando al PRI del asesinato de su hermano José Francisco.

*La herencia de la guerrilla del EZLN en Chiapas por falta de acuerdos reales.

*La crisis económica 1994-1996.

La presidencia de Zedillo estuvo marcada por la crisis, su falta de lealtad del sistema político y la presión política democratizadora del gobierno de Bill Clinton. Sin el apoyo del ex presidente, sin la lealtad del PRI y con una severa crisis sistémica, Zedillo tuvo que lidiar por cuenta propia la sobrevivencia de su gobierno:

*1994: alzamiento zapatista, secuestro de empresarios, asesinato de Colosio, crisis del sistema electoral, asesinato de Ruiz Massieu, lucha al interior de la clase gobernante, devaluación contenida el 20 de noviembre por la amenaza de renuncia de Pedro Aspe a Hacienda, movilizaciones zapatistas sobre otros municipios, impericia en el manejo del tipo de cambio, devaluación del peso pasando de 3 a 5.30 nuevos pesos por dólar, fuga masiva de capitales.

*1995: renuncia el 5 de enero del secretario de Hacienda, programa anticrisis basado en aumento de tasas de interés, alza del IVA y ajuste de precios de bienes y servicios, daño considerable a las finanzas populares, apoyo regateado de la oposición al programa, Acuerdo Político Nacional con concesiones para sacar la aprobación legislativa, tasas de interés bancarias a más de 100%, colapso de deudores por prestamos impagables, crédito de emergencia de Clinton a México por 50 mil millones de dólares, con la cartera petrolera de aval.

*1996: Reforma electoral pactada con la oposición cediendo la autonomía total del IFE y su separación de Gobernación, sin duda una de las decisiones

democratizadoras más importantes del siglo. XVII asamblea nacional del PRI en la que pusieron el candado de que el candidato presidencial debiera tener un cargo previo de elección popular, lo que dejó fuera de la sucesión a los dos principales precandidatos de Zedillo: Guillermo Ortiz Martínez y José Angel Gurría Treviño.

*1997: Elecciones legislativas federales y elección directa de jefe de gobierno del DF; el PRI perdió la mayoría absoluta en la Cámara y la oposición se unió en el Grupo de los Cuatro para quitarle el manejo legislativo al PRI; y Cuauhtémoc Cárdenas arrasó en la primera elección capitalina. Estos dos avances de la oposición fijaron la pérdida de hegemonía política del PRI.

*1998: crisis de gobierno por la matanza de indígenas en Acteal, Chiapas, en diciembre de 1997 por enfrentamientos entre grupos locales. Estallamiento del problema del Fobaproa: el alza en tasas de interés bancarias y la insolvencia de deudores estuvo a punto de quebrar el sistema bancario; el Fobaproa —que tuvo como antecedente el Ficorca del Banco de México que diseñó Zedillo cuando era funcionario bancario— logró el rescate de la banca con la compra de deuda basura de los bancos, pero luego de una negociación muy dura con el PAN por la oposición del PRD; el acuerdo secreto fue comprometer a Zedillo a no meter las manos en las elecciones presidenciales del 2000.

*1999: proceso abierto de elección de candidato presidencial entre los aspirantes Francisco Labastida Ochoa, Manuel Bartlett Díaz, Roberto Madrazo Pintado y Humberto Roque Villanueva. Aunque todos se habían formado en el viejo régimen priísta, Labastida era secretario de Gobernación de Zedillo. Luego de votaciones abiertas y dos debates, Labastida se alzó con la candidatura presidencial. En abril estalló la huelga en la UNAM para oponerse al alza de cuotas, pero desestabilizando la política y al estudiantado, y abriendo espacios al EZLN.

*2000: el 6 de febrero la policía federal entró a la UNAM para romper la huelga y arrestar a dirigentes del Consejo de Huelga, tensando al PRI. La campaña priísta nunca encontró orden, espacio y fuerza, y Labastida se quedó a la espera del apoyo institucional del gobierno que nunca llegó. La elección presidencial se movió en los espacios mediáticos, Cárdenas se desinfló e hizo una campaña a la antigüita, los debates dieron victoria a Fox y Labastida que quedó rezagado.

En la elección del 2000 la Revolución Mexicana fue inexistente. Se trató de una elección por acumulación de votos: el PAN se alimentó el resentimiento por la crisis y aprovechó el acotamiento a Zedillo a cambio de apoyo para programa anticrisis, en tanto que Cárdenas nunca entendió la lógica política diferente e hizo una campaña como si fuera el general Cárdenas recorriendo pueblos para escuchar a la gente que no tenía siquiera credencial de elector. El PRI esperaba que la del 2000 fuera la última elección del método Bartlett de “fraude patriótico” para impedir la victoria de la derecha panista, algo que había dado resultados en dos ocasiones: en la estatal de Chihuahua en 1986 y en la presidencial de 1988.

Los mensajes de las urnas habían sido muy claros: en las elecciones legislativas de 1997 el PRI había alcanzado apenas el 38.5% de los votos, contra 27% del PAN y 26% del PRD. Y en las elecciones de jefe de gobierno del DF el PRI había quedado en segundo lugar con 25.6% de los votos, contra 48% de Cárdenas por el PRD y apenas 15% para el PAN. En las federales el factor había sido el voto de castigo contra el PRI y en las capitalinas prevaleció el voto por el candidato y no el partido.

El dato más importante de la alternancia del 2000 se resumió en una pregunta: ¿por qué el electorado consolidó la alternancia a la derecha y no a la izquierda? A Zedillo le convenía la continuidad del modelo con el PAN, porque Cárdenas venía con la decisión de regresar al modelo histórico populista del PRI. Vicente Fox era un candidato carismático, sin proyecto, se supo meter en el ánimo de la gente con el argumento de que iba a sacar al PRI de Los Pinos a patadas. Además, el PAN había colaborado con la estabilización macroeconómica al apoyar la iniciativa del Fobaproa de Zedillo, con Felipe Calderón Hinojosa como jefe de la bancada panista.

En los discursos de campaña por primera vez no apareció la bandera de la Revolución Mexicana: Labastida era, por eliminación, el candidato de Zedillo, pero no había confianza en que fuera a darle continuidad al modelo neoliberal de desarrollo. Con el PAN había la confianza en que no se regresaría al populismo priísta. Y Cárdenas desempolvó su modelo de la Corriente Democrática del PRI de

1986 con la reactivación del Estado como eje de la economía. La presión estadounidense, aprovechando el crédito de emergencia de Clinton, presionó a las élites gobernantes mexicanas a facilitar una alternancia hacia la derecha panista.

El elemento más importante que facilitó la victoria panista fue la reforma electoral que le quitó al gobierno federal el control de las elecciones, cuando aún estaba fresca la crisis electoral de 1988 en la que el proceso estuvo controlado por la Secretaría de Gobernación y se dio el incidente de la *caída* del sistema de cómputo que acumulaba los votos. Salinas disolvió la Comisión Federal Electoral y creó el Instituto Federal Electoral pero presidido aún por el secretario de Gobernación y luego reformó el organismo para incluir consejeros ciudadanos sin partido pero también bajo la égida de Gobernación. En 1996 Gobernación salió del proceso electoral y con ello se consolidó el primer principio revolucionario de 1910: el sufragio efectivo, casi un siglo después de haber agitado una revolución.

La existencia de un organismo electoral fuera del control gubernamental devolvió la confianza a los electores y puso en el centro del debate un elemento diferente al tradicional priísta de votar por programas de bienestar como continuidad de una clase y un grupo en el poder. Asimismo, el fortalecimiento de la oposición en elecciones no presidenciales había abierto las posibilidades de alternancias y había consolidado el argumento de que el PAN y el PRD podían gobernar sin romper con la estabilidad institucional.

A ello se agregó la acumulación de crisis que fueron desarticulando el sistema político priísta. Hubo cuando menos tres grupos de crisis:

1.- Las siete crisis del proyecto nacional de la Revolución Mexicana:

*1968: crisis política por la represión en Tlatelolco, que obligó al sistema político priísta a irse abriendo paulatinamente a la democracia.

*1976: crisis económica por la devaluación, rompiendo el modelo de desarrollo y convirtiendo las demandas sociales en gasto no productivo.

*1982: crisis de los acuerdos sociales de la economía mixta con la expropiación de la banca, lo que provocó que el sector privado dominante y poderoso optara por

poner fin a la representatividad del PRI y a buscar alianzas con el PAN para optar por la alternancia.

*1988: crisis de legitimidad en las elecciones presidenciales. Por primera vez parte importante de la sociedad protestó por la oscuridad en los conteos electorales y obligó al gobierno de Salinas y luego al de Zedillo a consolidar la autonomía electoral quitándole al gobierno el instrumento de poder de organizar las elecciones.

*1994: crisis de gobernabilidad por el alzamiento guerrillero, el asesinato del candidato presidencial priísta y la ruptura del control presidencial sobre el PRI.

*1996: crisis del presidencialismo. La XVII asamblea nacional del PRI impuso condiciones a la candidatura presidencial y en los hechos le quitó al presidente de la república la facultad metaconstitucional de designar a su sucesor.

*1997: crisis de hegemonía. El PRI perdió la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, la oposición se unió para hacer mayoría y tomar el control del legislativo para acotar al ejecutivo y el PRD ganó con mucho la elección de jefe de gobierno del DF, las jefaturas delegacionales y la mayoría en la Asamblea Legislativa.

2.- La crisis del sistema político priísta:

*El presidente de la república dejó de ser, en los setenta, factor de consenso nacional y se convirtió en elemento de disenso.

*El PRI perdió el control hegemónico de la república, del Congreso y de las instituciones colegiadas.

*PIB con bienestar: en su fase populista, el crecimiento con distribución provocó la crisis por déficit presupuestal; en su fase neoliberal, el PIB no alcanzó para todos. El sistema priísta mudó de política social a programas asistencialistas.

*Pactos y entendimientos con sectores fuera del PRI fueron clave cuando se basaron en el reconocimiento a la intermediación priísta; pero las nuevas alianzas de sectores no priístas con la oposición fortalecieron la fase de la alternancia, colapsando el principio de la intermediación.

*Crisis de la ideología como cultura política de dominación. El discurso priísta perdió eficacia ante el avance de la alternancia. La educación, los medios y la historia se salió de la dominación priísta y se convirtió en factor propulsor de la alternancia.

3.- La crisis de los pilares del aparato de poder del sistema de dominación ideológica de la Revolución Mexicana.

*La Constitución fue perdiendo su perfil de proyecto nacional de la Revolución Mexicana para hacerse menos histórica y más procedimental. Las reformas constitucionales buscaron incorporar al neoliberalismo y a algunas propuestas de la oposición, perdiendo su dominio revolucionario.

*El Estado abandonó su rectoría para convertirse en gestor de la inversión privada, adelgazarse con la privatización de paraestatales y disminuir su autoridad política con la creación de organismos colegiados sobre temas políticos, de administración y de gobierno con mayor representación ciudadana e impulsados por la oposición.

*El PRI ajustó su ideología al modelo de desarrollo neoliberal, abrió espacio a nuevas generaciones más técnicas y menos populares o ideológicas y diluyó su discurso revolucionario para hacerlo compatible con el del gobierno en turno. Los sectores corporativos que representaban a las clases proletarias del campo, la industria y los servicios fueron desplazados por los profesionales de la política vía las plurinominales en las dos cámaras del Congreso.

El PRI llegó al 2000 sin fuerza política, sin dinamismo institucional y sin instrumentos de control electoral y político. A ello se agregó el cambio sociológico con la nueva configuración de la sociedad por su decreciente dependencia del gobierno y la multiplicación de controles sociales para impedir el funcionamiento del Estado como un mecanismo de dominio social. La pérdida de la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados obligó al PRI a pactar con la oposición

algunas reformas, a veces con el PAN, en ocasiones con el PRD y con alianzas con el Partido Verde para conseguir votos indirectos para el PRI.

El proceso de *desprización* del sistema y de la vida política tuvo expresión en las tendencias electorales: Del 75% de votos presidenciales de 1952 a 1970 se disparó a 99% en 1976 por la candidatura única del PRI ante la crisis en el PAN y la inexistencia de partidos de izquierda independientes, y de ahí cayó a menos de la mayoría absoluta con Salinas de Gortari y Zedillo y la pérdida de la presidencia en el 2000. Y primero como concesión democratizadora pero luego por imposibilidad electoral, el PRI cedió el umbral de la mayoría calificada con un sistema electoral que impedía que algún partido —sólo el PRI podría lograrlo— alcanzara más del 60% de las curules en la cámara baja, lo que ha obligado al PRI a buscar alianzas con la oposición para modificaciones constitucionales que exigen dos terceras partes —67%— de votos legislativos. Más que limitar las reformas constitucionales, en realidad este mecanismo ha obligado al PRI a darle mayor consenso a las propuestas de reforma de la carta magna.

La nueva configuración de mayorías calificadas para reformas constitucionales de 1921 a 2013 en realidad ha sido más procedimental porque el 70% de las reformas a artículos constitucionales (394) ocurrió cuando el PRI no tenía la mayoría calificada en el Congreso en el periodo 1982-2013 y tuvo que buscar alianzas con la oposición, en tanto que el 30% de reformas (176) se dio en los tiempos de dominio absoluto legislativo del PRI. De todos modos, la construcción de mayorías calificadas ayudó cuando menos a que el PRI ya no modificara la Constitución como partido sino que buscara alianzas con la izquierda y con la derecha.

¿Cómo llegó la oposición a la alternancia? En materia de votos, en 1997 se fijó la baja del PRI a menos de la mitad del electorado y el Grupo de los Cuatro en la Cámara consolidó las posibilidades de las coaliciones mayoritarias contra el PRI. Hacia 1997 la oposición vio la viabilidad de la alternancia partidista en la

presidencia de la república, *vis a vis* el deterioro de la fuerza interna del PRI. Pero si se pudo lograr una coalición operativa en la Cámara de Diputados que estuvo a punto de reventar el Fobaproa y que arrinconó al gobierno de Zedillo, a nivel de partido fracasó cualquier acuerdo. Las candidaturas de Fox por el PAN y de Cárdenas por el PRD fueron reveladoras de la tendencia decreciente del PRI. A pesar de la campaña de propaganda bajo el viejo criterio de “ya ganamos” en el que la nominación del candidato presidencial priísta era la elección presidencial como en los mejores tiempos del dominio priísta, en el ánimo de importantes segmentos de electores había ya la posibilidad de la derrota del PRI.

Frente al institucionalismo y carisma apagado de Labastida, a la desorientación del PRI y a la distancia de Zedillo, la oposición veía posibilidades pero sin saber exactamente cómo y aún sin tener certeza si Zedillo iba a reconocer la derrota del PRI. La candidatura de Cárdenas era fuerte pero en declinación, ya sin la fuerza de 1988 cuando abrió las puertas de la democratización; el PRD, fundado por él y dirigido por el ex priísta Porfirio Muñoz Ledo que había operado la campaña presidencial de Echeverría y había dirigido la campaña presidencial de López Portillo, no alcanzaba aún a consolidar una fuerza real. En las legislativas de 1997 el PRD había alcanzado el techo de 25%, contra 26% del PAN y 38% del PRI, rumbo a la división electoral de tres tercios. A nivel de elecciones para jefe de gobierno del DF, Cárdenas había aplastado al PAN y al PRD al contabilizar 48.1% de los votos, contra 25% del PRI y 16% del PAN, es decir, la suma de PRI-PAN era menor a la lograda por el michoacano. Sin embargo, Cárdenas no logró convencer como candidato presidencial.

La candidatura de López Obrador a la jefatura de gobierno en el 2000 no le ayudó a Cárdenas, sobre todo por los estilos personalistas del tabasqueño, su rechazo al grupo de Cárdenas que operaba la jefatura de gobierno y sus acercamientos a Zedillo. Su candidatura al GDF era la primera después de sufrir dos derrotas en la lucha por la gubernatura de Tabasco y de varias marchas y plantones en la ciudad de México. En elecciones partido a partido, el PRD ganó apenas por un punto porcentual al PAN de Santiago Creel, quien se vio obligado a no hacer reclamaciones por la victoria presidencial de Fox. En votos y con tres

años de diferencia y un padrón mayor, López Obrador bajó casi 400 mil votos de los logrados por Cárdenas en 1997.

El PAN llegó a las elecciones del 2000 fortalecido: en las elecciones presidenciales del 1988 había ganado 17% con 3.3 millones de votos y en las de 1994 se colocó en segundo sitio con 26% y 9 millones de votos, en tanto que en las votaciones de jefe de gobierno del DF de 1997 quedó en tercer lugar con 15%. Los datos revelaban dos cosas: el PAN ya era partido competitivo, hacia el 2000 tenía varias gubernaturas en su haber y había perdido su perfil de partido reaccionario, clerical y contrarrevolucionario. A ello se añadió la campaña adelantada que inició Fox en 1995 al ganar el gobierno de Guanajuato luego del fraude de 1991; Fox era entonces un político carismático, mediático, ranchero y dicharachero, hacedor de frases burlonas contra el PRI, irónico, bromista y popular. De hecho le arrancó al PAN la nominación a los panistas e hizo una campaña más personal que partidista.

A diferencia de 1994 cuando el colapso sistémico oscureció la estabilidad política y prohijó al *Grupo San Ángel* como espacio de acuerdos plurales para evitar la ruptura institucional, en el 2000 estaba más fuerte el ambiente por la transición. Ganara quien ganara, el viejo régimen ya no aguantaba más y necesitaba de una modernización institucional. Pero el PRI hizo una campaña a la antigüita, el PRD parecía un viejo PRI, el PAN había sido rebasado por Fox y Fox ganaba votos con sus gracejadas y sólo hacia el final de la campaña fue el único que sacó a relucir la bandera de la transición democrática.

La transición era vista como un acuerdo plural para reformar el régimen político del PRI. Y como el candidato del PRI carecía de enfoques políticos y necesitaba los votos de las viejas estructuras, para nada asumió alguna declaración de modernización. Cárdenas recibió algunos datos sobre la posibilidad de consolidar su campaña con la bandera de la transición, pero su estilo fue muy cardenista, a ras de piso, a terracería, escuchando a viejos campesinos y sin ninguna propuesta modernizadora. Fox nunca entendió el tema de la transición pero usó la palabra y con ella logró los votos finales útiles que le permitieron consolidar su ventaja; inclusive, vía Jorge G. Castañeda y Adolfo Aguilar Zinser,

algunos grupos de izquierda firmaron compromisos por Fox para darle votos a cambio de la democratización: el voto útil.

Hacia junio del 2000 Fox buscó una alianza con el PRD para derrotar al PRI y encontró algunas posibilidades pero al final se impusieron los personalismos: la lógica electoral de las encuestas colocaba a Fox como el mejor posicionado en las tendencias, por lo que se ofrecía como el candidato y le entregaría al PRD la Secretaría de Desarrollo Social, la Procuraduría General y Petróleos Mexicanos. Sin embargo, Cárdenas no confiaba en Fox y no tenía muchas ganas de aliarse con él en un gobierno de coalición, del cual ninguna fuerza política tenía experiencia para administrar. Las suspicacias entre Fox y Cárdenas enfriaron las negociaciones. Al final, Cárdenas esperó que el viejo voto priísta institucional lo beneficiara a boca de urna, mientras que Labastida se quedó esperando el voto verde del campo que sorprendentemente —aunque no tanto porque ya había ocurrido en Jalisco— benefició al PAN porque el PRI tenía varios lustros de haberse olvidado del campo. A ello contribuyó la privatización del ejido hecha por Salinas y la reorganización política del campo, porque el voto verde era el de los ejidatarios que se beneficiaban de las políticas de subsidios a la producción.

La alternancia de 2000 dio por terminada la transición iniciada con la reforma política de 1978 y metió al país ante el desafío de la instauración democrática como nuevo régimen político. Pero el PAN no supo cómo hacerla, duró dos sexenios de desgaste político en presidencias sin propuestas reformadoras y se hundió en el ambiente negativo de la violencia criminal. Así, la transición se agotó en la alternancia. Los gobiernos panistas y el gobierno priísta del periodo 2000-2013 se han centrado en reformas estructurales del sistema productivo pero sin adelantarse a la reorganización política y de clases que trae consigo toda modernización económica y productiva, justamente el error que cometió Salinas de Gortari al impulsar la modernización productiva pero retrasar la modernización política.

En este contexto, la alternancia del 2000, el agotamiento político del PAN y el regreso del PRI a la presidencia de la república probaron la eficacia del sistema electoral —a pesar de las protestas—, pasaron la prueba de los acuerdos para tomas de decisiones legislativas pero no han podido instaurar una nueva democracia ni un nuevo régimen político.

Presente en la vida pública, social y política del país a lo largo de noventa años, las elecciones de la alternancia se olvidaron de la Revolución Mexicana como discurso, como instituciones y como consenso nacional. Ni Cárdenas usó el concepto en su campaña, menos el PRI. Pero a pesar de la alternancia del 2000 y del regreso del PRI a la presidencia, el régimen de la Revolución Mexicana es el vigente —aunque sin historia ni ideología— y sigue siendo un obstáculo para la modernización, como lo demostró el ciclo de reformas de Salinas con oposición del viejo PRI y como se vio en la oposición ideológica, histórica y cardenista a la reforma energética del presidente Peña Nieto. Pese a su lavamiento en la realidad de México, la Revolución Mexicana seguirá siendo coartada, argumento, discurso bandera y propuesta de grupos cada vez más minoritarios.

7.- Cuauhtémoc: cardenismo existencial.

¿Hubo en realidad una propuesta cardenista como proyecto de nación? ¿O se trató sólo de decisiones de un gobierno sexenal que no pudieron trascender más allá del límite político?

El general Cárdenas gobernó del primero de diciembre de 1934 al 30 de noviembre de 1940, pero su periodo de reformas fue más corto: 1936-1938, del exilio de Elías Calles a la fundación del PRM, y en medio las decisiones de reparto de tierras, la ley de expropiación, el apoyo a obreros en huelgas y la expropiación petrolera. Hasta ahí se trató de un proyecto de gobierno sexenal. La clave de la trascendencia del proyecto radicó en la designación del candidato presidencial del

partido; y ahí el dilema fue la radicalización revolucionaria con el general Francisco J. Mújica o la necesidad de un conservador como el general Manuel Ávila Camacho que tranquilizara a la derecha, a los empresarios y a los EU. La decisión por Ávila Camacho, pues, fue la conclusión de Cárdenas de perfilar sus reformas como de programa político de una élite y no un proyecto nacional.

El propio Lázaro Cárdenas lo reconocería en marzo de 1961 en una conferencia en la Universidad Obrera: ante la queja de que había escogido como sucesor a un conservador, el ex presidente se justificó: la decisión “fue porque había problemas de carácter internacional que lo impedían (escoger al general Francisco J. Mújica) y también porque creí que los elementos intelectuales de México actuarían”.

Como político sistémico, Cárdenas se sometió como ex presidente a las reglas del juego institucional: evitó las declaraciones como las de Elías Calles en su gobierno, atemperó su apoyo a la Revolución Cubana a petición expresa del presidente Adolfo López Mateos en 1961 para evitar la decisión de Cárdenas de ir a La Habana a apoyar a los castristas durante la invasión apoyada por los Estados Unidos en Bahía de Cochinos, aceptó cargos institucionales, alentó el Movimiento de Liberación Nacional procubano pero sin activismo y realizó algunas giras pero sin pronunciamientos radicales y sólo con algunas declaraciones enigmáticas pero en clave. Sólo en 1968 Cárdenas se acercó a la orilla de la ruptura pero sin cruzar la línea cuando protegió a algunos líderes del movimiento estudiantil del 68 y mandó mensajes al gobierno de Díaz Ordaz en el sentido de que la represión no era el camino. En suma, Cárdenas se mantuvo activo, apenas latente como figura histórica pero sin influir en el rumbo político nacional. Inclusive, en septiembre de 1942, al anunciar Ávila Camacho el ingreso de México en la segunda guerra mundial al lado de los EU, Inglaterra y la URSS, Cárdenas apareció en Palacio Nacional junto al presidente de la república y al lado de los ex presidentes Adolfo de la Huerta, Elías Calles, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez y Emilio Portes Gil, para significar el institucionalismo de los ex mandatarios y el centralismo presidencialista.

De ahí la tesis de que no existió en realidad un proyecto cardenista sino un programa cardenista de aplicación sexenal que se fue desarticulando por gobiernos emanados del PRI paradójicamente siempre en nombre de la Revolución Mexicana. Fue diferente, por ejemplo, al proyecto nacional salinista que se extendió a lo largo de varios sexenios. Un proyecto de nación implica su presencia en la línea del tiempo histórico transexenal. Cárdenas cumplió su sexenio y paso a un semirretiro político.

Las razones de la decisión de Cárdenas para no transexenalar su proyecto político no fueron explícitas pero se pueden entender: un proyecto nacional implica un nuevo consenso político y social; y Cárdenas había polarizado al país con la profundización de las metas sociales de la Revolución Mexicana. Las organizaciones sociales creadas por Cárdenas no se convirtieron en un verdadero movimiento de clase proletaria sino que se agotaron en organizaciones para la movilización de apoyo, no para la lucha de clases; los trabajadores, campesinos y clases medias articuladas como corporaciones al PNR fueron asumidos como organizaciones y no como clase. Cárdenas no pudo transformar su programa sexenal en proyecto nacional por falta de bases sociales mayoritarias y una continuidad en las élites gobernantes. Así, establece Vicente Fuentes Díaz en *Auge y caída del cardenismo*, Cárdenas derrotó su programa de gobierno con las concesiones a la derecha.

En octubre de 1971, el país asistía a la radicalización populista del presidente Echeverría, con un Cárdenas y un cardenismo con escasos significados sociales y políticos aunque apenas históricos por los recuerdos en el santoral político del PRI. En el primer aniversario de la muerte del general Lázaro Cárdenas, su hijo Cuauhtémoc leyó un largo documento que se asumió como el testamento político o la herencia del cardenismo. En la tumba del general en el Monumento a la Revolución Mexicana, Cuauhtémoc tuvo que cortar algunas partes porque la lectura textual hubiera necesitado más tiempo del previsto. Luego de la ceremonia en el ambiente quedó flotando la confusión: ¿testamento, herencia, legado, instrucciones, movimiento político al margen e inclusive contra el PRI? Ya para entonces y desde su campaña presidencial, Luis Echeverría había

reactivado cuando menos el discurso político de la Revolución Mexicana tendiendo un puente histórico entre dos héroes nacionales: Juárez y Cárdenas.

Para 1971 el mismo sistema había tenido que reconocer la herencia de desigualdad social de los años estabilizadores; en efecto, había habido crecimiento sin inflación pero con obreros apretados en su salario y campesinos abandonados. Echeverría construyó un discurso político alrededor de la Revolución Mexicana para justificar el quiebre estabilizador e ingresar al país a la fase del desarrollo social a través del gasto público y de la reactivación del Estado, aunque con el lastre que después se convirtió en ancla: los mismos ingresos para más gasto, provocando el déficit presupuestal que condujo a la devaluación de 1976.

En ese contexto, la lectura del testamento político de Lázaro Cárdenas se convirtió en un pivote más del discurso político activista de Echeverría. Sólo que el testamento quedó en un documento de referencia política, sin continuidad en acciones. Cuauhtémoc se quedó en el PRI y en el sistema político priísta, compitió por la candidatura priísta al gobierno de Michoacán pero fue derrotado por el oscuro Carlos Torres Manzo, secretario de Comercio del gabinete echeverrista, y le dieron el premio de consolación el consejo consultivo del Instituto de Estudios Económicos, Políticos y Sociales del PRI (IEPES), encargado de la redacción de programas políticos del partido. Luego Cuauhtémoc logró un espacio en lopezportillismo: senador en 1976, tres meses después subsecretario Forestal y de la Fauna de la Secretaría de Agricultura y finalmente candidato priísta a gobernador de Michoacán en 1980. En el periodo 1971-1980 no hubo ninguna acción política importante de Cuauhtémoc alrededor del testamento político del general Cárdenas.

En 1985, tres lustros después de la muerte del general y de su testamento político, Cuauhtémoc saltó al ruedo con un discurso en Michoacán que marcó el arranque de la disidencia progresista dentro del PRI; el momento político era ya claro: la sucesión presidencial de 1988 se perfilaba a favor del economista de cabecera del presidente De la Madrid y arquitecto de la política económica, Carlos Salinas de Gortari, aunque había dos aspirantes que no se iban a dar por

vencidos: Manuel Bartlett Díaz, de la vieja guardia echeverrista, y Alfredo del Mazo, un hombre de los afectos filiales de jefe del ejecutivo federal.

La decisión de la candidatura de 1988 no se iba a dar en función de grupos o personas sino de proyectos, un hecho político no muy novedoso en el sistema político priísta aunque enmohecido por el juego en las élites. Cuauhtémoc Cárdenas se dio cuenta del hecho —y también el disidente Heberto Castillo, entonces líder del Partido Mexicano de los Trabajadores— de la continuidad del proyecto económico. La crisis devaluatoria de 1976, el colapso devaluatorio de 1982 y la expropiación de la banca privada en 1982 habían asentado en el país un conflicto entre dos proyectos de nación, resumidos por Carlos Tello y Rolando Cordera como el proyecto nacionalista y el proyecto neoliberal, el primero encabezado por los trabajadores y aliados y el segundo por las élites financieras educadas en los Estados Unidos. La disputa por la nación se resolvió en 1981 con la designación de De la Madrid como candidato presidencial, a partir del Plan Global de Desarrollo 1980-1982 y encontraría continuidad con la nominación de Salinas de Gortari como candidato presidencial para el periodo 1988-1994.

El proyecto cardenista, existente pero siempre negado, se reducía a la lista de reformas cardenistas que modificaron la Constitución: el reparto de tierras, el ejido, el petróleo expropiado para el desarrollo, el papel del Estado como garante de los acuerdos productivos entre los factores de la producción, el apoyo a las luchas obreras en sus confrontaciones con los empresarios, el papel activo del derecho de huelga, el apoyo total a la producción agraria, el nacionalismo como ideología, el apoyo a las luchas internacionales por la democracia y contra las dictaduras, entre los puntos más importantes.

Sin proyecto cardenista real o programático, Cuauhtémoc Cárdenas provocó fisuras en el PRI en 1987 y 1988, aunque jugó mal su estrategia y se vio obligado a salirse del PRI esperando que el partido oficial se desfundara; sin embargo, sólo una pequeña élite lo siguió. Del discurso de Cuauhtémoc de 1985 en Michoacán sobre la Revolución Mexicana al discurso de su candidatura presidencial del Frente Democrático Nacional hubo sólo la figura de Cuauhtémoc y no el lanzamiento de un proyecto nacional cardenista; peor aún, Cuauhtémoc

redujo su bandera de campaña a la democratización de los procesos electorales y a la propuesta de una oferta populista de gobierno, siguiendo los cánones del estilo personal de hacer política de su padre el general. Así, la primera derrota de Cárdenas fuera del PRI fue doble: un fraude electoral y un proyecto neoliberal de desarrollo que implicaría la privatización del ejido y el fin de la política agrarista de Lázaro Cárdenas.

Ante la derrota electoral, Cuauhtémoc Cárdenas presionó con manifestaciones callejeras pero evitó la ruptura institucional. En el grupo salinista hubo preocupación por las manifestaciones, pero con el dato poco conocido de que sólo una protesta de más de dos millones de personas obligaría a la anulación de elecciones; y en los hechos, las manifestaciones eran de menos de doscientas mil personas. A ello se agregó la decisión estratégica de Cárdenas de evitar la violencia y la provocación y de buscar las vías pacíficas.

La salida política a las elecciones de 1988 fue la fundación de un partido político. El PRD nació de un doble venero: el viejo Partido Comunista Mexicano de la hoz y el martillo, y la Corriente Democrática del PRI de Cárdenas con el simbolismo del apellido. Los comunistas le cedieron al PRD el registro y el control ideológico del partido al bajar las banderas del marxismo-leninismo; en la coyuntura estaba ya visto el final del modelo soviético. Así, el PRD buscaría ser otro tipo de partido, más parecido al viejo PRI y menos al modelo de los partidos comunistas apuntalados por la Unión Soviética. El nuevo partido mexicano buscaría enfrentar el modelo neoliberal de De la Madrid-Salinas de Gortari. La idea fue audaz, aunque nunca se llevó a la práctica: Cárdenas creó al PRD y lo dirigió tres años (1989-1993) sin consolidar una propuesta de proyecto de nación, a pesar de que fueron los años clave de entronización del proyecto salinista de nación y de las grandes reformas; y en lugar de las masas, el PRD nació con una estructura corporativa de corrientes, posteriormente calificadas como tribus.

Cárdenas fue un buen líder del PRD hacia su interior, pero un deficiente presidente del partido hacia los sectores progresistas del país. Nacido del ambiente festivo de conquista democrática de 1988 cuando la coalición cardenista tuvo, en la contabilidad oficial, un 30% de los votos —la cifra más alta alcanzada

por alguna oposición en la historia electoral del régimen de la Revolución Mexicana—, pero el PRD perdió su capacidad de organización político-electoral: en las elecciones legislativas federales de 1991, con Cárdenas como presidente del partido, el PRD fue aplastado por el PRI y despojado de sus espacios de avance: en elecciones de diputados, el PRD pasó del 20% logrado en la coalición de 1988 a sólo 8% como PRD en 1991 y sólo 16% en 1994. El PRI salinista, en cambio, pasó de 49% en 1988 a 58.6% en 1991. La elección de 1991 se dio después de las primeras reformas salinistas. El dato lleva a un hecho: el PRD no supo convertir en activismo político la oposición a las reformas salinistas. Y lo proe fue que el PRD venía de la herencia ideológica del PCM pero Cárdenas no supo dotar al nuevo partido de un programa ideológico que ganara adeptos y votos.

En marzo de 1992, cuando el PRD estaba bajo la presidencia de Cárdenas, Salinas de Gortari anunció el fin del ciclo histórico de la Revolución Mexicana en el PRI y la incorporación a los documentos priístas del concepto del juarista “liberalismo social” pero nunca logró cohesionarlo como ideología. Ese salto cualitativo en el PRI no causó estragos entre los priístas que ya habían descontado el cambio de ideología y se ajustaron a las nuevas reglas políticas para seguir teniendo espacios en cargos públicos. La ley del 6 de enero de 1992 privatizó el ejido y el PRD se perdió en la ausencia de un discurso ideológico que pudiera movilizar a los campesinos que aún vivían en sus casas con imágenes del general Cárdenas. A la distancia se percibe que Cárdenas desaprovechó la crisis de la ideología revolucionaria del PRI de 1992. En las elecciones de 1994, aún inclusive con el temor al alzamiento del EZLN, Cárdenas y el PRD se desplomaron electoralmente al tercer sitio: 16.6% de los votos, contra el 30% de 1988, en tanto que el PRI que había sido sacudido con una severa crisis política y un alzamiento guerrillero ganó las elecciones con el 48.7% de los votos. La apreciación no sale sobrando: Cárdenas y el PRD no supieron capitalizar la reforma neoliberal de Salinas de Gortari.

En el largo periodo de diez años, de 1989 a 1999, el PRD tuvo su dirección política en las tres figuras dominantes del grupo priísta-cardenista que irrumpió en 1988: Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Andrés Manuel López Obrador y en ese

espacio de tiempo político se consolidó la liquidación del proyecto político simbólico de la Revolución Mexicana, no sólo sin que el PRD significara alguna oposición real a esas reformas sino —peor aún— sin que el PRD asumiera el liderazgo político para defender a la Revolución Mexicana.

En el 2000 se coronó el proceso de reforma con la derrota presidencial del PRI y la alternancia partidista en la presidencia de la república, pero a favor del PAN, el partido que nació en 1939 para oponerse a la radicalización cardenista de la Revolución Mexicana. El candidato presidencial perredista Cárdenas contabilizó apenas el 16% de los votos y el 18% de los votos para las dos cámaras. En cambio, el panismo que apoyó las reformas salinistas y zedillistas en el periodo 1989-1999 ganó la presidencia, aunque quedó en segundo sitio en las votaciones legislativas. Desde las dos cámaras el PRI siguió gobernando para el proyecto modernizador.

El PRD, a pesar de tener su origen básicamente en los resabios del viejo Partido Comunista Mexicano, no supo analizar las prioridades políticas estratégicas. Los priístas de la Corriente Democrática de Cárdenas que tomaron el control del PRD establecieron sólo el objetivo de la democratización, pero ignorando que el análisis marxista establecía el hecho de que la correlación de fuerzas políticas es producto de la correlación de las fuerzas productivas, En 1958 se lo recordó José Revueltas al PCM en su ensayo *México: una democracia bárbara*: la única fuerza que puede quitarle concurrencia política al PRI es aquella que le dispute la concurrencia económica; es decir, que las fuerzas productivas definían las relaciones políticas y por tanto la democratización. Y a pesar de tener en su seno a los sobrevivientes de la lucha político-sindical del PCM, el PRD se olvidó de la fuerzas del proletariado, delineó una meta político-elitista de cargos públicos sólo por la movilización del voto y ni siquiera rescató el modelo cardenista de partido: los sectores productivos organizados como masas y como corporaciones de votantes. Más grave aún: como partido de izquierda, el PRD fue más priísta que marxista.

Así, el PRD no pudo ser siquiera la sombra del PRM de Lázaro Cárdenas. La organización gremial fue sustituida por la conformación de corrientes de opinión

en función de liderazgos que disputaron con mayor prioridad el control de espacios y cuotas de poder dentro del partido y no sobre la sociedad. En lugar de lucha de clases como el motor del desarrollo político y la lucha de posiciones, el PRD entró en una regresión tribal con tribus y no clases sociales. A ello se agregó una ausencia evidente de una ideología de clase, se conformó con objetivos basados en la democratización que no era más que la definición de una lucha por cargos públicos. El marxismo fue excluido del PRD hasta como método de análisis de la realidad.

El PRD perdió el rumbo. En 1997 Cárdenas arrasó en la elección de jefe de gobierno capitalino pero sólo gobernó dos años porque convirtió el cargo no en una plataforma para transformar la política y el proyecto social en el DF sino tan sólo como trampolín político para la candidatura presidencial. Las cifras electorales hablan de un castigo del electorado: el PAN capitalizó la crisis económica del zedillismo y saltó de 9 millones de votos -26% en las presidenciales de 1994 —el año del colapso político— a 16 millones de votos -42.5% en el 2000, contra el estancamiento perredista de Cárdenas: de 5.8 millones de votos- 16.6% a 6.2 millones de votos -16.6%; a nivel nacional nada significó la victoria de Cárdenas en el DF en 1997.

La falta de un proyecto nacional de desarrollo político, económico y social ha hundido al PRD en la coyuntura de la lucha por posiciones de poder. A lo largo de sus veinticuatro años de existencia 1989-2103 el PRD nunca delineó el rescate del proyecto nacional cardenista, a pesar del liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas. Inclusive, López Obrador como presidente impulsó una propuesta que rompió con el pensamiento sindical y proletario de Lázaro Cárdenas: la propiedad accionaria por parte de los trabajadores de porcentajes de las empresas, en lugar, por ejemplo, de los comités de fábrica o de administración que impulsó el Partido Comunista Italiano en los setenta para repartir equitativamente los beneficios de la riqueza social producida en el capitalismo.

La pérdida de rumbo político e ideológico del PRD llevó a la disputa sin ética de las posiciones internas; sin comprometerse a fondo con un nuevo socialismo que habría que redefinir ni quedarse en el viejo PRI, el PRD no supo

definir nuevos caminos políticos e ideológicos. Cuauhtémoc Cárdenas no se comprometió con la redefinición programática del PRD, aunque abrió cuando menos dos caminos plurales con personalidades fuera del PRD en la redefinición del Estado; fueron ejercicios intelectuales fallidos, sin romper dogmas, ahogándose en su pasado, sin un diagnóstico de fondo del proyecto nacional de la Revolución Mexicana, de las causas que lo colapsaron, de las razones que llevaron al país al neoliberalismo de mercado, del desafío de la Corriente Democrática del PRI para posicionarse en un espacio ideológico y de los errores del PRD al abandonar a las clases y quedar atrapado en el apando de las tribus o corrientes de opinión.

Por tanto, las ofertas de Cárdenas quedaron al margen de la realidad, sólo con el apoyo de una élite progresista que siempre ha ido a todas pero sin comprometerse a fondo con alguna propuesta. Frente a las dos ofertas de Cárdenas —una como candidato presidencial para 2000 y otra para la cohesión de un nuevo grupo de presión intelectual-político— se colocó el posicionamiento de liderazgo social de López Obrador con su programa populista-asistencialista, su confrontación con el poder y con el sistema aunque administrándolo durante los cinco años que duró como jefe de gobierno del DF y sin cambios éticos, en enfoques estructurales o sistémicos.

En ese pantano quedó atrapada la sociedad que de pronto se vio sin el discurso político, sistémico, histórico, priísta y educativo de la Revolución Mexicana. Con un PRI dominado por el pragmatismo, el PRD y el perredismo cometieron el mismo error de circunstancias del venero priísta; la sociedad que fue educada durante poco más de dos generaciones sobre el dominio simbólico totalizador de la Revolución Mexicana quedó en el desamparo, aunque con una mayoría silenciosa conservadora que permitió la alternancia partidista en la presidencia de la república no a favor del candidato perredista Cárdenas sino del mediático Vicente Fox Quezada. Ahí sonó electoralmente la alarma política y social del país: la sociedad conservadora era mayoritaria, con una minoría asentada en el Distrito Federal.

El PRD y Cárdenas no supieron leer la circunstancia histórica del país. Al contrario, la derrota perredista del 2000 en la presidencial y la victoria de López Obrador en la jefatura de gobierno del DF profundizaron el choque de liderazgos y el PRD se partió en dos mitades y cada una se fracturó en pequeños pedazos irreconciliables porque el poder mezquino no conoce de consensos, acuerdos o enfoques estratégicos. Del 2000 en adelante el PRD quedó al garete ideológico y se convirtió en una plaza sólo para el control de la franquicia:

La crisis en la elección de dirigentes mostró, en toda su dimensión, el fin del partido histórico de la izquierda y su transformación en una burocracia en busca de posiciones de poder:

*El interinato de Pablo Gómez Álvarez en 1999 para tapar una elección interna llena de irregularidades y fraudes entre perredistas.

*La cuestionada gestión de Amalia García y los beneficios sólo para su grupo, el Foro Sol.

*La polémica gestión de Rosario Robles y la lucha contra ella como una forma de echar del PRD al cardenismo.

*El interinato de Leonel Godoy para terminar el periodo de Robles.

*La gestión de Leonel Cota Montaño 2003-2005 como una de las más carentes de sentido político e ideológico.

*Las nuevas dificultades para elegir líderes y el interinato en el 2008 de Graco Ramírez y Raymundo Cárdenas mientras se lograban los pactos secretos entre las tribus para repartirse los espacios de poder.

*El interinato en el 2008 de Guadalupe Acosta Naranjo.

*Y los dos periodos de *Los Chuchos*, Jesús Ortega Martínez (2008-2011) y Jesús Zambrano (2011-2014) como los controladores absolutos de las posiciones dentro del partido y en el reparto de candidaturas a cargos de elección popular.

En ese periodo posterior al 2000 se dio la otra gran ruptura en el PRD: López Obrador pidió el control absoluto del partido, *Los Chuchos* se lo negaron y el tabasqueño convocó a fundar su propio partido, contribuyendo a una de las fracturas más importantes del sector autodenominado de izquierda. En el segundo

decenio del siglo XXI el PRD apareció dividido, con liderazgos irreconciliables y sin un proyecto ideológico. En la defensa de la industria petrolera nacional, por ejemplo, Cárdenas, López Obrador, el PRD y Ebrard han aparecido cada quien por su lado, sin una estrategia coherente, divididos inclusive en las votaciones legislativas, aunque paradójicamente con el mismo objetivo de revertir las reformas constitucionales promovidas y ganadas por el PRI.

Lo más grave ha sido la crisis ideológica en el amplio espectro de centro-ultraizquierda. La carencia de un liderazgo formal y real con capacidad de convocatoria ha contribuido a las subdivisiones operativas y programáticas. La vieja broma de José Revueltas ha sido el lastre de la izquierda: en una reunión de tres comunistas habrá siempre cinco grupos. Si se buscara una razón específica, sin duda que se localizaría en las posiciones de poder: la vieja izquierda —en sus corrientes socialista, comunista y sindicalista— operaba más como factor de organización proletaria y presión política, que en busca de cargos públicos: Cárdenas fue tres ocasiones candidato a la presidencia y una a la jefatura de gobierno del DF, López Obrador fue dos veces candidato a gobernador de Tabasco, candidato al gobierno del DF y dos veces a la presidencia, Ebrard compitió dos veces por la jefatura de gobierno, ganó una que le delegó López Obrador y quiso ser candidato a la presidencia en el 2012 pero no pudo con la sombra del caudillo de López Obrador. La candidatura presidencial del sector neopopulista para el 2018 ya generó indicios: López Obrador creó su propio partido, *Los Chuchos* perredistas andan en busca de candidato, Ebrard se quedó aislado y sin partido, Cárdenas se niega a señalar a un heredero.

El trasfondo de la lucha elitista en el amplio sector centro-ultraizquierda radica en cuando menos tres puntos negativos:

*La ausencia de un liderazgo político.

*La carencia de un partido dominante en ese sector.

*Y la inexistencia de un proyecto ideológico de izquierda.

El cardenismo ha aparecido como estrella fugaz en las luchas de la izquierda de 1958 a la fecha. El simbolismo de Lázaro Cárdenas se ha reducido a la expropiación petrolera y ahí el PRI modernizador asentó la derrota final a ese cardenismo que nunca se atrevió a decir su nombre.

Ni Cuauhtémoc Cárdenas, ni el PRD, ni López Obrador, ni Marcelo Ebrard, los cuatro espacios que quieren reivindicar la figura del general Lázaro Cárdenas para revertir la reforma energética, hicieron algo estructurado a favor de del cardenismo. Peor aún, la reforma energética venía en el paquete establecido en el Pacto por México que firmó el PRD. Lo de menos es suponer que el perredismo y el neocardenismo no se esperaban las modificaciones constitucionales, aunque esa ingenuidad no es digna de políticos avezados que han fracasado en detener reformas estructurales anteriores.

El cardenismo en México en realidad no existió como movimiento político e ideológico, ni como espacio de defensa de la política petrolera, ni como organización política real dentro del PRD. Cuauhtémoc Cárdenas saltó a la defensa de la memoria de su padre cuando el presidente Peña Nieto envió la iniciativa de reforma energética; los neocardenistas en realidad vieron en la oposición a esa iniciativa una forma de confrontar al gobierno priísta; la argumentación a favor de la expropiación cardenista careció de fondo político, de proyecto de desarrollo y de coherencia histórica, sobre todo por el agotamiento hace tiempo del impulso histórico de la Revolución Mexicana.

En el fondo, el cardenismo ha quedado en una nostalgia. El PRD entró tardíamente en defensa de la memoria petrolera del general Cárdenas y lo hizo sin una propuesta real alternativa; la tarea de Cuauhtémoc, el PRD, López Obrador y un Ebrard buscando posicionarse en un espacio político mayor se ha centrado en lo imposible: revertir la reforma ya aprobada por la mayoría calificada en el Congreso federal, por la mayorías de los congresos estatales y promulgada legalmente por el presidente Peña Nieto publicándola en el *Diario Oficial de la Federación*. La consulta carece de estructura legal.

Lo malo es que la apatía histórica del neocardenismo, el olvido del proyecto nacional cardenista, la defensa del petróleo ante una decisión legal, la lucha por

una consulta que será un callejón sin salida y el sentimentalismo por una decisión tomada hace setenta y cinco años ofrecen la imagen de un cardenismo desarticulado, flojo, sin ideas coherentes e integradoras. El problema fue que la decisión expropiadora de 1938 quedó en manos del PRI sin que existiera un movimiento cardenista estructurado e ideológico ni tampoco aterrizado en un proyecto nacional de desarrollo. Al final, Lázaro Cárdenas y el llamado cardenismo quedó como un punto de referencia histórico en el ámbito académico. El “Parte de novedades” que redactó el historiador Lorenzo Meyer —autor de libros sobre el nacionalismo petrolero y la Revolución Mexicana— pareció en 1990 más un réquiem por el general Cárdenas, por su proyecto y por el llamado cardenismo que una convocatoria a rescatar el simbolismo cardenista sobre el petróleo.

¿Dónde estuvieron los cardenistas durante el periodo conservador 1940-1970? ¿Dónde estuvieron los cardenistas durante el auge petrolero 1978-1981? ¿Por qué no obligaron al presidente López Portillo a definir un proyecto político alrededor del petróleo en esa etapa de lucha por la defensa de los precios internacionales del crudo que se dio en el seno de los países árabes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo? ¿Dónde estuvieron los cardenistas cuando el sistema político se engulló a Pemex y lo usó durante los años de dominación sindical de *La Quina* Hernández Galicia y luego lo desechó con un golpe brutal en 1989 sin que plantearan la reivindicación del petróleo? ¿Dónde estuvieron los cardenistas en los años en que Pemex fue víctima del saqueo por contratistas? ¿Dónde estuvieron algunos cardenistas que operaron como contratistas de Pemex en lugar de defender el acto político expropiatorio?

En los hechos, los cardenistas se quedaron sólo con el simbolismo del acto expropiatorio, mientras el sistema político utilizaba a su antojo el petróleo y a Pemex. Al final, Lázaro Cárdenas quedó como un general sin tropas o como escribió Revueltas en 1958: “los cardenistas, esa Iglesia sin Papa”.

8.- Hacia un nuevo consenso nacional.

Referido al PRI se puede parafrasear lo dicho por Fidel Velázquez: la Revolución Mexicana no es inmortal sino *inmorible*. Casi desde su estallamiento se ha decretado su muerte, pero sigue muy campante. En 1943 Jesús Silva Herzog, colaborador del general Lázaro Cárdenas y corredactor del decreto de expropiación petrolera, quizá encontró el concepto definitivo para justipreciar a la Revolución: es un “hecho histórico”: aquí está, luego de que Carlos Salinas de Gortari la enterrara en el patio trasero del PRI en marzo de 1992, medio la reviviera Luis Donaldo Colosio como candidato presidencial en su mítico discurso del 6 de marzo de 1994, trató de darle respiración artificial ya en la oposición y de plano en noviembre de 2013 se liquidó el desfile conmemorativo del 20 de noviembre.

La Revolución Mexicana tuvo tres etapas:

*1906-1910: organización de la oposición y definición de planes políticos para convocar al alzamiento contra Díaz.

*1910-1992: centralidad en el discurso y decisiones del Estado y de la clase política gobernante, a través del PRI.

*1992-2013: en tres fases: de la exclusión en el PRI en 1992 a la pérdida de la presidencia de la república en el 2000, los dos sexenios panistas 2000-2012 y el regreso del PRI a la presidencia en 2012.

¿Qué ha sido la Revolución Mexicana en estos ciento siete años de existencia? Todo y nada:

*Historia.

*Discurso dominante.

*Coartada-justificación.

*Cohesión interna.

*Sistema político.

*Proyecto nacional constitucional.

Como clase dominante, la Revolución Mexicana fue la esencia del proyecto nacional mayoritario cristalizado en tres pivotes fundamentales:

*Modelo de desarrollo social.

*Sistema político priísta.

*Pacto constitucional consolidado en el Estado.

¿En dónde cristalizó y se consolidó la Revolución Mexicana? Hubo, entre traiciones y olvidos, dos fases claves y decisivas que mostraron que la Revolución podría ser un proyecto de nación coherente:

*La Constitución de 1917.

*El proyecto político de Lázaro Cárdenas.

¿Qué ocurrió? Para su propia fortuna, la Revolución Mexicana no fue un movimiento inflexible, único, impuesto, y por eso no corrió con las suertes de la Revolución Rusa, de la china de Mao, de la cubana de Fidel Castro, todas ellas desfondándose por el autoritarismo político y la exclusión democrática. La Revolución Mexicana fue un discurso, un imaginario colectivo y un hecho histórico que se centró en un tema central: el bienestar social; y si bien la revolución se inició con las protestas por la falta de democracia electoral y las reelecciones de Porfirio Díaz, fue hasta 1996 en que el último gobierno priísta de la primera era decidió hacer la verdadera reforma electoral que le quitó al gobierno federal la organización y conteo de las elecciones y cuatro años después, en el 2000, el PRI perdió la presidencia de la república en las primeras elecciones realmente libres desde las de Madero en noviembre de 1911.

¿Cuándo, dónde, por qué murió la Revolución Mexicana? El debate sobre la existencia de la Revolución fue casi un deporte nacional y un pretexto para consolidar nuevos grupos políticos de interés. El caso es que el primer periodo de

debate real sobre crisis y destino de la Revolución Mexicana fue en el periodo 1958-1968, de las represiones obreras, el efecto Cuba, el endurecimiento presidencial conservador y la primera gran ruptura generacional posterior a la ocurrida en el decenio del diez del siglo XX: jóvenes rebeldes pusieron en duda los modelos de control ideológico y se enfrentaron al poder político, en el diez contra el porfirismo y en los sesenta contra el agotamiento del discurso político e ideológico de la Revolución. Las revistas *El Espectador*, *Política* y *La Cultura en México* abrieron un debate político-cultural sobre la Revolución y ayudaron más a deslavarla que a fortalecerla, pese a los tibios intentos populistas de Luis Echeverría.

La Revolución como movimiento social estaba ya *lobotomizada* hacia los setenta. En 1982 el presidente López Portillo tomó una decisión histórica cuyo simbolismo recordaba la hazaña de Cárdenas al nacionalizar el petróleo: la expropiación del sistema bancario privado a favor del Estado para dotarlo del instrumento potencial del desarrollo que era el crédito. Pero la decisión ocurrió a finales de sexenio, reproducida paradójicamente la sucesión Cárdenas-Ávila Camacho en la dialéctica revolución-conservadurismo, ahora con un López Portillo expropiador de la columna vertebral del poder empresarial que era el sistema financiero, pero decidida su sucesión a favor del entonces ya presidente electo Miguel de la Madrid, quien entronizó el neoliberalismo en el Estado; en 1992 Salinas de Gortari, continuador del proyecto delamadridista, privatizó la banca y el sistema financiero regresó a los empresarios sin garantizar su funcionalidad a favor del desarrollo.

El debate sobre crisis y destino de la Revolución fue elitista: se dio en las élites revolucionarias entre Elías Calles y Cárdenas, luego entre jefes militares disidentes que quisieron fundar sus dinastías como Henríquez Guzmán y Almazán. Pero quizá la consistencia del debate crítico sobre la Revolución Mexicana ocurrió en sectores específicos, aunque con efectos sociales muy menores: la oposición del PAN y del PCM, los medios críticos, los académicos historicistas en El Colegio de México y críticos en la UNAM, las organizaciones de masas que quisieron radicalizar al gobierno con movilizaciones al final reprimidas,

los intelectuales liberales (Octavio Paz), marxistas (Revueltas), progresistas (Monsiváis y Aguilar Camín), antisistémicos y algunos otros y entre la propia clase dirigente al formalizarse —en los gobiernos de Cárdenas, Echeverría y Salinas de Gortari— los bandos de progresistas y neoliberales.

Como proyecto de nación, la Revolución Mexicana murió en el periodo 1971-1982, cuando los gobiernos de Echeverría y López Portillo impulsaron el gasto social pero no estabilizaron las finanzas y la crisis estalló en devaluaciones que provocaron, paradójicamente, el empobrecimiento social, cuando esos populismos buscaban lo contrario: el mejoramiento del nivel de vida de las mayorías. El gran debate se dio en tres puntos vitales para las definiciones-redefiniciones de proyectos históricos:

*Enfoque histórico.

*Modelo de desarrollo.

*Modernización nacional.

La disputa por la nación entre los proyectos nacionalista y neoliberal, que estalló en conflicto en 1977 con la renuncia de Carlos Tello y Julio Rodolfo Moctezuma y que luego se reavivaría con la expropiación de la banca privada, se resolvió a favor de una nueva generación de funcionarios, educados, ciertamente, en las tradiciones estatistas mexicanas, pero con enfoques de desarrollo más abiertos al exterior. De la Madrid y su principal operador Salinas de Gortari cumplieron esas expectativas: llevaron al país a la reforma más importante del Estado, la que dotó al Estado, a decir del razonamiento de Salinas de Gortari, de una “autonomía relativa” de las clases, con lo que en 1983 se dio el salto cualitativo en la configuración del Estado: del Estado de la Revolución Mexicana como representante desde su seno mismo de las clases sociales no empresariales al Estado ajeno a esos compromisos y más enfocado a la eficacia. Este modelo se continuó con la designación de Salinas de Gortari como sucesor de De la Madrid, en lugar de Manuel Bartlett Díaz, político populista del viejo régimen formado en el

gobierno de Echeverría; y el asunto tuvo un tercer sexenio de continuidad: Salinas de Gortari impuso como sucesor real a Ernesto Zedillo, un tecnócrata formado en el Banco de México, en lugar del político Manuel Camacho Solís, no demasiado populista pero sí cincelado en las doctrinas del viejo régimen priísta.

Las soluciones conservadoras en las sucesiones presidenciales se facilitaron por las prioridades nacionales: a pesar de que la Revolución Mexicana en su origen real histórico fue un llamado a la instauración de una democracia electoral —Madero y su bandera antirreeleccionista— y los principales conflictos a lo largo de los años de gestión gubernamental del régimen de la Revolución Mexicana estallaron por problemas en la circulación de las élites gobernantes, en la sociedad mexicana hubo siempre un distanciamiento enorme hacia lo político y un acercamiento milimétrico al bienestar. Las élites priístas lo entendieron y por eso crearon un sistema de gobierno basado en los resultados del bienestar y no en beneficios democráticos, una variante del principio porfirista de poca política y mucha administración. De ahí que la estabilidad política del régimen priísta, aún en fases de inestabilidad sindical, estudiantil y campesina radical, se basó en la relación PIB-salarios-política social; Echeverría buscó apertura política y mayor gasto social, pero la crisis económica derivó en inflación y devaluación con deterioro salarial. Este modelo de interpretación política explica cómo fue que De la Madrid, Salinas y Zedillo consiguieron apatía o apoyo a la reforma del proyecto de desarrollo no por democracia sino por bienestar social vía Pronasol y mejores salarios.

El modelo tradicional de la Revolución mexicana duró hasta finales de 1982, con algunos jalones radicales y otros conservadores. Díaz Ordaz justificó la represión en función del argumento de que tenía que salvar al régimen de la Revolución Mexicana, Echeverría acreditó la crisis de 1976 a la necesidad de aumentar el gasto social sin aumento en los ingresos para atender a los mexicanos marginados y López Portillo explicó la expropiación de la banca como uno de los últimos jalones radicales de la Revolución Mexicana. Con todo, el discurso ideológico de la Revolución Mexicana operó en los términos establecidos

por Revueltas en la introducción de *México: una democracia bárbara*: la ideología como mecanismo de dominación social.

Después del quiebre político de Cárdenas-Ávila Camacho, el de López Portillo-De la Madrid representó la segunda gran derrota de la Revolución Mexicana; segunda y definitiva. El grupo salinista se mantuvo en el poder hasta 2000, saltó la crisis que se avecinaba con el discurso político populista de Colosio y el regreso previsto de la Revolución Mexicana y pasó la prueba de la ruptura política de Zedillo con Salinas de Gortari pero no de proyecto de desarrollo ni de ideología económica dominante. Zedillo se alejó del PRI desde su campaña, como lo dijo en el Foro Nacional de la Democracia el 4 de agosto de 1994, un par de semanas antes de las elecciones:

Creo firmemente que la democracia exige una sana distancia entre mi partido y el gobierno. La Constitución señala, con precisión, el espacio que a cada uno corresponde y mi compromiso será mantener diáfananamente la distancia que debe separarlos. Lo he dicho y hoy lo reitero: los priístas no queremos un Estado que se apropie del partido, ni un partido que se apropie del Estado.

El argumento de Zedillo, por cierto, era parte de las definiciones políticas del PAN en cuanto a la conceptualización del papel del partido y su relación con el Estado.

Sin presencia en las decisiones de poder desde 1992, la Revolución Mexicana pasó a ser, en la realidad, un hecho histórico. La campaña presidencial del 2000 mostró a un PRI sin estructura de poder pero también sin estructura ideológica, a pesar de que su candidato Francisco Labastida Ochoa provenía del viejo régimen priísta y tenía raíces familiares que lucharon al lado de Juárez contra la invasión francesa. Labastida no fue el candidato de Zedillo porque sus validos Guillermo Ortiz Martínez o a José Angel Gurría resultaron inhabilitados con una reforma estatutaria que exigía un cargo previo de elección popular para ser candidato presidencial, pero de todos modos Zedillo lo prefirió en lugar de los

otros precandidatos que compitieron abiertamente por la nominación: Humberto Roque Villanueva, Manuel Bartlett Díaz y Roberto Madrazo Pintado.

El resultado electoral del 2000 fue anticlimático: el panista Vicente Fox logró la victoria con el 42.5% de votos, contra 36% de Labastida-PRI y 16.6% de Cárdenas. Lo paradójico fue que los abanderados del viejo régimen priísta de la Revolución Mexicana —uno en activo y el otro disidente— sumaban más del 50% de los votos, pero fueron divididos para beneficio del PAN. La transición mexicana fue triple: procedimental, electoral y política, un poco en la lógica de tres transiciones tipológicas ocurridas en el mismo espacio político del tiempo mexicano: la revolución de los claveles de Portugal en 1974, la transición pactada en España en el periodo 1976-1978 y la transición desordenada en la Unión Soviética en 1989-1991.

Pero la transición mexicana necesitaba mucho más: no sólo el respeto a los resultados electorales, sino la reconfiguración del modelo de desarrollo y el rediseño del proyecto nacional para superar las cifras magras de crecimiento económico por obstáculos heredados del sistema corporativo y de compromisos políticos, sociales e ideológicos del régimen de la Revolución Mexicana. El desafío radicaba en el hecho de aprovechar el impulso de la alternancia partidista en la presidencia de la república para rehacer la estructura productiva sin romper con las conquistas históricas en materia de independencia, soberanía y compromisos sociales. Lamentablemente para la transición, Fox y el PAN carecieron de un modelo de desarrollo alternativo, el PAN lo logró la mayoría legislativa, el PRI quedó como primera minoría en el Congreso y por tanto se convirtió en un obstáculo para los cambios en la modernización nacional.

La decisión estratégica de Fox, Calderón y el PAN a lo largo de dos sexenios fue la eludir la urgencia de un nuevo proyecto nacional, administrar algunos cambios estructurales y aprovechar la estructura autoritaria del sistema presidencialista y del sistema priísta para mantener el poder. Luego del fracaso del populismo y de las insuficiencias del neoliberalismo, el PAN tuvo la gran oportunidad histórica para rediseñar el México del futuro y apostarle a una modernización del modelo de desarrollo; el resultado fue un saldo con insuficiente

base político-social; las elecciones presidenciales del 2006 fueron apretadas y el populismo de López Obrador casi empató las cifras de Calderón, otro indicio de que el México de la Revolución Mexicana estaba vivo y que requería de un nuevo consenso nacional histórico.

El PAN perdió las elecciones del 2012 por razones políticas: no supo ofrecer bienestar a los mexicanos, agotó la estabilidad nacional con las cifras de la violencia criminal y no supo construir una ideología alternativa. Para evitar problemas, el PAN prefirió darle la vuelta a los debates de historia y proyectos, de pasado y futuro. En los dos sexenios panistas hubo iniciativa de reformas estructurales, pero sin negociarlas con el PRI. El problema del PAN radicó en la ausencia de un discurso político, ideológico e histórico del presente y del futuro, y en la ineficacia como partido para reorganizar a las masas en función de nuevas relaciones sociales y de poder, dejándole al PRI el manejo de las relaciones de clase con el desarrollo.

Nacido en 1939 para enfrentar el radicalismo del gobierno de Cárdenas, el PAN en el poder presidencial osciló entre el procedimentalismo y la búsqueda de la eficacia con reformas más correctivas que estructurales. Por un lado le faltó una revisión crítica de la historia oficial y del régimen de la Revolución Mexicana y por el otro careció de estructura de partido para reorganizar a las bases priístas dispersas; luego de doce años, el PAN vio con derrota que tampoco pudo crear bases sociales propias o modernizar a las propias. Falló en presentar una propuesta democrática, no supo diseñar un modelo de desarrollo y sobre todo careció de una reflexión teórica sobre el fin del PRI y las necesidades de reorganizar el futuro. El pensamiento económico y el pensamiento político del PAN antes del 2000 no le alcanzaron al PAN para construir un sistema político diferente y edificar un acuerdo de clases y masas en función de metas y sobre todo para rediseñar el gobierno central para pasarlo del sistema presidencialista al modelo de sistema presidencial que tanto exigía el PAN al PRI.

La derrota panista del 2012 mostró el agotamiento de la estructura tradicional del PAN, frente a los saldos mediáticos de la capacidad de resistencia

del PRI en la oposición. Como en el 2000, los votantes simplemente se hartaron, votaron por el relevo y se han dedicado a esperar las soluciones.

En su “Parte de novedades” al general Cárdenas de 1991, el académico Lorenzo Meyer, historiador de la Revolución Mexicana y del nacionalismo petrolero, militante en el grupo político de López Obrador y participante en el grupo que diseñó el proyecto alternativo de nación del tabasqueño como candidato presidencial de la coalición del 2012, hace una lista de los fracasos en resultados en las propuestas de la Revolución Mexicana. Su reporte simbólico al general Cárdenas sintetiza los puntos del proyecto cardenista y los saldos cuarenta años después. El saldo es “desalentador”. En síntesis, Meyer contrasta la lista de las grandes propuestas y avances sociales, políticos y de clase que realizó el cardenismo y resume los resultados desastrosos como efecto de la gestión del PRI en el poder, en nombre de la Revolución Mexicana.

Poco más de veinte años después de ese 1991, el mismo Meyer publicó en *Reforma* un artículo referente a “El gran vacío”, a ese hueco epistemológico que dejó el fin político, discursivo y retórico de la Revolución Mexicana. Si en 1991 apelaba al regreso a los valores, objetivos y estilos del cardenismo, en el 2014 hablaba de la Revolución Mexicana como “otro gran mito” que tonificó a la sociedad aunque le dio sentido político y hasta de trascendencia. Pero “a partir de los 1980 la clase gobernante abandonó el mito de la Revolución Mexicana” y el país se quedó sin referentes integrales, aunque sigan prevaleciendo en el ánimo colectivo, afirmó, las figuras de Francisco Villa y Emiliano Zapata como figuras que ayudan a legitimar la rebeldía contra “las estructuras de poder corruptas e injustas”. Paradójicamente, Meyer coincide —o al menos en un cruce de conceptos— con el economista Macario Schettino y su libro *Cien años de confusión. México en el siglo XX*, en el que señala que la Revolución mexicana en realidad no existió, que fue un concepto y “no un hecho histórico”, resultó una “construcción cultural”.

La referencia de Meyer al “gran vacío” que dejó en el imaginario colectivo el mito fenecido de la Revolución Mexicana permite derivar a otra referencia del significado de la Revolución Mexicana en la vida política nacional: aparte de todo lo que se ha dicho que es y que no es, la Revolución Mexicana se asumió como un gran consenso nacional en torno a un conjunto de necesidades sociales insatisfechas o por satisfacer. Se trata de un asunto que podría tener relación con el concepto creado por el escritor Norman Mailer en torno al mito de John F. Kennedy, el presidente estadounidense más venerado pero el que también metió a su país en guerras absurdas y sangrientas: el héroe existencial, porque su existencia precede a su esencia, es decir, que basta con que exista para convertirse el símbolo social, independientemente de si sus acciones y resultados calificarían para llevarlo al pedestal de héroe.

Así ha ocurrido con la Revolución Mexicana: si las evaluaciones siguen siendo parciales e insatisfactorias, el discurso político de las élites revolucionarias logró colocarla como el eje de la construcción de una nacionalidad, de un modelo de desarrollo y sobre todo de un gran acuerdo institucional nacional. La derecha, la izquierda, el centro, la disidencia, todos los grupos tuvieron que cruzar por el arco de la dominación ideológica de la Revolución Mexicana que dominó la cultura nacional durante un siglo, con más fuerza inclusive que Juárez en el siglo XIX. Si Meyer señaló al arrancar el 2014 que el fin del mito de la Revolución Mexicana dejó un gran vacío nacional, entonces el asunto tiene que ver con la construcción de consensos nacionales. La Independencia de 1810, el liberalismo juarista y la Revolución Mexicana han sido tres mitos constructores de una nacionalidad, de un acuerdo de pacificación y de un proyecto nacional de desarrollo. La continuidad progresiva entre ellos —uno se alimenta del anterior y a su vez alimenta al que viene— ha ayudado a edificar una ideología popular que el neoliberalismo en el periodo 1980-1992 no pudo llenar con su propuesta de “liberalismo social”, una especie de recuperación parcial del pasado liberal del siglo XIX que combatió al conservadurismo y a las invasiones extranjeras y que consolidó la nacionalidad y el espíritu republicano.

A lo largo del periodo 1992-2013 México no ha podido llenar el vacío nacional dejado por la Revolución Mexicana. Y su ausencia ha reforzado la tesis de que el país necesita de un nuevo consenso nacional. Lo malo de las lecciones históricas radica en el hecho de que los tres grandes acuerdos han sido producto de rupturas revolucionarias. Pero el grado de modernización mexicana ha creado sus propios anticuerpos para eludir esas soluciones rupturistas radicales: Cárdenas no quebró la estabilidad, Ávila Camacho y Alemán impusieron retrocesos sin rupturas, la represión en Tlatelolco no llevó a otra revolución, la crisis económica del populismo desoyó las consejas de golpe de Estado y el neoliberalismo superó en diez días el llamado a una nueva revolución que hizo la guerrilla del EZLN. A ello han contribuido algunos liderazgos políticos radicales que han amenazado con la ruptura pero que han preferido la estabilidad: los estudiantes en 1968, Cárdenas en 1988 y López Obrador en 2006.

Los consensos se han derivado de rupturas sociales o de acuerdos políticos, en el entendido de que los consensos no son para siempre, aún los más fuertes como la revolución rusa que concluyó en 1989, las dictaduras que fueron derrocadas en Europa y África y las revoluciones socialistas que han regresado silenciosamente, derrotadas, al capitalismo. El problema radica en que las sociedades son bastante proclives a forjar consensos en situaciones de ruptura, que en circunstancias democráticas. El consenso democrático de la transición española logró superar la posibilidad de guerra civil a la muerte de Franco y creó un acuerdo nacional que permitió no sólo instaurar una de las democracias más modernas en Europa sino que potenció al país al nivel de un desarrollo capitalista con equilibrios sociales; sólo que la estabilidad democrática, de nueva cuenta, liberó las fuerzas conservadoras y el acuerdo de la transición terminó con una nueva fase de lucha por el poder.

Como cuerpo orgánico, las sociedades políticas también se rigen por las reglas biológicas. Es, cuando menos, el apunte que hace Leonardo Morlino en su conceptualización de los procesos de la democracia: desarrollo, crisis, ruptura, transición, instauración, consolidación y nuevamente crisis, en una circularidad que debería, en teoría, evitar la repetición de los errores. Esto quiere decir que

todas las transiciones y revoluciones llevan a un punto de desarrollo que sus propias contradicciones fabrican las circunstancias para nuevas fases de crisis y revoluciones o transiciones.

Las reformas estructurales del periodo 1982-2013, con altas y bajas, eficientes o insuficientes, han cambiado el rumbo de México marcado por la Independencia, la Reforma y la Revolución, pero sería un grave error estratégico apostarle al regreso al pasado. Cada etapa ha aportado elementos de modernización y partes de retroceso, pero el país ha podido salir adelante cuando decide analizar errores y aciertos en función de nuevas correlaciones de fuerzas sociales. Reconstruir el modelo de la Revolución Mexicana, por ejemplo, implicaría volver a la hegemonía de la CTM, al campo subsidiado y comunal, al presidencialismo autoritario, al sistema de partido hegemónico o dominante, cuando el desarrollo de las fuerzas sociales ha hecho maduras a las clases sociales. Pero también sería un error garrafal, con garantías de rupturas violentas, si se quiere regresar al viejo orden porfirista de explotación social.

El nuevo consenso nacional mexicano debe partir de un acuerdo nacional entre las fuerzas sociales, políticas y productivas en torno a tres pivotes:

*Un nuevo modelo de desarrollo

*Un nuevo Estado.

*Y un nuevo pacto constitucional.

Ahora no habría héroes revolucionarios, aunque todos hayan cumplido su función y ya no respondan al grado de desarrollo histórico de la sociedad porque sería tanto como los que han endiosado al Che Guevara como símbolo de la rebeldía pero con saldos de derrotas no sólo frente al enemigo de clase sino ante sus propios aliados. Los nuevos consensos carecerán de héroes y las mediciones serán de resultados; por eso es que el tiempo de los caudillos está caduco, las mayorías nacionales ya no los aceptan y la hora de las instituciones se ha consolidado. Democracia, desarrollo, bienestar y soberanía podrían ser los cuatro puntos cardinales del nuevo consenso nacional. Y no se tratará de un acuerdo

absoluto sino de mayorías porque al final de cuenta a las minorías les interesa un país con estabilidad para disfrutar su propia riqueza.

La fase histórica que viene podría ser el salto cualitativo de la Revolución Mexicana al consenso por el desarrollo con bienestar, sólo que esta vez se trata de un impulso modernizador no asociado a ninguna revolución.

9.- Bibliografía.

—Aguilar Camín, Héctor, y Meyer, Lorenzo (1989), *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Editorial Cal y Arena, México.

—Aguilar Camín, Héctor (1984), *Saldo de la Revolución*, Editorial Océano, México.

Aguilar Camín, Héctor, *et. al.* (1986), *A la opinión pública. Desplegado pidiendo anular elecciones en Chihuahua*, *La Jornada*, 24 de julio, México.

—(1988), *Después del milagro*, Editorial Cal y Arena, México.

—Aguilar Rivera, José Antonio (2001), *El manto liberal. Los poderes de emergencia en México 1821-1976*, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México.

—Alemán Valdés, Miguel (2007), *La verdad del petróleo en México*, edición de la Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A.C., México

—Almond, Gabriel A., y Verba, Sidney, (1963), *The civic culture. Political attitudes and Democracy in five nations*, Little, Brown and Company, USA.

—Cabrerá, Luis (1975), *Obras Completas. III Obra Política*, Editorial Oasis, México.

—Campos López, Xóchitl Patricia, y Velázquez Caballero, Diego Martín (2013), *La visión modernizadora de Manuel Gómez Morín*, Popocatépetl Editores, México.

—Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc (1985), *La Revolución a futuro*, edición del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, Jiquilpan, Michoacán, México.

—(1987), *El proyecto nacional de la Revolución Mexicana, un camino a re tomar*, Editorial Nuestro Tiempo, México.

—(1990), *Nace una esperanza*, Editorial Nuestro Tiempo, México.

Cárdenas, Lázaro (1970), *Mensaje a los revolucionarios de México*, 20 de noviembre,

http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1970_85/Mensaje_a_los_revolucionarios_de_M_xico_de_L_zaro_C_rdenas.shtml.

—(1972), *Ideario político*, Seria Popular Era 17, México.

—Carlyle y Emerson (1982), *De los héroes. Hombres representativos*, Editorial Cumbre, México.

—Carpizo MacGregor, Jorge (1985), *et. al. (La Constitución mexicana: rectoría del Estado y economía mixta)*, Edición del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM y Editorial Porrúa, México.

—Carr, Barry (1986), *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Editorial Era, México.

—Castellanos Hernández, Eduardo (1996). *Formas de gobierno y sistemas electorales en México (1812-1940)*, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, México.

—Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos (1988), *El desafío de la interdependencia. México y Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México.

—Córdova, Arnaldo (1973), *La ideología de la Revolución Mexicana*, Editorial Era, México.

—(1991), *La política de masas del cardenismo*, Editorial Era, México.

De la Madrid Hurtado, Miguel, (1957), *El pensamiento económico en la Constitución de 1857*, Editorial Porrúa, México.

—(1984), *Las siete tesis rectoras*, Editorial del PRI, México.

—Díaz Dufoo, Carlos (1922), *Limantour*, Imprenta Victoria, México.

Fuentes Díaz, Vicente (1977), *Ascenso y descenso revolucionarios bajo Cárdenas*, Editorial Antiplano, México.

—García Cantú, Gastón (1986), *El socialismo en México. Siglo XIX*, Editorial Era.

—(1991), *Idea de México. II. Socialismo*, Editoriales Fondo de Cultura Económica y Conaculta, México.

—Gilly, Adolfo (1988) *Nuestra caída en la modernidad*, Joan Boldó i Climent Editores, México.

—(1994), *El cardenismo, una utopía mexicana*, Editorial Cal y arena, México.

—Gilly, Adolfo et. al. (1979), *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, Editorial Nueva Imagen y UNAM, México.

—González Pedrero, Enrique (1961), *El gran viraje (ensayos políticos)*, Editorial Era, México.

—Habermas, Jürgen (2002), *Teoría de la acción comunicativa I y II*, editorial Taurus, México.

—Krauze, Enrique (1997), *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, Tusquets Editores, México.

—Kuhn, Thomas S. (2007), *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.

—Limantour, José Yves (1965), *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, Editorial Porrúa, México.

—Loaeza, Soledad (1996), *Los orígenes de la propuesta modernizadora de Manuel Gómez Morín*, revista *Historia Mexicana*, Volumen XLVI No. 2, octubre-diciembre, El Colegio de México, México.

—Lombardo Toledano, Vicente, et. al. (1984), *Mesa de los marxistas mexicanos*, Editorial Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, México.

—Lombardo Toledano, Vicente (2004), *La izquierda en la historia de México*, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, México.

—López Mateos, Adolfo (1962), “López Mateos define su política presidencial y declara posición ideológica de izquierda”, <http://memoriapoliticademexico.org/Efemerides/7/02071960.html>.

—Martínez verdugo, Arnoldo (1971), *PCM. Trayectoria y perspectivas*, Ediciones de Cultura Popular, México.

—(1979), *Crisis política y alternativa comunista*, Ediciones de Cultura Popular, México.

—Medina Peña, Luis (2007), *Invención del sistema político mexicano. Forma de gobierno y gobernabilidad en México en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México.

—Menges, Constantine (1988) *Inside the National Security Council. The true history of the making and unmaking of Reagan's Foreign Policy*, Simon and Schuster, New York, USA.

—Meyer, Lorenzo (1992), *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*, Editorial Cal y Arena, México.

—(2009), *Las raíces del nacionalismo petrolero mexicano*, Editorial Océano, México.

—Michels, Robert (1969), *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, dos tomos, Amorrortu Editores, Argentina.

—Morlino, Leonardo (1985), *Cómo cambian los regímenes políticos. Instrumentos de análisis*, Centro de Estudios Constitucionales, España.

—Mosca, Gaetano (2002), *La clase política*, selección de Norberto Bobbio, primera edición en italiano 1896, Fondo de Cultura Económica, México.

—Muñoz, Hilda (1976), *Lázaro Cárdenas*, Archivo del Fondo 54-55, Fondo de Cultura Económica, México.

—Ortiz Mena, Antonio (1998), *El desarrollo estabilizador: reflexiones sobre una época*, Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, México.

—Pacheco, José Emilio (1978), *Un informe y una fantasía. Inventario*, revista *Proceso* No. 93, 14 de agosto, pág. 44, México.

—Pareto, Vilfredo (1980), *Forma y equilibrios sociales*. (Extracto del Tratado de sociología general), Alianza Editorial, Madrid.

—Peláez Ramos, Gerardo (sin fecha), *Revolución Mexicana: cronología documental 1910-1917*, http://hblog.nuevaradio.org/b2-img/pelaez_rev_mex.pdf.

—Rabasa Gamboa, Emilio (2010), *Innovaciones constitucionales. El federalismo mexicano (1824), el sistema unicameral (1857) y los derechos sociales (1917), Ideas y afanes de una patria. México bicentenario*, Briseño, Liliana, y Chacón, Susana, coordinadoras (2010), Editorial Porrúa y Tecnológico de Monterrey.

—Ramírez, Carlos (1987), *Operación Gavin. México en la diplomacia de Reagan*, Editorial del periódico *El Día*, México.

—Revueltas, José (1980), *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Tomo 17 de Obras Completas, Editorial Era, México.

—(1981), *Cuestionamientos e intenciones*, Tomo 18 de Obras Completas, Editorial Era.

—(1982), *Dialéctica de la conciencia*, Tomo 20 de Obras Completas, Editorial Era. Mexico.

—(1983), *México: una democracia bárbara*, Tomo 16 de Obras Completas, Editorial Era, México.

—(1984), *Escritos Políticos III*, Tomo 14 Obras Completas, Editorial Era México.

—(1985), *Ensayos sobre México*, Tomo 19 de Obras Completas, Editorial Era.

—(1987), *Las evocaciones requeridas I y II*, Tomos 25 y 26 de Obras Completas, Editorial Era.

—Salinas de Gortari, Carlos (1989), *Mensaje Político. Primer informe de gobierno*, http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1989_66/Mensaje_del_Primer_informe_de_gobierno_de_Carlos_S_77.shtml.

—(1990), *Reformando el Estado*, revista *nexos* No. 148, abril, México.

—Secretaría de Programación y Presupuesto (1985), *Planeación global y sistema nacional de planeación 1980-1982*, Antología de la Planeación en México 1917-1985 Tomo 9, SPP y Fondo de Cultura Económica, México.

—Schettino, Macario (2010), *Cien años de confusión. México en el siglo XX*, editorial Taurus, México.

—Silva Herzog, Jesús (1975), *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento económico, social y político*, Editorial Nuestro Tiempo, México.

—Tavira Urióstegui, Martín (1999), *Vicente Lombardo Toledano. Acción y pensamiento*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

—Tello Macías, Carlos (1979), *La política económica en México 1970-1976*, Siglo XXI Editores, México.

—(2012), *Ahora recuerdo: cuarenta años de historia política y económica en México*, Debate, Facultad de Economía de la UNAM,

—Weber, Max (1983), *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

—Woodward, Bob (1988) *Las guerras secretas de la CIA*, Editorial Grijalbo, México.

* (Carlos Ramírez, periodista, escritor, Lic. en Periodismo, Maestro en Ciencias Políticas por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, director de *Transición* y *El Mollete Literario*, presidente y director general del Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C., últimos libros *Obama*, *La comuna de Oaxaca* y *El regreso del PRI (y de Carlos Salinas de Gortari)*, autor desde 1990 de la columna *Indicador Político* en *El Financiero*, ganador del Premio “Manuel Buendía” de periodismo y del Premio “José Pagés Llergo” de la revista *Siempre!*, profesor-investigador de ciencias políticas.)